

KAROLINA RAMQVIST

La ciudad blanca



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

[Portada](#)

[La ciudad blanca](#)

[Créditos](#)

Fue al final del invierno. Bajo un cielo que siempre estuvo allí y que ahora se veía oscuro, la casa aún parecía casi nueva. Como si tuviera cierto lustre. Alrededor no había nada más que silencio y nieve. Se había acumulado enmarcando los grandes ventanales cubiertos de escarcha y surgía de las sombras, en altos montones apilados contra la fachada. En ningún sitio se apreciaba que la hubieran retirado.

El viento había azotado la nieve, que se había posado en un montículo en la escalera que conducía hasta la puerta de entrada. Una onda congelada que indicaba que nadie había entrado ni salido de allí en varios días.

Por dentro, la puerta tenía echado el cerrojo y estaba cerrada a conciencia con varias llaves, y justo al lado había una bolsa de papel rota por la que asomaban sobres blancos y marrones. Facturas y cartas que nadie había abierto. El suelo estaba frío y manchado de nieve derretida y de salpicaduras de barro, como la bolsa.

El recibidor estaba a oscuras, como si no fuera de día. El espejo colgaba torcido y sucio. Delante del espejo se encontraba Karin, descalza y desnuda, con la puerta del cuarto de baño abierta de modo que la luz del interior le bañaba todo el cuerpo. Tenía la piel erizada de frío, se la veía pálida y violácea. Le colgaba la barriga y tenía los pechos pesados e informes. El izquierdo se le había hinchado durante la noche y se le había tensado tanto la piel que debajo se apreciaba una red de finísimas venillas.

Se alisó la barriga con las manos, sujetó la piel y se inclinó para examinar las marcas que sobresalían como el relieve reluciente de una cicatriz desde las ingles y hacia el ombligo. Recordó el último vuelo a Nueva York, cuando la despertó la voz del comandante por los altavoces, sugiriéndoles que contemplasen la vista de Islandia. Se puso derecha en el asiento y miró hacia abajo, a aquella isla cubierta de glaciares casi por entero, y vio las corrientes en el hielo. Esos ríos negros que se extendían como una cabellera gigantesca, con miles de ramificaciones por la tierra helada.

Las huellas que el embarazo le había dejado en el vientre tenían exactamente el mismo aspecto, y se sentía tan lejos de ellas al verlas ahora como lejos estaba del hielo cuando lo sobrevolaba a diez mil metros de altura.

Durante el embarazo quiso convencerse de que si se preocupaba lo suficiente por los desgarros, no sufriría ninguno.

Ahora sabía que las cosas no funcionaban así.

El miedo no es un conjuro que funcione, sino un malestar nacido del cálculo del riesgo. No es verdad que aquello que más nos preocupa no vaya a suceder. Al contrario: es muy probable que suceda.

En el lago flotaban placas de hielo que se movían las unas hacia las otras, a la espera de fundirse al congelarse. El agua gris las perseguía rodeándolas de olas pequeñas y rizadas. Al otro lado se extendía el bosque, oscuro sobre las rocas salpicadas de manchas blancas, y por este lado se perfilaba vagamente el embarcadero en la nieve. Era imposible distinguirlo si uno no sabía que estaba allí, al final de la parcela, donde crecían altas las frágiles cañas de los juncos en islotes de nieve revuelta.

El tiempo había cambiado los últimos días, o quién sabe si no habrían sido semanas. Ahora era más suave e incluso había empezado el deshielo. Desde su sitio en el alto taburete delante de la isla de la cocina, el sitio de él, había visto el lago abrirse como una boca gris. Luego vino otra vez el frío, como una parálisis en todo, pero entonces el viento soplaba con tal fuerza que la superficie del agua no podía congelarse.

En el cuarto de baño, el climatizador no estaba encendido, y en cuanto abría el grifo, los espejos se empañaban otra vez, y adquirían los mismos matices blanquecinos que el hielo. Un manto de vapor le cubrió la espalda cuando salió de la ducha, sin cerrar el grifo, y se fue al recibidor corriendo de puntillas. Aborrecía la sensación del suelo sucio y frío en los pies descalzos. Precisamente era la hora del día a la que la casa estaba más helada.

Dream estaba en pañales, de espaldas a ella, jugando en el suelo del salón con el cable blanco del cargador de un iPhone. No parecía cansarse nunca del repiqueteo que producía el delgado metal del enchufe al golpear el parquet, ni de la idea de que era ella la que lo provocaba: era su mano la que sostenía el cable y lo movía.

Se detuvo y observó a la niña, que se divertía a su modo allí sentada, ignorante de todo lo que marcaba aquella existencia que, por lo que a ella se refería, se revelaba tan muda, tan caduca que no habría podido asimilar que, al mismo tiempo, era el principio para otro ser humano.

Observó aquel cuerpo redondito, sus movimientos entrecortados. Dream todavía era algo así como un misterio para ella. Aquellos ojos grandes, tan juntos en la cara de un modo que ella no reconocía y con el que no se sentía del todo cómoda, y un rizo hirsuto en medio de la cabeza. Las mejillas rechonchas, con unas manchas reseca y rosáceas en el centro, que ella achacaba al frío y a la sequedad del aire. Debajo de la tierna carne infantil se adivinaba una espina dorsal perfecta.

Sabía que la niña llegaría a convertirse con el tiempo en lo más hermoso de cuanto pudiera tener y, hasta entonces, se le antojaba una suerte que fuera tan tranquila. Puede que no tengamos los hijos que nos merecemos, sino los hijos que podremos sobrellevar.

Terminó de ducharse con la puerta del cuarto de baño abierta al pasillo y volviendo de vez en cuando los ojos hacia el umbral. Cuando estuvo lista, echó otra ojeada al salón y vio a la niña allí sentada jugando con su cable. Se secó y se puso el albornoz de él, el único que le quedaba después de haber vendido todos los kimonos.

Le pesaba sobre los hombros, le quedaba demasiado grande.

Él siempre tenía el cuerpo rojo y cálido cuando se lo ponía.

Se anudó el cinturón, lo apretó y se quedó así, apoyada en el lavabo, aspirando su olor, que aún impregnaba la gruesa tela de felpa. El aroma a dentífrico y a desodorante y a piel mojada y caliente de hombre.

La promesa de que las cosas les saldrían bien.

Le habría gustado que aquel calor húmedo no desapareciera en el acto, pero así fue. Cuando salió del cuarto de baño hacía más frío si cabe de lo que esperaba. Había apagado la calefacción radiante de toda la casa, y una corriente gélida se colaba dentro en cuanto soplaba un poco de viento en el exterior.

Debería ir al garaje a buscar la cinta adhesiva plateada que él tenía allí y cubrir las rejillas que había al lado de las ventanas de la habitación grande, aquellas porciones sobredimensionadas de cristal tintado y blindado, tan grandes que quizá no debieran llamarse ventanas.

Pero al final no fue.

El albornoz casi le arrastraba por el suelo, a pesar de lo alta que era. Se había dejado las zapatillas en el piso de arriba. Se le había pegado algo de suciedad en un pie y, cuando lo levantó del suelo y se lo limpió en la felpa, sonó como si cayera en el parquet una piedrecilla.

Dream estaba helada. En el sofá había un pijama con botones que parecía casi limpio, así que se lo puso, mientras trataba de darle palmaditas en las piernas y en los pies para que entrara en calor. Recorrió la amplia habitación diáfana con la niña en brazos, fue a la cocina y encendió el hervidor de agua. Olía a algo en el fregadero, un olor a podrido que iba y venía y que ella llevaba tiempo notando.

Dejó a Dream en el suelo, al pie del alto taburete, cerró los ojos y se concentró en su respiración mientras el agua empezaba a hervir, trató de pensar en agua y aire y en cómo se movían, y de seguir su respiración, alternando de una fosa nasal a la otra.

Llamaron a la puerta.

Fuck.

Llamaron otra vez. Un acorde electrónico triple.

No creía que fuera a venir tan rápido el comprador, pero de pronto pensó que siempre era así: llamaban a la puerta y decían que habían visto el anuncio y que querían ir a echar un vistazo enseguida.

Lo sabía perfectamente, recordaba cómo era aquello de desear una cosa con tantas ansias.

Cogió a Dream y subió rápidamente al primer piso, sacó el bolso del armario, bajó corriendo y abrió. La puerta desbarató el montoncillo de nieve que había en la escalera y la alisó.

Fuera estaba gris y desapacible.

El viento aullaba y silbaba y el frío no tardó en entrar con él, se le asentó en el pelo mojado y se apoderó de toda la cabellera.

En la escalera había una joven que tendría la misma edad que ella. Gorra, pieles, botas de montar de goma negra que le llegaban por la rodilla. Se saludaron y se estrecharon la mano, y ella hizo un esfuerzo por sonreír. Cerró la puerta pero no invitó a la joven a que pasara de allí.

Le enseñó el bolso.

–Esto es lo que has venido a ver, ¿a que sí?

La chica asintió y dijo que pensaba irse de vacaciones, y que aquel modelo le parecía muy práctico para viajar. Sonrió al ver que Dream la miraba manoteando, preguntó si estaba de baja maternal.

–Sí.

Consiguió sonreír otra vez y le alargó el bolso. Incluso el forro estaba intacto, ese estampado discreto que llevaba el pensamiento a terrazas caras y arena blanca.

–¿Tienes más para vender o qué?

–Sí, tengo varios a la venta. Un 2.55 que es muy bonito. Chanel.

La chica asintió. Examinó el bolso y celebró el buen estado.

–Sabes qué –dijo al cabo de un rato–. Ya volveré en otro momento.

Bajó la mano que tenía extendida.

–¿Alguna pega con el precio?

–No, está bien. –La joven volvió a echarle una ojeada al bolso–. Lo que pasa es que quiero un certificado de autenticidad validado por la tienda. No es que no me fíe de ti, pero si luego yo quisiera venderlo, bueno, ya sabes. Pero si consigues el certificado, me lo llevo.

Se le clavó el viento invernal mientras se quedaba allí plantada en la puerta con el bolso en la mano viendo cómo la chica se sentaba en el coche y los limpiaparabrisas se ponían en marcha. Una ráfaga implacable arremetió contra la casa, y tuvo que tirar de la puerta con todas sus fuerzas para poderla cerrar, pero el montículo de nieve consiguió alcanzarla.

Levantó los pies, se los frotó en las pantorrillas, que empezaron a chorrear nieve y agua derretida.

No tenía ganas de subir otra vez con el bolso. Cuando cerró y echó el pestillo, lo colgó en una percha de la entrada, soltó un taco para sus adentros, fue a la cocina y puso otra vez el hervidor de agua; trataba de alegrarse de que hubiera electricidad.

Cogió la lata del té y se puso tan poca cantidad como pudo. Luego dejó a Dream en el suelo, al lado de los sofás, y volvió y vertió el agua hirviendo sobre las hojas de té, sin poder evitar ni por una décima de segundo esas imágenes que le venían a la cabeza en las que, sin querer, salpicaba a Dream y la achicharraba con el agua.

En los folletos que le habían dado en la planta de pediatría del centro de salud decía que la mayor parte de los accidentes graves que les ocurren a los niños se producen en el hogar. Agua hirviendo, caídas, lesiones por aplastamiento. Se vio corriendo al cuarto de baño con Dream para meterla bajo la ducha fría, o quizá debería llamar primero a una ambulancia, y pensó en lo difícil que sería hacer las dos cosas al mismo tiempo.

Cogió la taza y se sentó en el taburete, delante de la isla. Su sitio. Donde él

solía sentarse a leer el periódico cuando estaba en casa. Notaba el travesaño metálico de apoyo helado bajo sus pies. Sopló para enfriar el té y se caldeó los dedos con la taza. También era su taza. La taza de la foto, desportillada por el borde y coloreada por dentro de tantos té y tantos cafés como se habían tomado en ella.

Antes él, y ahora, ella.

La foto de Nicholas estampada en la taza. Su sonrisa y la fecha y las letras que allí se leían, RIP.

Puso el extractor, encendió un cigarro y notó cómo el veneno se le extendía por todo el cuerpo.

Ya no recibía el periódico. Había dado de baja la suscripción cuando le llegó la factura, lo habría hecho antes de haber sabido lo que costaba; y ahora lo echaba de menos.

Allí delante tenía una revista de mamás que su amiga Anna, la novia de Peter, le había traído cuando Dream estaba recién nacida y Peter trabajaba con John. Estaba abierta por un artículo sobre la autora de un libro de cocina y sus hijos. Las fotos de cómo reían mientras comían gachas de grano integral en una cocina enorme se le posaban dentro como algodón cada vez que lo leía. Notaba cómo la iban colmando, como si ella misma hubiera comido de aquellas gachas, o como si ella también fuera una de esas mujeres que no tenían nada de lo que preocuparse.

Bebió un sorbito de té. Apenas sabía a nada, pero en realidad solo le interesaba el calor.

Encendió otro cigarro y contempló sus vistas.

Ahí fuera el cielo era gris, el agua, otro tanto.

Ya no nevaba.

Se sintió ridícula mientras, al contemplar la naturaleza al otro lado de la ventana, tomaba conciencia de todos los sentimientos que le despertaba.

No era que quisiera salir a disfrutar de la naturaleza.

Quería ser la naturaleza.

La envidiaba.

Quería tumbarse en el hielo de las rocas que había delante de la terraza y quedarse allí tendida hasta que la piedra se apiadara de ella y la convirtiera en una parte de sí. Quería ser uno con aquella paz inmensa y pesada que parecía reinar allí fuera. Ser uno de los granos de arena que había bajo la nieve, en la grieta; o las agujas que se estremecían en las piñas cuando el viento mecía los pinos. La humedad del aire, el copo de nieve que se formaba con el frío y que se esfumaba con él. El plumón de los cisnes que cabeceaban juntos en el agua,

hacia el témpano y las olas, indiferentes a las ráfagas de viento que les agitaban las plumas y al frío que los tenía atenazados igual que atenazaba todo lo que había alrededor.

Quería existir en las mismas condiciones, quedarse igual de relajada e impasible ante su propia destrucción.

Sobre la pendiente que desemboca en el agua se extendía la nieve abundante e intacta, salvo por las huellas de unas aves aquí y allá, y los arces cercanos a la casa aún seguían cargados de nieve. Delante de las puertas de la terraza, el manto había empezado a derretirse. Debajo de los montículos más pequeños se divisaban hojas y agujas heladas que habían caído de los pinos el año anterior. Debería haberlo barrido todo mucho antes de que llegara la nieve; y lo habría hecho de haber podido.

Allí donde asomaba la madera se veía que los tablones tenían manchas de salpicaduras blancas de las bandadas de grajillas que habían sobrevolado la casa en otoño. Al pie del gran aliso había esparcidas ramitas y piñas, y los focos exteriores miraban como ratones en medio de la blancura. Ya no iluminaban el árbol por las noches.

Antes solía pensar que las lámparas eran cámaras que alguien dirigía hacia ella para vigilar sus movimientos por la casa. Eran pensamientos paranoides, por supuesto, pero entonces, cuando la casa era el centro de los acontecimientos, se le antojaban perfectamente normales.

Ahora la casa era más o menos como las demás, y ya no se ocupaba de ella como antaño. Nadie se ocupaba de ella. Las superficies, cuyo lustre reluciente le encantaba de verdad, aparecían cubiertas de polvo y suciedad. Manchas de grasa que persistían. Un dibujo esférico de aros, las marcas de las tazas, se extendía sobre la encimera de la isla de la cocina. En el suelo se había acumulado el polvo y las capas finas de sedimento cruzaban los amplios ventanales de arriba abajo como dibujos de tiza sobre el cristal. En la parte baja se veían las huellas de unas manitas sucias que se superponían unas a otras.

Había pasado más de medio año.

La criatura se lo recordaba mientras crecía.

El tiempo que transcurría le traía a la memoria todo lo que había deseado, sus sueños y la vida que tenían.

Lógicamente, debería haber cogido sus bártulos y a la cría hacía tiempo y haberse ido a otro sitio, pero no había sido capaz. La casa era parte de él, y mientras estuviera entre sus paredes, era como si nada hubiera ocurrido. Allí dentro aún podía sentir su presencia; creer que lo había atisbado con el rabillo del ojo en alguna de las habitaciones, esa figura alta de espaldas anchas.

Pero cada vez que salía se le hacía todo muy evidente. Fuera no había nada. Se acercó a la puerta y se vio en un profundo valle, en un barranco por el que se

movía, sin poder subir por ninguna parte y sin saber qué le esperaba más adelante en aquella marcha.

Therese se había mudado allí inmediatamente después de que ocurriera. Estuvo viviendo con ella y con Dream hasta que Alex dijo que ya estaba bien y fue a buscarla. Metió las cosas de Therese en su coche, que era bien grande, la sacó a rastras de la casa y la obligó a volver con él. Pero ella volvió por allí. Ella o Anna.

Iban casi a diario.

Limpiaban y ordenaban, llevaban una cantidad de comida que ella no era capaz de comerse y de películas que no tenía fuerzas para ver, y salían y entraban con el cochecito para que ella pudiera dormir.

Luego se acabó.

Dejaron de llamar, y ella tampoco llamaba. Por aquel entonces, pensaba más que nada en lo a gusto que estaba así.

Se separaron, y la idea de que iban a ser una familia –una familia más tolerante que aquella de la que ella misma procedía, además– se esfumó mucho más rápido de lo que esperaba. Pasó tan rápido que no logró comprender o no tuvo ánimo para asimilar lo que había sucedido. Anna y Therese dijeron que fue ella quien las dejó, y ella pensó que nunca se habían preocupado por ella en serio, sino que habían sido sus amigas por John. Porque él era el que decidía sobre todo y sobre todos en aquel mundo minúsculo que habitaban, pero también porque infundía en los de su entorno la sensación de encontrarse al sol.

Todos querían estar con él.

Cuando John desapareció, su círculo se había desintegrado, o al menos esa impresión le dio, pero ahora sabía que, en realidad, ella se había quedado fuera. Los demás siguieron como siempre, pero sin ella y sin él. Ellos dos eran como dos piedras que se hubieran caído de un muro, y el muro se cerraba de nuevo.

La humillación de no tener ya a nadie junto con el dolor de no tenerlo ya a él la fueron abocando a una soledad cada vez más profunda. Con aquella criatura siempre pegada al cuerpo, sumida en una existencia de llanto y de vigilia y con ese flujo líquido y translúcido manándole del cuerpo sin cesar, obligándola a llevar compresas grandes y gruesas.

Contempló aquel techo bajo que formaban sobre el lago las nubes cargadas de nieve, y las rocas y la negrura del bosque en la otra orilla. Buscó grietas en la capa brumosa, algún rayo de luz que la atravesara, precipitaciones, algo. Como

si fuera el cielo que había detrás el que debiera tomar las riendas que ella no era capaz de tomar, y enviarle una señal de que había llegado la hora.

Obligarla a salir de la hibernación.

Se oyó un ruido de algo que se arrastraba, se volvió y vio a Dream en el suelo: avanzaba reptando sobre el parquet tal y como acababa de aprender, se impulsaba con los codos y dejaba que las piernas se deslizaran detrás, con la mirada fija a unos centímetros al frente y un hilillo de saliva colgándole de la boca.

Cada vez que la veía gatear así, como un soldado entrenando sobre el terreno, trataba de no pensar en cómo se habría reído él. En su risa, y en qué aspecto tenía entonces su cara.

Ella era la única que veía esas cosas.

Dream seguía gateando sin levantar la vista. Parecía creer que podría seguir subiendo por las patas metálicas del taburete. La cogió, y cuando la tuvo en las rodillas, Dream la miró a los ojos y se rió.

Tenía algo blanco en la boquita.

Le metió el dedo y tanteó un poco.

Le había salido un diente. Allí estaba, como una aguja clavada en aquella base húmeda y blanda.

Lo nuevo siempre surgía de repente, luego era un hecho, como si siempre hubiera estado ahí. Una risa, una mirada, el intento de dar un paso. Todas esas muecas sutilísimas que se alojaban en su carita como si de una lengua propia se tratara. Los sonidos que le nacían en la boca de un día para otro.

Aun así, era imposible imaginarse que un día llegaría a ser adulta. Que aquella boca tan pequeña iba a utilizarse para las mismas cosas para las que ella había utilizado la suya. Para decir todas aquellas palabras que había dicho, y muchas más, todavía imposibles de imaginar.

El cansancio era claro y con altibajos, como las mareas. Le caía como una lluvia y le dispersaba las ideas con un rumor endeble. No sabía cuánto había dormido esa noche.

Tenía los ojos reseco, le picaban y le escocían.

Un temblor frío la recorrió entera.

Dream jugaba con el cable blanco y ella estaba inclinada sobre la isla de la cocina hojeando la revista para madres o mirando por la ventana. Había empezado a leer lo único que no había leído ya alguna vez, una entrevista de una presentadora de televisión y sus depresiones posparto. Se estaba fumando un cigarro mientras leía, y en la cabeza se le hizo un vacío agradable.

Así transcurrió un buen rato. Dream estaba sentada en el suelo con el cable. De pronto lo soltó, lo miró como si no pudiera explicarse qué hacía con él en la mano y se alejó gateando. Cuando alcanzó el sofá, logró ponerse de pie y dar unos pasos junto a la mesa sujetándose con las dos manos. Entonces soltó la mesa, se echó a reír y se dejó caer sobre el trasero. Se levantó y repitió la operación una y otra vez, hasta que se fijó de nuevo en el cargador y empezó a gatear hacia él.

Su trasero un tanto excesivo resultaba perfecto para aquel juego, y ahora le permitía mantenerse firme en el suelo. Tenía la espalda recta. Las piernas estiradas a ambos lados y el cable blanco volvía a danzar entre ellas al ritmo que marcaba la mano.

La siguiente vez que miró el reloj del teléfono había transcurrido una hora. Se levantó de la silla y fue a coger a la niña.

Fuera había amainado.

Al otro lado de la ventana reinaba la calma, de no ser por un ave marina que surcó el cielo, lo hendió en diagonal desde las alturas y se precipitó sumergiéndose en el agua. Había cogido a Dream, sentía en el brazo la mano de la niña mientras seguía al ave con la vista. Se acercó al sofá y acostó a la pequeña, se desató el cinturón del albornoz, se agarró los pechos y los sopesó en las manos para decidir de qué lado iba a ponerse. Luego se tumbó, levantó a Dream con cuidado y metió el albornoz por debajo, apartó el bracito blanco de la niña y se retiró un poco con un leve impulso, para que el pecho le quedara justo delante de la cara.

Era una maniobra agotadora.

Dream la miró con los ojos de par en par, arrugó la nariz y abrió la boca tanto como pudo. Parecía un cervatillo cuando meneó la cabeza y se abalanzó con todas sus fuerzas sobre el pecho, estiró los labios como una ventosa y empezó a chupar.

No le dolía, pero se adueñó de ella el recuerdo de cómo se sintió las primeras veces: como si alguien la removiera por dentro con una barra de hierro. Era un dolor que se manifestó como un caos inquebrantable. Él estaba tumbado a su lado y le limpiaba las lágrimas con aquellos dedos ásperos, la consolaba y le recordaba lo que le había dicho la enfermera, que la primera vez que le diera de mamar el útero se le contraería de nuevo para protegerse, y que le dolería. Era la naturaleza.

Y ella pensó que seguro que él había experimentado muchas veces dolores más intensos.

La casa estaba en silencio y el débil rumor que constantemente le resonaba en el oído aumentaba de potencia. En algún lugar recóndito de su cabeza oía un pitido, una señal clara que ella sabía que iría cobrando más fuerza cuanto más tratara de ignorarla.

–Así, eso es –le dijo a Dream para romper el silencio del exterior, y la niña respondió chupando el pecho enérgicamente.

Dream parecía disfrutar de la leche tibia de un modo como ella no creía haber disfrutado nunca de nada. Para notar bien la fuerza, apretó la yema del dedo índice contra sus tiernos labios e interrumpió el vacío cuyo objetivo no era otro que posibilitar que un niño pequeño pudiera quedarse colgado del pecho solamente con la boca, si fuera necesario. Metió el dedo un poco más y se salió el pezón. Se quedó largo y como estirado unos instantes, como la ubre de un animal. Luego recobró la forma redondeada de siempre y ella pensó en lo inexplicable que le parecía que una parte tan sensible de su cuerpo pudiera soportar una fuerza de succión tan intensa.

Rodeó a la niña con un brazo y descansó la cabeza en el otro brazo, trató de hacerse lo más blanda posible y de hundirse en el sofá. Fue revisando las distintas partes del cuerpo, notó que los dientes de la mandíbula superior rozaban los de la mandíbula inferior y abrió la boca para corregir la postura. La abrió y la cerró unas cuantas veces y movió la mandíbula inferior de un lado a otro para que se le relajara la musculatura.

Encogió las rodillas. Notó en los muslos los pies fríos y lisos de Dream y pensó en lo suave que tenía la piel.

Trató de relajar los hombros.

Dream mamaba y tragaba con la punta de la nariz hundida en el pecho, tan redondo como la mejilla y la cabeza de la pequeña, y como la areola, que no se vería si la niña tuviera el pezón agarrado como debía. Los redondeles se superponían unos a otros. La leche se abría paso a través de la cerradura de sus labios y caía en chorritos por el pecho, dejando tras de sí un rastro pegajoso, y en el alboroz una mancha húmeda.

Se preguntaba si el cuerpo seguiría produciendo leche después de la muerte. Si a ella le ocurriera algo, si se atragantara con algo y se ahogara o si se rompiera una vena cerebral o si entrara alguien para aniquilarla de una vez por todas, seguramente tendría que pasar mucho tiempo hasta que alguien la echara de menos. Pero si tenía en el pecho leche suficiente, Dream quizá tuviera una

oportunidad de sobrevivir mientras se presentaba ese alguien, pensó.

Trató de concentrarse en la suavidad.

Pensó en la sensación del almohadón en la piel, en su respiración, como las olas que lavaban la playa. Al cabo de un rato se le cerraron los ojos, pero ella volvió a abrirlos, a su pesar. No podía evitar mirar a Dream. El pecho, que le subía y le bajaba dentro del pijamita, de un tejido tan suave, y la piel que cubría era más suave aún.

Se dejó arrastrar al sueño.

La despertó el hambre. Dream tenía el cuello húmedo del sudor que le corría y se acumulaba en los pliegues, y se le había rizado el pelo. Estaba caliente, a pesar del frío que hacía.

Ella, en cambio, estaba helada.

Se diría que su calor corporal bastaba ni más ni menos que para calentar a Dream mientras dormían juntas bajo la manta.

Se desprendió del albornoz con todo el cuidado del mundo para no despertarla y se levantó despacio. Se acercó al ordenador, que estaba conectado al wifi de los vecinos, e hizo el pedido. Luego se sentó en el sofá a esperar, contempló a la niña, que dormía tumbada a su lado, como una plomada que la retuviera allí.

Fue él el que quiso tener hijos.

Fue él el que quiso tener hijos y fue él quien le susurró sus deseos al oído. Le señaló una nueva dirección para los dos, una posibilidad. Palabra por palabra, explicaciones interminables de lo mucho que la quería y de cómo sería que hubiera otra persona nacida de ella, que también sería él.

Para él la idea de los niños era una ventana que se abría, para ella, una que se cerraba. Pensó en todas las mujeres que había visto delante de sus maridos rogándoles y sosteniendo delante a los hijos para conseguir que cambiaran. Se imaginaba perfectamente que iba a preocuparse mucho más, pensaba en las habitaciones familiares de las instituciones: los juguetes que llevaban allí, las pilas de aquellas servilletas tan ásperas de papel gris.

Los platos de cartón.

Pero al cabo de un tiempo ese anhelo de él encontró una respuesta en algún lugar recóndito de su ser. Como si algo en su interior lo hubiera comprendido todo de repente y quisiera lo mismo que él. Un punto cálido que deseara conmovirse con aquello de lo que él hablaba.

No había tardado en enterrar la sensación de que él la había convencido. Pero ahora que ya no estaba y que ella ya no tenía que refrenar sus sentimientos, esa sensación había aflorado otra vez.

Ahora que él ya no estaba, podía reconocer que no solo tuvo miedo a perderlo de cualquiera de las formas de las que la había prevenido la gente. También se lo planteó de otra forma, imaginándose cómo sería todo; imaginándose la libertad de estar sin él.

Ahora él se había ido, pero de la libertad no había ni rastro. Él la había dejado sin dejarla, se había aferrado a su cuerpo succionándolo bajo la forma de una nueva versión de sí mismo.

Los golpecitos en la puerta eran callados y discretos. Era la discreción con la que uno llama cuando no quiere despertar a un niño que quizá esté durmiendo.

Se sentía como si solo hubieran pasado unos instantes. Quizá hubiera vuelto a dormirse. No había oído la motocicleta.

Se levantó, se echó la manta por los hombros y se envolvió con ella. Ya tenía los pechos algo más equilibrados, pero seguían siendo extraños, grotescos.

Fue al recibidor.

Había vuelto a nevar. La puerta trazó un arco nítido en la nieve cuando abrió, y sintió el calor de aquel aroma. Él llevaba la gorra con el logotipo de la empresa. Tenía el pecho plano y ancho.

Se habría abrochado la cazadora justo antes de llamar.

Le sonrió.

Sin decir nada, ella cogió la caja, ardiente y húmeda por la base, entró y la dejó en la cocina. Cogió un billete de cien del cajón en el que tenía el dinero, el poco que le quedaba, la pistola y la munición guardada en cajas o en bolsas para congelar selladas con pinzas de plástico de distintos colores. Pero entonces se detuvo, dejó el billete de cien coronas y cogió uno de quinientas.

Cuando volvió al recibidor, él había entrado, había cerrado la puerta y se había quitado los guantes y la cazadora. La miró con una especie de alegría expectante que la hizo sentir vergüenza ajena.

Le alargó el billete.

–No, no –dijo él.

–¿Estás seguro?

Ella bajó un poco la cabeza y lo miró mientras preguntaba.

–Claro, desde luego. Por supuesto.

Volvió a la cocina y dejó el dinero en el cajón.

Él se quitó las botas. Barro y nieve en las suelas.

Colgó la gorra junto con la cazadora. Tenía el pelo alborotado, abundante y rubio.

Ella oía los latidos de su corazón.

Él se le acercó.

Detuvo la mirada en la manta con la que ella se cubría los hombros. La cogió. Una lucecilla parpadeó en la radio, que él había dejado colgada del bolsillo de la cazadora, y se oyó un encargo. Una voz lejana que se entrometía entre los dos. La soltó, se volvió y cogió la radio, le dio a un botón y se apagó.

Ella le miró los hombros y los brazos.

–Pues parece que hoy no voy a poder quedarme –dijo–. Tengo que trabajar.

Ella asintió.

Él la miró, miró la manta, sonrió y la abrazó antes de irse, se balanceó unos instantes adelante y atrás con ella en sus brazos, como si bailara. Ella se sintió avergonzada de esa mirada y esa sonrisa; de que no se enterase de nada, o no le preocupara quién era ella.

Dijo adiós sin mirarlo a los ojos y luego cerró las dos cerraduras y echó el cerrojo.

Volvió a la cocina y lo oyó alejarse en la moto.

Partió unos trozos de pizza, los dobló y empezó a dar grandes mordiscos, comió a toda prisa atrapando con la lengua el queso que se le pegaba a la barbilla en forma de hilos largos y calientes. Se limpió la cara con el reverso de la mano y se limpió la mano con el cartón de la tapa. Se lamió la grasa reluciente de los dedos, cerró la caja y la puso encima del montón donde se apilaban otras.

Estaba tumbada en el sofá con Dream. El cielo aún se veía cargado fuera, pero ahora era como si el aire también lo estuviera, como preñado de una bruma densa. No sabía cuántos días habían pasado desde la última vez que salió.

Apartó la manta y el albornoz y se movió de modo que rozó con el pezón la mejilla redondita de Dream. La niña abrió la boca y giró la cabeza, atrapó el pezón entre los labios sin abrir los ojos y lo apretó con la mano para que se vaciara más rápido.

Ella le acarició la cabeza con cuidado.

Tenía el pelo brillante y algo ondulado sobre el cráneo. Era casi tan moreno como el de John, y se veía más oscuro aún por la costra de leche que le cubría el cuero cabelludo. Pasó el dedo por aquella pelusa suave y por la fontanela, el vacío que había debajo de aquella piel fina, que siempre la asustaba por lo que revelaba acerca de la fragilidad de los niños pequeños y de la forma en que estaba construido el cuerpo.

Después de que le sacaran a Dream, se pasó varias horas sin poder hablar. Como no fue posible ponerle ningún tipo de anestesia, estuvo gritando todo el tiempo. Aún le quedaba en la voz la ronquera que aquello le provocó, pero ya no se acordaba apenas, dado que por lo general estaba sola, y con Dream no conversaba tanto como intuía que quizá fuera conveniente. En el centro de salud pediátrica les habían hablado mucho del tema.

Aún sentía sus partes como algo ajeno. Cuando orinaba, el chorro salía en tres direcciones distintas. Decían que era por lo rápido que había ido todo. A fin de despejar la salida para el niño, se habían desgarrado tejidos. Fue como una tormenta a cuyo núcleo se vio arrastrada. El alumbramiento se apoderó de su cuerpo y su conciencia entera y la separó del universo con un corte limpio; y aunque en aquellos momentos era lo más evidente del mundo que la fuente de aquel dolor era ella misma, intentó distanciarse de él.

Creyó que iba a morir.

Era la única vez que se lo había planteado de verdad. Y luego, detrás de esa idea, había otra: que no era posible.

Pero también fue un dolor placentero, y con el tiempo esa era la única parte que podía recordar en realidad. Un ondear ampuloso de la mitad inferior del cuerpo y una oleada de calor tal que se le doblaron las piernas y las caderas empezaron a balancearse solas: algo que ahora era capaz de añorar, verse

arrastrada por una fuerza superior a ella. Convertirse en un cristal de hielo en medio de la tormenta, una burbuja en la superficie del agua en mar abierto.

Notó un tirón en el otro pecho y la leche salió de golpe en arcos blancos tan finos que apenas se apreciaban. Presionó el pezón con la mano y la leche le chorreó por la palma, ligera y pegajosa por la lactosa.

Miró al techo y trató de pensar en otra cosa para atenuar el reflejo de eyección de leche. Cuando lo consiguió, se secó la mano en el albornoz y se tapó el pecho con la manta para tratar de mantenerlo caliente. Pensaba hacerlo siempre que pudiera, para evitar la mastitis o que se repitieran los abscesos, pero no sabía si funcionaría.

Alargó el brazo en busca de los auriculares y el reproductor MP-3, que tenía aplastado debajo de un cojín del sofá. Se puso los auriculares y fue pasando canciones hasta que llegó a «Vientos cálidos», de Wizex, y luego a «Meditaciones del fondo del mar», cerró los ojos y dejó que las notas la mecieran en ese mundo submarino donde todos los sonidos eran lejanos y donde toda luz se filtraba a través de ingentes masas de agua.

La despertó algo pegajoso y caliente que notó en las manos, y pensó en sangre. Levantó las manos y, sin querer, salpicó el sofá.

Le cayó en los muslos.

Abrió los ojos de par en par.

Había caca por todas partes.

Dream estaba llorando. El cielo seguía siendo el mismo allá fuera.

Trató de levantarse sin tocar nada con las manos. Sacudió la cabeza, levantó el hombro hasta la oreja para retirar el pelo hacia atrás y fue desnuda y tiritando al cuarto de baño, consiguió abrir el grifo con el dedo meñique tieso, metió las manos debajo del chorro de agua y dejó que la plasta se fuera diluyendo.

El agua se lo llevó todo por el desagüe. Se limpió las piernas con una toallita húmeda, procuró utilizar solo una, y cogió otra para el sofá.

En el espejo vio que le había caído un pegote de caca cerca de la clavícula. Lo limpió de una pasada, tiró la toallita, se lavó las manos otra vez y cogió una bayeta que escurrió encima de la mancha de la tapicería del sofá. Luego cogió otra toallita.

El llanto se había transformado en alaridos que cortaban el aire frío de las habitaciones. Dream estaba tumbada en el albornoz perdida de caca y manoteaba y pataleaba como un insecto. La caca le llegaba hasta la espalda, pero dejó de llorar en cuanto la cogió. Notaba en el cuello la respiración caliente de la niña mientras la llevaba escaleras arriba. Un rayo tenue de calor, que le parecía intenso y palpitante en medio del frío que las envolvía.

Había colocado el cambiador en el cuarto de baño de él, que estaba comunicado con el dormitorio del piso de arriba. Y allí dentro estaba ahora; le quitó a Dream el pañal empapado y lo tiró, la lavó y se quedó observando cómo se iban por el desagüe los excrementos.

Las cosas de afeitar de John seguían en el cuarto de baño, y sus pastillas y medicamentos aún estaban en el cajón del lavabo. Zantac, Xanax, Cipramil, Cipralex, Valium, todo revuelto. Pastillas de cafeína y Viagra. Una vez que Anna y Therese creían que estaba dormida las oyó discutir sobre si debían llevarse las pastillas o dejarlas allí. Eso era cuando todavía se preocupaban por ella.

Dream ya estaba limpia y seca y se había tranquilizado.

La tumbó en el cambiador y se agachó para darle un beso en la barriga. Estaba

fresca como una masa de pan en la que ella hundió la nariz y los labios. Con aquellos tobillos blandos de bebé entre los dedos, observó el contraste entre su piel y la de Dream, le bajó las piernas otra vez, le separó la carne de los pliegues en la cara interna de los muslos y le secó la piel. Le sopló y notó un aroma suave y ácido.

Dream reía. Tenía los ojos color gris azulado, pero todavía podían ponérsele castaños como los de él. Aún no era posible saber con certeza de qué color serían.

Cogió el frasco de aceite del lavabo, desenroscó el tapón y vertió unas gotas en la mano. Le dio a Dream un masaje en el cuero cabelludo, cogió un peine muy fino de plástico blanco y empezó a retirar con mucho cuidado la costra, arrastrando a lo largo del fino cabello de Dream aquellas escamas pequeñas que parecían de cera. Debajo quedó al descubierto una nueva capa de piel limpia que parecía tan delicada que pensó que la arañaría si la rozaba con los dientes del peine.

Notó que se le llenaba la boca de saliva mientras retiraba el resto de la costra y el cuero cabelludo quedaba limpio. A Dream también parecía gustarle, miraba al frente, no protestaba.

Cuando terminó, dejó el peine en el lavabo y abrió el grifo. Ajustó la temperatura, le mojó a Dream el pelo con el agua tibia y se lo lavó con delicadeza. Luego cogió una toalla suave y le secó el pelo y los hombros y la espalda, que tenía cubierta de un vello corto y oscuro, como una cría de animal. De recién nacida era más abundante todavía; entonces tenía la piel poco firme y le formaba pliegucillos por todo el cuerpo.

Volvió a dejar a Dream en el cambiador y le levantó las piernas, sujetándola por los tobillos con una mano y dándole palmaditas en el culete con la otra. Dejó que la palma de la mano se demorase en las nalgas diminutas que tenían unos hoyuelos minúsculos en la molla, e hizo lo posible por tratar de disfrutar de la suavidad de aquella piel. De lo suave que era y de que ella pudiera sentirlo.

Trata de disfrutar de esta época por lo menos, le habían dicho todos. Trata de disfrutar, a pesar de todo.

Le puso el pañal y, de refilón, vio su reflejo en el espejo.

Miseria.

Llamaron a la puerta.

El corazón empezó a latirle con fuerza.

La casa era muy grande.

Había mucha distancia hasta la puerta, en la planta baja.

Cogió a Dream y notó que la niña se le agarraba con fuerza, el reflejo de

aferrarse a algo era aún bastante fuerte, y le apretó un poco más cuando cruzó con ella en brazos el dormitorio rápidamente por la moqueta gris lavanda que notaba áspera y sucia bajo los pies, y bajó las escaleras.

El timbre volvió a sonar.

Había pensado muchas veces en programar otro sonido, pero nunca lo hizo, y ahora no era capaz de encontrar el libro de instrucciones, ni tampoco el del timbre, el del robot aspirador o el del proyector. Ella nunca se preocupó de aprenderse esas cosas.

Se dio cuenta de que se alegraba de que volviera.

Sí, eso era lo que sentía, algo así como un ansia que bien podía ser alegría. Le importaba un bledo quién fuera, su bisoñez vergonzosa.

Volvió a echarse el albornoz por encima, cruzó el salón con paso raudo y llegó al recibidor. No le importó la suciedad ni la grava que se le clavaba en las plantas de los pies, y apenas notó lo frío que estaba el suelo.

Era tan extraordinario querer algo de repente...

Abrió la puerta.

No era él.

Allí delante, en la escalera, había dos personas. Un hombre y una mujer. Ella era alta y huesuda, con una cara muy rígida que ya se le había puesto roja de frío. Era la misma mujer de otras veces.

–Hola, Karin –dijo, y se acercó un poco a la puerta.

En cuanto abrió la boca se le vio el diente que tenía partido; había reparado en ello la primera vez que vino, era una de esas cosas que una persona normal procura arreglar directamente. El hombre, que estaba detrás de ella, llevaba gafas, y los cristales se le habían empañado con el aliento. Los dos llevaban chaquetones con capucha. En la entrada habían aparcado un coche pequeño.

Ella no dijo nada.

Sintió que se le encendían las mejillas.

Quería darles con la puerta en las narices, pero no lo hizo.

–¿Podemos pasar? –dijo la mujer, y bajó la vista, como si de verdad le doliera inmiscuirse así, dado que era una gran defensora del derecho a la privacidad.

Siempre hablaban con el mismo tono, como si creyeran que uno no acababa de entender del todo lo que le estaban diciendo, y con una melifluidad hipócrita a la que había que procurar no rendirse. Se preguntaba dónde lo aprenderían, o si la que trabajaba en eso sería gente a la que le salía de forma natural, gente con talento interpretativo.

Dream babeaba tanto que le caían las gotas de saliva en la muñeca, y notó que la estaba sujetando como si fuera un escudo.

La mujer dio un paso al frente.

El hombre se quedó en la escalera. Se quitó las gafas y las limpió con una gamuza.

La mujer lo miró fugazmente, luego se volvió otra vez hacia ella.

—¿Podemos pasar para hablar un rato contigo, Karin?

Ella respondió con un murmullo, abrió la puerta y se vio a sí misma desde fuera, vio cómo se apartaba y los dejaba pasar al recibidor.

El frufú de sus chaquetones.

Los colgaron en las perchas, sobre la bolsa de papel llena con todo el correo, cartas que seguramente iban firmadas por ellos o por alguna persona con la que trabajaban. No parecieron darse cuenta de que estaba allí. Los dos se quitaron los zapatos, se quedaron en calcetines, los de él con un agujero perfectamente visible al lado del dedo gordo.

Y entraron en la casa.

Se movían silenciosos y decididos, con avidez.

Aunque aquello fuera un asunto completamente rutinario para ellos, no podían ocultar el ardiente entusiasmo que los embargaba cuando se acercaban a la presa. Delante de las ventanas mugrientas contemplaban mudos y ansiosos las vistas, sus vistas. Se volvieron y observaron la chimenea, cuyo mando a distancia seguía en la mesa del sofá, a pesar de que el gasoil se había acabado y no podía encenderla. Echaron una ojeada al cuadro que había en la otra pared, su cuadro, el que John le había regalado y que ella creía al principio que era robado.

Ya habían tenido allí a un tasador que lo había revisado todo.

Se los quedó mirando.

—Aquí podemos sentarnos, ¿no? —dijo la mujer, que tenía en los brazos una mochila con el emblema de la Agencia de Delitos Económicos.

Asintió y trató de serenarse, de ordenar sus pensamientos.

El hombre y la mujer se sentaron en uno de los sofás.

Se oyó preguntar si querían café.

Se esforzó por sonar neutral. Educada, pero sin exagerar.

—Sí —respondió la mujer sorprendida—. ¿Por qué no? —Tragó saliva y guardó silencio unos instantes—. Un café nos sentará bien —continuó la mujer—. Si no es molestia.

La mujer miró a Dream, que estaba en el suelo, otra vez con el cargador.

Ella negó con la cabeza y repitió sus palabras con un cansancio un poco más evidente de la cuenta, un tono casi cáustico que sabía que debía abandonar en el acto:

—No, no es molestia.

No quería parecer obstinada. No quería que pareciera que lo que ellos decían y

hacían le afectaba en absoluto. Debía permanecer impasible.

Fría como el lodo congelado del lago ahí fuera.

Puso la cafetera, que unos días atrás había llenado con los últimos granos de café que él dejó, y el ruido que hizo al arrancar ahogó todo lo demás. Preparó dos tazas. Aliviada al ver que ninguno de los dos pedía leche, porque no tenía, llevaba tiempo sin tener; aliviada al ver que no husmeaban por la casa; pero molesta porque ahora se dedicaban a mirarla a ella.

Su contorno quedaba en la sombra y se los veía oscuros a la luz grisácea.

Era irreal que estuvieran allí sentados.

Rebuscó en la cocina y encontró un paquete de galletas que llevaba en el armario desde que Anna se lo había comprado. Las puso en un plato japonés y colocó el plato y las tazas en una bandeja que plantó en la mesa. Se dio cuenta de que ellos se daban cuenta de la perfección que había en ese acto, y aun así no podía evitar sentirse como una niña en su presencia.

Se movía por la cocina como si en realidad no fuera suya, y ellos la seguían con la mirada.

Debería vestirse, pero pasaba de hacerlo. El dichoso albornoz, el albornoz de él, ese albornoz sucio donde se mezclaban los restos de su piel con la leche de su pecho y los excrementos de la hija de ambos, era más caro que todo lo que llevaban puesto aquellas dos personas juntas.

Pero eso ellos ya lo sabían.

Lo sabían todo acerca de lo que ella poseía. Quizá no aquellas dos personas en concreto, pero en alguna parte alguien lo sabía. Tenían controlada cada corona.

Existía documentación de todo lo que habían hecho, de todo lo que ella había comprado, de cada paso que había dado, esa era la sensación. Fotos de ella en el aeropuerto y en la tienda de relojes. Billetes a Tailandia y a Brasil, tarjetas de gimnasio, tratamientos de piel, relojes, joyas, coches, barcos. Tenían una columna específica para el perro y otra para el caballo.

Eran peores que la pasma.

Ellos *eran* la pasma, decía John. La policía, el Servicio de Ejecución Judicial, la Agencia de Recaudación, la Caja de la Seguridad Social, la Agencia de Delitos Económicos, el Ministerio Fiscal, la Agencia Nacional de Aduanas, la Agencia de Migración... Todas las autoridades colaboraban y se cedían los datos de las personas que estaban en la lista.

Cuando comprendió que él era uno de ellos, empezó a leer todo lo que caía en sus manos acerca de recuperación de activos procedentes del delito, y ella esperaba que él dijera que solo era dinero, que podían coger lo que quisieran, porque pronto habría más.

Pero nunca lo dijo.

La mujer removía el café.

–¿Por qué no te sientas, Karin? –dijo.

Ella se sentó en el sofá que tenían enfrente.

El hombre alargó el brazo para coger una galleta, que se metió en la boca rápidamente; se lamió los labios para atrapar las migajas. Lo oía masticar y tragar, y notó el olor del café, y cómo le abría un agujero por dentro. Debería haberse sentado enseguida, no debería haber permitido que se dieran cuenta de que no quería sentarse.

Carraspeó un poco para poder hablar.

–¿Qué pasa ahora? –dijo.

–Pero si ya lo sabes... Sabes que es por el embargo.

La mujer la miró con preocupación y sacó una carpeta de plástico de la mochila. Y de la carpeta, un documento que le entregó a Karin.

Ella lo cogió.

Miró a Dream, que estaba sentada más allá, jugando con su cable, luego el documento, que ahora tenía en la mano, aunque no quería.

Lo dejó en la mesa.

La mujer puso encima dos dedos y lo empujó hacia ella.

–¿Ya puedes pagar tus deudas? –preguntó.

–Yo no tengo deudas.

La mujer se la quedó mirando.

–Claro, las tienes desde que se hizo esta investigación. La Agencia de Recaudación nos ha entregado la documentación de tu deuda para su cobro ejecutivo. Y lo sabes. –Se pasó la mano por la boca, donde se había quedado retenida una gota de café–. Una vez terminada la investigación te informamos, y te hemos llamado y enviado cartas y hemos tratado de ponernos en contacto contigo. Y yo he venido a verte.

Hizo una breve pausa. Volvió a hablar, ahora con un tono de mucho sentimiento.

–Y como tú y yo hemos hablado ya en otras ocasiones, quería venir antes del desalojo simplemente para confirmar que estás al tanto de todo.

–Sí.

No podía decir más.

Se limitaba a respirar.

Un gorrión se había posado en la barandilla de la terraza.

Estaba picoteando la madera.

La mujer la miró con unos ojos grandes y compasivos.

–Es decir, se te embargarán los bienes por los impuestos reclamados, lo cual

no es ninguna novedad, es una decisión que se tomó hace tiempo, pero creo que es importante que seas consciente de lo que va a ocurrir a partir de ahora, Karin.

–Ya.

Se limitaba a respirar.

Dream golpeteaba el suelo con el cable.

Miró por la ventana. Fuera, la niebla se había despejado y el viento arañaba las cañas secas. Un colimbo sobrevoló el lago.

En el cristal de la ventana había una mancha, una mancha untuosa y blancuzca en la que no había reparado antes. Se demoró con la mirada en la mancha tanto como pudo, hasta que se obligó a volverse hacia la mujer.

–Hemos comprobado tus ingresos, Karin, y tus gastos de los últimos años, los viajes, las propiedades, entre otras este inmueble. Que no tiene hipoteca.

La cara se movía mientras hablaba. Los poros a ambos lados de la nariz se veían ensanchados y llenos de sebo. A su pesar, Karin la miró a los ojos.

–Y hemos hecho un cálculo del capital, en el que se basa la declaración positiva; pero eso ya lo sabes. Y que la Agencia de Recaudación te reclamó las cantidades adeudadas, y que no has pagado.

Miró a la mujer, y el documento que había encima de la mesa, y sintió que la habitación cambiaba. Algunas partes desaparecían detrás de ella, el suelo se abría y las paredes se retiraban deslizándose, y miró a Dream.

–¿Cuándo? –preguntó.

–Bueno, la ejecución es la semana que viene, así que quedan, cuánto sería..., nueve días, ¿no? Y además, en la misma ejecución, tenemos el embargo de un coche de tu propiedad que está aparcado ahí fuera.

–Sí, supongo.

La gran ave de color blanco y negro descendía otra vez en el cielo con las alas desplegadas. Una de ellas parecía apuntar directamente al cielo. Los cristales blindados no dejaban entrar ningún sonido, pero ella se imaginó cómo se extendería el resonar de los chillidos del ave sobre el lago, sobre todo lo que había al otro lado de la ventana.

–¿Y dónde se supone que voy a vivir?

No había pensado decirlo en voz alta.

La mujer se quedó callada, como para proporcionarle un marco a la humillación.

Notó que algo le surgía del agujero que tenía dentro.

Creyó que iba a vomitar.

La niña empezó a llorar, así que se levantó, se le acercó y la cogió en brazos, la meció y la abrazó fuerte y la apretó contra el corazón, que le martilleaba en el pecho, y dio unos pasos por la habitación.

Si dijeron algo más, no los oyó.

Se colocó delante de la ventana y oteó el lago. Buscaba con la mirada los dos cisnes, y al final los encontró en un cañaveral, muy juntos los dos, con la cabeza debajo del ala, con la nieve muy cerca de las plumas, que parecían de cera y no del todo blancas.

Empezó a mecer a Dream, a la que tenía sentada en la cadera.

–He pensado que a lo mejor querías hacer alguna pregunta –dijo la mujer–. Y si hay algo a lo que yo no sepa responder, aquí tenemos a Göran. –Señaló al hombre, que dejó la taza en la mesa y carraspeó un poco.

Negó con un gesto, pero él tomó la palabra de todos modos.

–Seguimos el rastro del dinero –dijo, y puso cara de pensar que era la primera vez que ella oía aquella frase.

–Seguro que sabes que así es como trabajamos ahora contra el crimen organizado. Así reducimos el aliciente de este tipo de delitos graves, que tantos problemas generan para todos y que ninguna sociedad moderna quiere sufrir.

Asintió y lo miró. Un gestor del Servicio de Ejecución Judicial. Había que verlo allí sentado, con la camisa de cuadros, como si se creyera un héroe.

Notó que había empezado a mecer a Dream demasiado rápido. Respiró hondo y miró al suelo, tratando de calmarse. Contempló las líneas de las vetas del parquet y oyó la voz del hombre que seguía hablando incansable de que, llegado el momento, vendría un cerrajero, de que habría que almacenar los muebles y de lo que harían con cosas algo más delicadas como la comida y la ropa, y la ropa sucia, si es que había alguna en la casa.

–Lo mejor es que tú te mudes –dijo él–. Ahora. Antes de la ejecución del desalojo. Y que te encargues de la limpieza, a menos que no te importe encontrarte con un gasto adicional.

De repente, el hombre había empezado a hablar más rápido.

Cuando se inclinó hacia él, notó que olía a algo raro, y pensó que era miedo. Después de todo, ella no era una persona cualquiera.

Se puso de pie delante de él.

El hombre guardó silencio.

–¿Algo más? –preguntó en voz alta para que la oyeran, porque Dream había empezado a llorar más fuerte.

La mujer asintió.

–No, a menos que tengas...

–Pues entonces, ya podéis iros.

–¿Tenéis adonde ir? –preguntó la mujer mientras se levantaba.

Ella no respondió.

–También intervendrán los servicios sociales.

Se dirigió a la escalera que conducía a la primera planta y, cuando ya había empezado a subirla, oyó a su espalda:

–¡No estás sola, Karin! Hay muchas chicas en tu situación, te lo aseguro.

Se lo pensó.

–Lo dudo –dijo al fin–. No creo que sepas de qué estás hablando.

Mientras la seguían mirando, entró en el dormitorio, cerró la puerta y, en ese mismo momento, sintió que la furia se apoderaba de ella. Como una mano de hierro le agarró la cabeza y le aplastó la conciencia hasta que solo quedó un resquicio mínimo de luz y de realidad.

Tomó aliento.

Dream dejó de llorar en cuanto la acostó en la cama. Se dio cuenta de lo agotada que estaba. Se tumbó a su lado, apoyó la mano sobre el cuerpecillo blando y caliente y aguzó el oído. Más allá de los latidos de su corazón pudo oír la puerta al cerrarse abajo y el coche, que, después de arrancar, se alejaba de allí.

El aire del dormitorio era denso y olía a viciado. Le dio la sensación de que la cama estaba húmeda. En la sábana de raso color champán había unas manchas grandes, con forma de charco, de leche y orina, y otras más pequeñas de babas y de bocanadas de una pasta blanca granulada. En las dos mesitas de noche y en el suelo había cajas vacías de analgésicos y antiinflamatorios, y discos de lactancia usados. Había toallas sucias y toallitas arrugadas esparcidas alrededor y dentro de vasos y cuencos con restos resecos.

Estaba tumbada en la cama, rodeando a Dream con el brazo.

Mirando al techo.

La pequeña se despertó un instante, pero se durmió otra vez, y entonces ella la soltó y se dio la vuelta hacia el otro lado y trató de ver a John ante sí.

Ya no lo veía a la primera.

Hacía un tiempo que se había dado cuenta, la noche de Año Nuevo, muy tarde, cuando Dream estaba enferma y se durmió por fin, y entonces quiso darse un premio fantaseando con él, pero notó que, de repente, ya no podía recrear su cara con claridad en la imaginación. La veía como desvaída por la zona de las mandíbulas, como si ya no recordara exactamente cómo era esa parte de su cara, la forma de las mandíbulas, y cómo le crecía la barba.

Abrió un cajón de la mesita de noche y cogió un teléfono viejo que guardaba allí. Marcó el número del buzón de voz y tapó el altavoz para no tener que oír la voz femenina del contestador automático; la aborrecía. Aborrecía oírla, ya que se había convertido en un testigo. Luego resonó la voz de él:

–Eh, oye, hola. ¿Qué haces?

Se oyó un crujido en el auricular. Se lo imaginó rascándose la nuca, por dentro de la camisa.

–Oye, vamos a ir a remar este fin de semana. Me he dado cuenta de que..., bueno, que tengo que despejarme un poco. Vale. Besos.

La señal que siguió se le clavó por dentro. Se repitió y luego solo se oyó un suspiro, un carraspeo y un clic. Después se oyó otra vez, antes del segundo mensaje, que era más corto:

–Oye, tráeme las gafas de sol, ¿vale? Están en la entrada.

Sentada en aquella cama enorme, empezó a llorar con el teléfono en la mano, y dejó que su voz se adueñara de ella. A cada sílaba se abría una sala con todo lo que él era para ella y con todo lo que ella creyó haber sido para él. Toda su vida

juntos parecía existir en cada una de aquellas palabras cotidianas que él pronunciaba, en cómo unía y formaba los sonidos, en cómo surgían allí, entre él y ella.

Se tumbó boca abajo y hundió la cara en el edredón, sintió que se le abría la boca y se oyó a sí misma gritar entre la tela y las plumas. Las sábanas se humedecieron a su alrededor y se puso tan tensa que las piernas se elevaron de la cama. Lloró y lloró sin parar, hasta que el llanto se volvió seco como un grito. Pensó que ya estaba bien, que tenía que ser la última vez. Y tras ese pensamiento, este otro: que no había posibilidad de parar.

Se incorporó.

Se sonó la nariz y encendió un cigarro que encontró en la cama, se dejó arropar por la nicotina. Miró por la ventana, donde las copas de un par de abetos vencidas por la nieve se mecían despacio haciendo señales hacia el cielo cenagoso, y esperó que Dream no se despertara y la viera llorar.

Así son las cosas. Uno va con cuidado al principio, impresionado por el hecho de tener en sus manos la vida de otra persona, de hacer que el linaje siga su curso, a pesar de todo. Luego ese sentimiento se difumina. Ya no importa tanto. Las cosas salen como salen. El niño está en nuestras manos. El niño y uno mismo son una sola cosa.

Dream frunció los labios en sueños y se llevó las manos hacia la cabeza.

Ella cerró los ojos y dejó vagar los pensamientos.

Había llegado la hora. Tenía que empezar ya.

Se había duchado y estaba en el suelo, delante de los armarios. Tiritaba, pero también se había espabilado un poco con el agua fría. Examinó primero la fina capa de infinitas motas blancas de polvo que cubría el espejo de las puertas correderas y luego se centró con desagrado en su figura: una cara agotada y ojerosa con rastros de gris, el pelo en mechones mojados, arañazos en multitud de finísimas líneas rojas en la piel del pecho.

Dream siempre tenía las uñas demasiado largas. Era difícil llegar a ellas con la lima, y cuando utilizaba el cortaúñas, tenía miedo de pellizcarle la yema del dedo, como le ocurrió una vez. En niños tan pequeños había que cortar las uñas tirando con los dedos o mordiéndolas, le habían dicho en el centro de salud pediátrica.

Como no le gustaba verse cada vez que pasaba delante de aquella pared inmensa llena de armarios, de buena gana habría retirado todas las puertas correderas con sus espejos, pero no podía, porque no sabía cómo estaban anclados los armarios a la pared, si podrían volcarse encima de Dream en caso de que la niña tratara de colarse dentro de ellos.

Corrió a un lado una de las puertas y echó un vistazo.

Habían vendido muchas cosas, pero aún quedaba bastante. Jerséis pulcramente doblados en pilas, separados entre sí por papel de seda, cinturones que colgaban de perchitas en la pared, bragas de encaje ordenadas en cajones e hileras de bolsos en los estantes. Zapatos rellenos de papel o con hormas. Hileras de prendas colgadas de perchas de madera o forradas de raso.

Al verlas ahora se le antojaban irreales.

Era como si hubiera perdido un sentido.

Abrió un cajón y sacó un par de medias de uno de los compartimentos. Se las puso en los pies y las deslizó subiéndolas por las piernas. Los pelos cortos y rubios fueron asomando uno tras otro por el tejido de nailon. Buscó hasta dar con un vestido de punto con cremallera de abajo arriba, se lo puso con un jersey encima. Eligió un par de botines negros y un chaquetón negro de conejo que no recordaba haber usado nunca, pero en uno de los bolsillos había un paquete de chicles y uno de tabaco casi entero, así que debía de habérselo puesto.

En el aparcamiento había nieve y hielo, y arena, que habían esparcido para evitar que estuviera demasiado resbaladizo. El barrio de bloques blancos apareció ante ella como una isla en un mar del extrarradio formado por una nada en apariencia infinita: autovía, viaductos, casas. Restos medio nevados de viejas montañas y bosques que en su día tuvieron que ceder ante la civilización.

Pronto empezaría a oscurecer. El cielo se veía denso por la tormenta de nieve que se avecinaba. Estaba más gris si cabe, tenía el mismo color que el asfalto que se atisbaba aquí y allá entre las manchas de nieve.

El depósito de gasolina estaba casi vacío.

Cerró la puerta del coche con tanto cuidado como pudo y lo rodeó. Todavía tenía el pelo húmedo y el frío ya se había apoderado de un par de mechones que le colgaban delante de la cara. Crujieron cuando los apartó, y se metió el pelo por dentro del chaquetón.

Ahora estaba sola y no tenía nada. Nada, salvo una niña de la que ocuparse. Se le encendía la cara al recordar todas las advertencias que le habían hecho.

Le costaba agotar el recorrido del razonamiento.

Que aquello era lo que todos le habían dicho que iba a ocurrir.

Ella también se había imaginado que podría quedarse sola, naturalmente. Había pensado en ello incluso con frecuencia. Había tenido pesadillas con el cadáver de John, sus latidos, su cara destrozada. Cómo entraba y se sentaba delante de la isla de la cocina con el periódico, como siempre, y se volvía hacia ella con la cara hecha un amasijo negruzco y sanguinolento.

Se había sentido horrorizada con la idea de que podía perderlo. Unas veces se preparaba para ello, otras lo descartaba. Pero jamás se le ocurrió pensar que también se vería privada de todo lo demás.

Dream dormía en el asiento trasero con la capucha del forro polar sobre los ojos. Había conseguido meterle las manos en los guantes del buzo y soltar y sacar la sillita del coche sin que la niña se despertara, y cuando cogió el asa, pensó que podía sentir la mano de él, que también la tuvo allí: la palma cálida y los dedos y las yemas, tan reales en las suyas como las de Dream hacía un momento.

Fue él quien compró la sillita para el coche.

Fue lo único que tuvo tiempo de comprar.

Se la colgó del brazo, aunque pesaba demasiado para llevarla así con la niña

dentro. Le saldría un moretón.

Cuando cerró el coche y se guardó la llave en el bolsillo, se paró de pronto. No se veía un alma. Se cruzó el chaquetón para taparse bien el cuello y echó a andar, notó la tensión del tronco mientras trataba de mantener a raya el frío, de hacer que desapareciera.

Los botines tenían unos tacones finos y las suelas de material. Una fina capa de nieve había caído sobre el hielo oscuro del camino. Dio un paso y constató que tendría que andarse con cuidado para no resbalar, y resbaló.

Tuvo el tiempo justo de levantar la mano para que la silla quedara en el aire antes de que se le escapara de las manos, luego dio contra el suelo y la silla le cayó encima. Soltó un gritito agudo.

Después volvió a reinar el silencio.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Logró ponerse de pie y se sacudió la ropa. Estaba temblando. Otra vez se le encendieron las mejillas. El dolor empezó en el coxis y se extendió a todo el cuerpo.

Dream lloraba.

Echó a andar otra vez por el asfalto cubierto de hielo, tratando de mecer a la niña y, al mismo tiempo, de moverse muy despacio y con sumo cuidado para no volver a caerse. Sorteaba las manchas de hielo y los charcos, caminaba mirando al suelo y sujetaba la sillita de espaldas al viento para que no le diera a Dream en la cara.

Allí no había nada.

Unas farolas a lo largo del camino peatonal que conducía a la escalera desde el aparcamiento. Un banco y un poste bajo en el que solo quedaba la parte trasera de una papelera carbonizada. Desde la escalera se veía la parada del autobús y la fachada posterior del centro comercial, el tejado, que estaba pintarrajeado y lleno de basura que dejaban los jóvenes y los sin techo. La autovía a un trecho de allí, como un río que llevaba lejos. Las otras islas que eran los bloques de pisos.

Se agarró a la barandilla helada y se le quedó pegada la piel de la palma de la mano. Cuando llegó a la plataforma, cambió el peso de la sillita bajándola unos centímetros en el brazo y siguió el camino peatonal un poco más.

Se dio cuenta de que estaba temblando.

Dream había dejado de llorar y estaba quieta, se dejaba mecer adelante y atrás.

Entró en el patio. Delante de los bloques había dos grupos de chicos jóvenes que se movían como amebas en la oscuridad. Hablaban muy alterados, miraban los teléfonos, escupían o daban al aire un puñetazo o una patada. Entre ellos el

aliento quedaba suspendido formando nubecillas. Ella pasó por delante sin mirar hacia donde estaban, con la vista en el suelo, era una madre que iba por allí con su hijo, nada más; aun así, callaron las risas y la conversación a su paso.

Los oyó murmurar, preguntarse unos a otros, y luego empezaron a gritarle.

Ella no se volvió y siguió caminando. En cada paso procuraba poner el pie donde pudiera encontrar algo de fricción, unos granos de arena, un poco de nieve con mucho grosor o muy apelmazada, una parte de asfalto que asomara entre la nieve. Se había roto una uña al caer. Ahora se veía en el borde un hilillo de sangre aguada y lo apretó con el pulgar.

En el camino enlosado que conducía hasta el portal del bloque había un hombre con una cazadora de piel amplia y unos pantalones de gabardina que fumaba y daba saltitos y patadas a un montículo de nieve. La saludó con un gesto cuando la vio llegar, pero ella hizo como si nada. Entró por el portal, que no estaba cerrado. Le sorprendió que el hombre estuviera fumando fuera, porque cuando entró el rellano apestaba a tabaco.

Dream se las había arreglado para sacar la mano de la manopla e iba agarrada al canto de la sillita. Se había dormido. En la escalera, al lado del ascensor, había dos niñas sentadas muy juntas hablando en susurros. Ella las saludó con un gesto, les dijo hola y vio que se la quedaban mirando mientras entraba en el ascensor.

En el último piso solo había un apartamento. Alex tenía el ático. El ático de mierda de un quinqui, pero bueno.

Lo primero que notó fue que había instalado una alarma antirrobo y una videocámara en la puerta. Dejó la silla en el suelo del recibidor y observó al ser que dormía en ella con una mueca de concentración en la boca.

No había estado allí desde que ocurrió.

Allí se encontraba ahora, delante de la puerta, sin poder apartar la vista de los sólidos refuerzos de acero que había a cada lado. Se quedó así un poco más, sin moverse.

También el marco de la puerta era de acero reluciente. Habían bloqueado la ranura del correo con unos pernos enormes y se veía una marca muy pequeña en el lugar donde en su día había estado el timbre, un agujero que habían tapado con masilla, pero sin pintar encima.

Se estiró un poco y apretó los labios en un acto reflejo. Llamó y supuso que, al mismo tiempo, su cara aparecía en alguna pantalla allí dentro. Esperó hasta que oyó cómo se descorrían los cerrojos, y cuando la puerta se abrió, pensó que no podía recordar si había visto ya en alguna ocasión al chico que tenía delante. Seguramente sería uno de los muchachos de los que Alex se rodeaba entonces,

un chico con la piel estragada y calcetines sin talón que la miró primero a ella y luego a Dream sin decir nada.

A lo mejor no sabía quién era ella.

Seguramente ya no era nadie.

El olor a maría flotaba denso en el apartamento. El chico les indicó que entraran y se esfumó. Desde el interior de una de las habitaciones se oyó la voz de Therese, resquebrajada, un poco ronca.

Y de repente allí estaba.

Era extraño. Después de todo el tiempo que había pasado, de todos aquellos días sin llamar, sin verse, casi esperaba encontrarse a una extraña. Pero quien estaba allí era Therese. Con el pelo negro cuyo dulce aroma le resultaba tan familiar, y aquella piel cuya sensación al tacto ella conocía perfectamente.

Y al mismo tiempo había algo extraño.

Therese no se movió, ni siquiera levantó la vista.

De repente pensó que nunca había reflexionado sobre cuál era la diferencia que existía entre las dos, y mientras observaba a Therese, tumbada en el sofá de piel de Alex, con la cara aún vuelta hacia el televisor, que colgaba de la pared igual que un cuadro, pensó en lo irónico que era que ahora, cuando esa diferencia se había atenuado, su relación ya no fuera tan íntima.

Therese seguía sin levantar la vista a pesar de que ella estaba allí, y no decía nada, ni siquiera parecía estar dispuesta a reconocer que hubiera entrado en la habitación, sino que seguía mirando el televisor: empanadas y galletas que rellenaban y cubrían, pinchaban y pintaban con huevo batido antes de meterlas en el horno. Al final, levantó la mano a modo de saludo desgano, sin mirarla aún.

—Mira, perdona —dijo—. Es que no tengo fuerzas para levantarme.

Estaba tumbada con los brazos extendidos a los costados y las piernas en la mesa de color oscuro que había delante del sofá y que Alex tenía desde siempre, y estaba viendo un programa de repostería. Llevaba puesto un chándal cómodo que debía de ser nuevo, y los pies desnudos con unos dedos muy finos y la pedicura francesa, que asomaban por el terciopelo rosa y parecían tan suaves como el tejido.

No podía dejar de mirarla, pero no quería que todo lo que estaba pensando se le reflejara en la voz al responder:

—No pasa nada —dijo mientras dejaba la silla en el suelo y la mecía un poco.

Therese tenía abierta la parte de arriba del chándal, de modo que se veía el principio del tatuaje. Tenía ojeras, pero los pómulos parecían más altos que

antes, y tenía los labios carnosos y brillantes. La piel se veía pálida, con granitos e impurezas que antes no la afeaban, pero sobre toda la cara se extendía un brillo que parecía casi sobrenatural a la débil luz que se esforzaba por iluminar la habitación. Las uñas también brillaban, y en las dos manos se leían las letras «FUCK» pintadas de negro sobre una laca de un color clarísimo.

En la mesa había varias botellas vacías de agua vitaminada, y un cenicero lleno de colillas y de canutos a medio fumar. Se agachó para desabrocharle el mono a Dream. Retuvo en las manos el forro polar tan suave y los broches diminutos, se quedó contemplando aquella carita tan apacible, pensó en el hecho de que había pasado con ella todos los días desde que nació, y se preguntó cómo sería dejarla allí.

Le quitó despacio los patucos y el gorro para que pudiera seguir durmiendo sin pasar calor.

Luego se sentó en el sofá.

Therese se volvió por fin hacia ella.

Tenía los ojos apagados y sombríos. Del resplandor que solía advertir en ellos antaño, cuando eran amigas, no quedaba nada. Hacía mucho que sabía que lo echaba de menos, pero ahora comprendía que había empezado a considerarlo como algo que le pertenecía, como una propiedad que hubiera perdido.

–¿Quieres algo? –preguntó Therese al tiempo que echaba una ojeada a Dream, que dormía con la boca abierta de par en par–. Yo me voy a tomar un agua vitaminada, ¿te parece bien? ¿Puedes beber agua vitaminada?

–Sí.

–¿Y ella, va a tomar algo?

–No.

–¡Hola!

Therese se volvió sin levantarse y gritó hacia el pasillo a oscuras.

Nadie respondió.

–El muy idiota.

Se volvió otra vez y gritó:

–¡Deja de hacerte pajas, so retrasado mental!

Dream se sobresaltó en la silla, extendió los brazos en el aire, como si se estuviera cayendo, y se durmió otra vez en el acto.

Therese dejó escapar un suspiro.

–Puedo ir yo –dijo ella, y Therese asintió con desgana.

Se levantó y fue al pasillo, que conducía a la cocina y al resto del piso. El papel pintado de las paredes no tenía ningún tipo de adorno, pero sí rasguños y suciedad aquí y allá. Las habitaciones que iba dejando atrás parecían deshabitadas. En alguna que otra atisbó cajones y cajas de cartón apiladas,

colchones en el suelo, que pensó que serían para los tíos que irían por allí, los muchachos que aparecían por las noches con objetos robados y que no tenían adónde ir. Y que quizá vieran en aquel lugar algo parecido a un hogar.

En el pasillo había una carretilla con una caja fuerte enorme encima. Se paró delante y se quedó allí mirándola, la brillante rueda de metal, la cerradura y los botones, las fibras del acero que relucían al resplandor de los fluorescentes del techo.

Todo estaba en silencio en el piso.

Tuvo que obligarse a seguir hacia la cocina, caminando con tanto sigilo como podía para que nadie se percatara de que se había quedado plantada delante de la carretilla y que había estado observándola.

No vio al chico que le había abierto la puerta.

En la cocina, en una mesa, había varios cartones de tabaco y unos fajos bien abultados de rascas de lotería. Encontró el agua vitaminada en el frigorífico, cogió dos botellas y volvió por el pasillo; se sintió incómoda cuando pasó otra vez al lado de la caja fuerte. Se preguntaba para qué la querría Alex, y si tardaría mucho en llegar.

Cuando volvió al salón, en la tele daban anuncios y Therese se volvió otra vez hacia ella. Casi parecía que estuviera sonriendo.

–A ver, enséñame esas tetas –dijo.

–Uf, estoy muy harta de ellas. –Se sentó y desenroscó el tapón de las dos botellas.

–Anda ya, eso no puede ser.

–Te echaba de menos.

Miró a Therese, que no respondió, se limitó a pasarse la lengua por los dientes blanqueados y por las encías, que tenía un poco inflamadas por delante, miró luego a donde estaba Dream y dijo:

–Comprendo que tienes mucho.

Sí, también podía verse así.

Ella asintió y se bebió casi la mitad de la botella de un trago, tenía un sabor dulce y empalagoso; luego se armó de valor y preguntó sin más:

–¿Sabes si Alex le debe algo a John?

–¿Qué?

No debería haberlo dicho tan pronto. Therese se volvió hacia ella, enarcó las cejas y movió un poco la cabeza, como si le hubiera impresionado tanto la pregunta que debiera cerciorarse de que estaba despierta.

–Así que por eso has venido, ¿no?

–Sí, quería saber si hay algo que pueda llevarme. –Therese movió la cabeza de

nuevo—. Pero también porque te echaba de menos.

Therese tosió y encendió un cigarro, primero pasó un poco la llama del encendedor por el filtro. El tatuaje se le extendía por el pecho como un collar: *Non, je ne regrette rien*. Levantó la vista hacia ella y echó el humo.

—Pero tendrás *dinero*, ¿no?

—No, no tengo.

Le resultó desagradable pronunciar aquella respuesta.

—¿Cómo es eso?

—Se acabó. El dinero se acaba si no sigue entrando más.

—Pero ¿no habías ahorrado un poco?

—No. O bueno, no lo sé. No sé si no habrá un poco escondido en alguna parte. Puede que sí, ¿comprendes?

Se puso de pie y señaló la puerta del balcón. Therese metió los pies en un par de zapatillas con unas orejas de conejo que iban arrastrándose por el suelo. Y salieron al balcón.

—¿Qué pasa?

—No he oído nada, nadie me ha dicho una palabra, así que me preguntaba si tú sabrías algo. —Trataba de parecer fría y correcta.

—¿De qué?

—Pues si hay algo para mí, o sea, algo que sea mío. —Miró abajo, a las personas que se movían allá abajo, en el patio—. Es que nadie me ha dado nada y, la verdad, me ha sorprendido un poco. Ya sabes, eso de que todo el mundo se ayuda mutuamente y todo eso.

Therese asintió levemente con la cabeza inclinada hacia el suelo de cemento gris del balcón, atravesado de parte a parte por una grieta con oquedades porosas. Se le dibujó en la cara media sonrisa y dejó escapar por la comisura de los labios un silbido discreto.

—Vaya, perdona, cariño —dijo, y dirigió la vista hacia ella—. ¿Es que esperabas que, mientras tú estabas tan tranquila en esa casa enorme tan elegante, alguien se acercara y te soltara una bolsa llena de dinero?

—¿Por qué no? Tanto como todo el mundo hablaba de familia y tal, pues sí.

Therese la miraba como si hubiera perdido el juicio por el parto tal vez; como si no entendiera nada de nada. Luego la señaló con la cabeza y le preguntó:

—¿Por qué no has dicho nada?

—Lo estoy diciendo ahora.

Therese asintió otra vez y volvió la vista al patio y a los edificios del programa medioambiental que lo rodeaban.

—¿Podrías vender la casa? —dijo.

—Ya, esa era la idea. Por eso no había hecho nada, porque tenía pensado

venderla. Pero no es posible. –Cogió un cigarro del paquete que había encontrado en el bolsillo, lo encendió y se obligó a soltarlo lisa y llanamente–: Se van a quedar con la casa.

–¿Qué?

–Es la verdad.

–Pero si esa casa es tuya, qué demonios. Tú eres una ciudadana normal y corriente.

–Ellos hacen sus cálculos. *Siguen el rastro del dinero.*

Al decir esas palabras, hizo un movimiento burlón con el torso.

–O sea que si tu maromo está en la lista, pueden quedarse con todo, vamos, ¿no es eso? O tu hijo o tu padre.

–Más o menos. Si él está en la lista.

–Pues a mí me han dicho que la lista no existe.

–Sí existe.

Therese guardó silencio un instante. Luego dijo:

–¡Pues yo me cago en la puta lista! Qué fuerte. ¡Pero qué mierda más grande!

–Se agarró a la barandilla, les arreó una patada a los barrotes de latón y les arrancó un acorde. Luego miró al frente y escupió el cigarro, dejando escapar otra vez un poco de aire entre los dientes con un silbido.

–¡Mierda! –exclamó, y dio un golpe con la mano en la barandilla de aluminio–. El caso es que no podemos hacer una mierda, ¿no?

–No. Pero nadie sabe quién está en la lista.

–Me figuro que Alex está.

Fuera había anochecido.

–Sería lo lógico –dijo ella, y apagó el cigarro.

Entraron.

Ella se sentó en el sofá otra vez, notó el dolor en el coxis.

Escondió la cara entre las manos.

–No sé cómo podría ayudarte –dijo Therese, y casi pareció que estuviera satisfecha con el modo en que se habían redistribuido los papeles–. Y en cuanto a Alex, no sé, tendrá que decidir él. Seguro que lo entiendes, ¿no?

Ella asintió y tragó saliva. Miró a Therese y sintió que estaba a punto de echarse a llorar. Therese le devolvió la mirada.

–¡Pero qué coño quieres que haga yo! –gritó.

–No lo sé. ¿Hablar con él, quizá, y decirle que nadie me ha dado nada?

Ella nunca le había pedido ayuda a nadie hasta ahora, y se había imaginado que le costaría un esfuerzo, pero una vez que empezó a hablar, algo pasó. Sintió un violento deseo de dejar que fluyeran las palabras y contárselo todo a Therese, lo sola que estaba y lo desolador que era todo y que ella nunca dejaría colgado a

nadie como todos ellos la habían dejado colgada a ella.

Pero se contuvo.

Ya fue demasiado impaciente una vez.

–Lo de cuidar los unos de los otros... parece que no era del todo verdad –dijo simplemente.

Bajó la vista, apoyó la cabeza en las manos y esperó a sentir la mano de Therese en el hombro. Como ni le puso la mano en el hombro ni decía nada, el aire que la rodeaba se volvió de pronto muy pesado. El corazón le aporreaba en el pecho. Eso le decía que era un ser vivo, aunque no se sentía como tal.

Cuando levantó la vista de nuevo, se le antojó que era como si Therese estuviera en una roca elevada, contemplándola desde arriba. Como si le gustara verla en el fondo del barranco.

Y se oyó a sí misma decir otra vez:

–Pensaba que tú sabrías si alguien le debía algo a John.

–Dios, Karin. ¡No lo sé! ¿Por qué crees que yo sé algo? ¡A mí Alex no me dice nada, joder!

–Ya, pero pensaba que uno sabe un montón de cosas. Aunque no tuviera que saberlas, ¿verdad?

No sabía hasta qué punto Therese quería recuperarla como amiga, si es que quería; y no mencionó cómo habían cambiado las cosas entre ellas. No hacía falta, flotaba en el aire que llenaba el espacio entre las dos. Para distraerse, cogió a Dream de la silla y la abrazó fuerte con la idea de que el olor a leche la despertara. Se subió el jersey, se bajó la cremallera del vestido y sacó el pecho. Dream fue buscando con los labios, se aferró al pezón y empezó a succionar con fuerza.

Therese encendió otro cigarro.

Se quedaron en silencio. Aparte de la tele, lo único que se oía era a Dream mamando. Había deslizado una de las manitas por detrás de su espalda, y con la otra se agarraba con todas sus fuerzas al jersey. De vez en cuando paraba de comer un momento, y en la pausa, también soltaba el jersey, manoteaba un poco y le arañaba el pecho con sus uñas finísimas, que tenían los filos negros de suciedad.

–Comprendo que para ti debe de ser muy duro –dijo Therese, y sonó como si hablara de un estado natural, de una circunstancia de la que nadie fuera responsable y, ante todo, de algo que no tuviera nada que ver con ella.

Therese pertenecía ahora a Alex, en torno a él giraba su vida y él era quien dictaba sus condiciones.

Dream eructó y pareció que sonreía. Le corría un hilillo de leche por la comisura de los labios, como si no hubiera espacio ni siquiera para una gota más,

y se oyó un burbujeo en la barriguita al incorporarla. Un temblor le recorrió el cuerpo, luego vino un borboteo y un olor ácido subió desde el pañal.

Sin pensarlo un instante, dejó a Dream en el regazo de Therese, que arrugó la nariz y la sujetó con los brazos extendidos. Dream reía y babeaba. Ella sacó los pañales y las toallitas y desenrolló el cambiador, lo extendió en el sofá, tumbó a Dream encima y desabrochó todos los botones del pijama.

–¿Por qué no tiene cremallera? –preguntó Therese.

–Debería, ¿no?

Empezó a quitarle el pañal.

–Se ve que piensan que uno no tiene otra cosa que hacer que abrochar botones.

Therese puso cara de sufrimiento y de fascinación cuando la plasta amarilla del pañal quedó al descubierto.

–¿Qué coño come?

Ella sonrió.

Dream soltó una risita ahogada cuando le sujetó en alto las piernas y las dobló para poder limpiarla bien con las toallitas, que luego fue doblando con una mano, antes de dejarlas en el pañal. Vio que Therese no podía evitar fijarse en aquel cuerpecillo infantil y en el órgano pequeño que no sabía cómo llamar y que parecía una concha perfecta de piel blanca.

Cuando terminó, dobló el pañal sucio y lo convirtió en un paquete que cerró con la cinta adhesiva. Luego cogió otra vez el pijama de Dream, aliviada al ver que no se había manchado por la espalda, y la sentó en el sofá, apoyada en un cojín. Dejó los pañales y las toallitas en la mesa y sacó del bolso un biberón y un tetrabrik de leche materna artificial.

–¿Puedes quedarte con ella? –preguntó.

Hubo un silencio.

–¿Yo? –dijo Therese.

–Sí.

–¡No!

–Venga, sí, claro que puedes. Vamos, mujer, un rato solamente. No tengo a quien dejársela.

Therese la miró con escepticismo.

–Por favor...

Sentó a Dream en las rodillas de Therese, mordió el abrefácil del tetrabrik, lo abrió y vertió el contenido en el biberón.

–No tengo a nadie más.

–¿Qué vas a hacer? –preguntó Therese.

–Tengo que ver a una persona.

–¿Un tío?

–¡No!

Therese se la quedó mirando como si no pensara hacer lo que le pedía a menos que le dijera por qué.

Ella suspiró e hizo un gesto de resignación.

–Voy a ver a Christer, ¿vale?

–Claro.

Therese asintió, pero la miraba con suspicacia.

Ella dejó en la mesa el chupete de Dream y el cable del cargador y lo señaló:

–Le puedes dar eso para que juegue –dijo.

Cuando salió otra vez al patio, los grupos de chicos seguían allí. Se la quedaron mirando, le silbaron. Allí estaban, como una manada de hienas con cazadoras negras, alargando el cuello, con la vista clavada en la oscuridad.

Sabía lo que estaba pensando Therese: las cosas se van a la mierda y puede pasarle a cualquiera. Y sabía que tenía razón. Las cosas se van a la mierda y le pasa a todo el mundo. Pero ella no había aceptado que pudiera pasarle a ella también.

Llegó a tiempo. Le parecía irreal estar fuera sola, sin el cochecito. Como si le hubieran desenganchado algo del cuerpo. Mientras subía por la escalera mecánica, hacia la luz y los olores de la ciudad, recordó cómo era antes. La expectación que le crecía por dentro mientras estaba allí en el peldaño, como el centelleo de una luz débil, y que era la antítesis de todo lo que sentía ahora.

Aquí las calles estaban casi limpias de nieve. Negras, así discurrían por entre los edificios de piedra decorados, bajo los taxis y los reflejos de las luces, la gente que corría de un lado a otro en la noche y los letreros de escaparates que gritaban pidiendo atención. Delante de la boca del metro aminoró el paso por los sin techo que estaban tumbados junto a las salidas de aire caliente, fue sorteándolos y llegó al paso de cebra. Al otro lado de la calle había un hombre que brillaba en la noche. Tenía la cara oscura y delgada y empujaba un contenedor de basura con unas ruedas enormes, del mismo color verde chillón que la ropa que llevaba.

Cruzó la calle y él se quedó allí, mirándola a los ojos con sus ojos serenos mientras ella pasaba.

Llegó al restaurante, avistó a Christer en el interior y se paró a cierta distancia de la entrada para comprobar que el billete de quinientas coronas seguía en el bolsillo. Él siempre la había invitado, y cada vez que se veían se quejaba de que no fuera en circunstancias más agradables, pero no quería arriesgarse.

Dio unos pasos atrás y se puso fuera del alcance de su vista, fumó un cigarro con la esperanza de que a él no se le ocurriera salir a hacer otro tanto. Necesitaba un minuto para serenarse. Allí estaba, a unos metros de aquella terraza más bien pequeña donde las mesas y las sillas vacías se disputaban el espacio debajo del techo estrecho y alargado que formaba el toldo con lámparas de infrarrojos: pensó que allí tal vez pudiera arreglarse lo que se había torcido, existía la posibilidad de que, cuando saliera de allí, todo hubiera cambiado.

Respiró hondo. Tiró la colilla al suelo.

Al entrar vio su cara reflejada en el cristal de la puerta que un hombre sostuvo para que pasara.

Dentro el ambiente estaba caldeado. La decoración quería asemejarse a la de una *brasserie* francesa y olía a carne asada y a abrigos fríos. Christer le había dejado a ella el sitio del sofá, para que pudiera sentarse mirando al local. Todos la verían a ella, y luego lo mirarían a él.

Cuando llegó a la mesa, él se levantó, la besó en las mejillas, le cogió la mano entre las suyas, la miró y sonrió:

–¡Karin!

Notó un latigazo en el coxis cuando se sentó enfrente de él. Una camarera se acercó y sirvió agua en el vaso que tenía delante, él empezó a pedir y ella dijo sí y asintió a todo, sin estar del todo segura de si entendía lo que decía.

Ella se puso la servilleta en la pierna.

La hoja de mármol de la mesa.

La cesta del pan.

Un suspiro detrás de otro.

–Tienes un aspecto estupendo.

Ella trató de sonreír.

Él empezó a hablar rápido, diciendo muchas palabras a la vez. Le preguntó cómo se encontraba, por Dream, qué planes tenía, si aún seguía pensando empezar en la universidad, cómo veía ahora, con el tiempo, lo que había ocurrido.

–La verdad, no me parece que haya pasado nada de tiempo –dijo ella.

–No, ya –dijo él.

–Pero lo veo en Dream, por supuesto.

–Sí. Así son las cosas. El tiempo pasa rápido cuando son pequeños; es un tópico, pero bueno... Es algo que nunca vuelve.

Él la miró y se hizo el silencio.

Estaba un poco bronceado.

–Lo siento de verdad, Karin –dijo–. Tú lo sabes.

Ella asintió.

La nieve empezó a caer al otro lado de la ventana.

–Y comprendo que eso es lo que te dice todo el mundo, porque es verdad, pero espero que puedas tratar de disfrutar del tiempo que te toca ahora.

Ella volvió a asentir, notó perfectamente algo así como un dolor en el pecho.

–Nadie lo tiene del todo fácil –continuó–. Tiempo de calidad, pensaba yo con los míos. Pero esas cosas no pasan ni en sueños, ¿a que no?

Negó con la cabeza.

Él empezó a hablarle de sus vacaciones.

Trataba de escuchar, se movió un poco en el sofá para parecer interesada y el dolor le brotó como unas flores oscuras al final de la columna. Había además algo pegajoso, como si se le hubiera perforado la piel.

En medio de una de sus digresiones, ella se excusó.

Fue al servicio y cortó un trozo de papel higiénico, se puso de puntillas delante del espejo, se levantó el vestido y se bajó las medias y las bragas. Había

un enrojecimiento purpúreo encima de una de las nalgas, al fijarse un poco más vio una serie de pequeñas aberturas en la piel de las que sobresalían gotitas de sangre como cabezas de alfiler. Trató de secarlas, pero le dolía demasiado. Mojó unas toallas de papel y se las aplicó encima.

Cuando salió del servicio, una mujer rubia la saludó con gesto de haberla reconocido, y en otra mesa alguien se levantó y le dijo hola. Ella trató de sonreír, pero no recordaba en absoluto a ninguno de los dos.

En su mesa se había parado un hombre mayor, se lo oía reír y protestar por algo que estaba diciendo Christer, pero cuando ella llegó, él se esfumó sin mediar palabra. Menos mal. Se sentó aliviada en su sitio, tan despacio como pudo. Como el dolor atacó a pesar de todo, bajó la cabeza rápidamente. Tragó saliva.

Le pusieron un plato delante.

Cogió el cuchillo y notó cómo se hundía a través de las fibras de la carne mientras cortaba, los jugos cárnicos fluyeron lentamente y cayeron a la porcelana blanca y la tiñeron.

Comió rápido. Después de la comida, Christer se inclinó hacia ella.

—Cuando me llamaste me pareció que querías hablar de algún problema —dijo.

Ella dejó el vaso en la mesa.

Él estaba a punto de añadir algo. Ella se apresuró.

—Me pregunto si había alguien con quien él trabajara y de quien yo no supiera nada —dijo—. Alguien que pudiera haberle pedido prestado. O haberlo estafado.

Christer se movió inquieto. Cogió una servilleta amplia y se limpió la boca.

—¡Vaya! —dijo.

Dejó otra vez la servilleta, se rió y apretó en la mano la empuñadura en forma de cuerno del cuchillo, apuntando hacia ella la hoja curvilínea.

—Estás pensando que «este Christer es un David Kleinfeld».

—¿Qué?

Dejó el cuchillo en el plato y se retrepó en la silla.

—El abogado que es peor que su cliente. ¿No has visto la película? Fíjate, ahora no me acuerdo de cómo se llama.

Se encogió de hombros, se inclinó sobre la mesa y la miró a los ojos. La lengua asomó entre los labios cuando soltó otra risita.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí.

—¿Necesitas dinero?

Ella asintió.

—La Agencia de Recaudación va a quedarse con la casa. La voy a perder.

A él le cambió la cara en el acto. Guardó silencio y dejó escapar un suspiro. La miró compungido. Tomó aire.

–¿O sea que la Ejecución Judicial se queda con la casa?

–Sí.

–¿Quieres decir que te ha salido una declaración positiva?

–Sí.

–Vaya. Bueno, sí, a eso se dedican.

Ella sacó del bolsillo el papel que llevaba doblado y se lo dio. Él lo desplegó y leyó rápidamente lo que decía. Lo volvió a doblar y se lo devolvió arrastrándolo por encima de la mesa, como si no quisiera tenerlo cerca. Ella se lo guardó otra vez en el bolsillo rápidamente.

–Es lamentable –dijo–, pero no creo que puedas hacer nada al respecto.

Oyó en esas palabras algo que no estaba acostumbrada a apreciar en él. Cierta sumisión, como si se considerase a sí mismo, y por consiguiente también a ella, descalificado de antemano, y cuando volvió a hablar, dijo:

–Por desgracia, la capacidad de maniobra que uno tiene en una situación semejante es mínima.

Repetió la frase mentalmente palabra por palabra. Aparte del dolor, que no cesaba, le parecía no tener conciencia de su propio cuerpo.

–Así es como trabajan ahora –dijo él, y encogió apenas el hombro para expresar su irritación. Una mueca retorcida le afloró fugazmente a la cara–. Y hay que reconocer que es eficaz, desde luego.

Ella suspiró.

Él bajó la cabeza, con una postura como de lamento, y la miró.

Estuvieron un rato en silencio.

Él le preguntó si quería café, y ella dijo que sí.

–Es verdad que hace tiempo que no voy a veros, o bueno, a verte –dijo al cabo de unos instantes–. Pero, por lo que recuerdo, esa casa es bastante espectacular. ¡Y en ese sitio! Entiéndeme, pero es que es excepcional que alguien como John consiguiera agenciarse algo así, y claro, lo hizo por ti, ¿verdad?

–Sí –dijo ella–. Eso creo.

–Yo creo que estamos hablando de... ¿Cuánto? ¿Doce millones? ¿Quince?

–Bueno, fue a verla un tasador, pero no me acuerdo.

–Claro. Sí, naturalmente, tienen que hacerlo así, para fijar el precio correctamente. Esas cosas no pueden hacerse en plan aficionado.

La miró inquisitivo.

–Podría pensarse –dijo con cierta cautela– que hubo unos cuantos años de bonanza.

Ella no dijo nada. Ni lo miró, sino que se quedó observando las vetas del

mármol de la mesa.

–¿Y de verdad que te habías planteado quedarte allí a vivir?

–Bueno, siempre pensé que la opción de vender la casa siempre estaría ahí. Podría venderla pasara lo que pasara, así que digamos que no me he preocupado... de nada.

Trató de decirlo sin parecer una idiota.

Él la miró con atención.

–Pero resulta que no.

–No.

Él asintió.

–Claro que hay una cosa, y es que puede que esto no sea jurídicamente seguro del todo –dijo–. Se basa solo en que cogen a un grupo de personas que son interesantes para ellos y las ponen en esa lista, la lista del crimen organizado, como la llaman, donde hay que cumplir ciertos criterios en lo relativo a contactos internos y al capital de actos violentos acumulado, y deciden que, precisamente en el caso de esas personas, se puede violar el secreto y actuar a las claras con información de distintas autoridades.

Tomó un trago de vino y se limpió la boca, se inclinó otra vez.

–Es de esas cosas que antes no pasaban. Estar constantemente encima de ellos, tenerlos aterrorizados, aterrorizados, en todos los frentes. Acosar sin más. Multas de aparcamiento, reclamaciones de la Seguridad Social, reclamaciones de la cuota diferencial de la deuda tributaria, cualquier cosa. Lo que llaman medidas administrativas. –Se detuvo y la miró–. En fin, perdona –dijo–. A ti no tengo que explicarte nada de esto.

–No.

–Es para pillar a quienes ellos creen que son importantes –continuó–. Y lo que más duele –hizo una pausa y luego una seña rápida a la mujer rubia que pasó al lado de su mesa– es cuando eso afecta a los familiares. Algo que siempre ocurre, si los hay.

Ella asintió.

No había forma de que fuera capaz de decir algo.

–Pero, entonces, ¿la casa lo cubre todo? –preguntó.

–También se llevan el coche.

–Ya, claro, comprendo. Han hecho sus cálculos. Objetos pequeños, en cambio, no pueden llevarse. Ese tipo de cosas de las que me figuro que tienes muchas y que, a pesar de todo, son muy valiosas. El tipo de cosas que ellos no se ponen a vender, les sale demasiado caro.

Ella trataba de concentrarse.

–Había pensado que tal vez fuera posible apelar –dijo.

–Desde luego, pienso mirarlo –dijo él–. Te lo prometo. Pero creo que deberías mentalizarte desde ahora mismo de que no es posible. La posibilidad es mínima, por desgracia. –Volvió a inclinarse hacia delante–. La verdad es que no creía que recurrieran a esto en vuestro caso, pero a lo mejor fue ingenuo por mi parte, porque lo cierto es que hacen todo lo que pueden por pillar a la gente por esa vía, cuando las otras vías no están accesibles o cuando una actividad es, como la de John, de tal envergadura que lo que pretenden es que no haya incentivos. Claro que también es cuestión de sentar precedentes. Quizá sea eso, sobre todo.

–Pero ¿tú qué crees? –comenzó ella. Bajó la voz–. ¿No cabe la posibilidad de que exista una parte de..., en fin, de unos beneficios que se hayan repartido entre varios colegas y a la que yo debería tener derecho?

Él la miró sin comprender.

–Lo que quiero saber es si hay en alguna parte algo que yo pueda cobrar.

–¿Estás buscando otros recursos?

Ella asintió.

Él se retorció en la silla, cambió de postura y se cruzó de piernas, apoyó los codos en la mesa y juntó las manos uniendo las yemas de los dedos.

–Comprendo que sea eso lo que quieres, Karin. Y comprendo cómo te sientes, y que, en tu situación, tienes que hacer algo. Pero ¿de verdad crees que eso que yo entiendo que estás pensando es la mejor opción? Eso es lo que hay que plantearse.

Ella lo miró a los ojos.

–A lo largo de estos años nunca, ni una sola vez, te has metido en algo así, ¿verdad, Karin?

Ella negó con la cabeza.

–Y yo diría que ha sido sensato.

–Bueno, puede. Es imposible saberlo.

–No, pero se puede suponer. Yo tampoco me he metido en eso. No sé qué impresión te habrás formado de mí, pero yo soy un simple abogado. A mí nunca me han puesto al corriente de ninguna de las actividades, salvo aquello que debía saber por lo que a la legislación y el derecho se refería.

Se limpió otra vez la boca con la servilleta, por un instante casi le tapó toda la cara.

–Tú y yo venimos de otra esfera, ¿verdad?

Ella trató de asentir. De repente, se sintió agotada.

–No sé qué beneficio podrías sacar metiéndote en eso –continuó–. Todos tienen muchas caras, y eligen mostrar una u otra. Ir por ese camino te puede deparar muchas sorpresas..., aunque te parezca que conoces a muchos de esos tipos.

–Ya.

–Así que me figuro que esto es un callejón sin salida. Tú eres una chica inteligente, Karin.

Ella no sabía qué decir.

Le parecía que no lo veía con claridad: cuando lo miraba, se interponían delante de la cara unas vibraciones difusas. Pero comprendía lo que le estaba diciendo. Por primera vez desde que se conocían, él no era capaz de asegurarle que las cosas iban a arreglarse.

No quería seguir allí con él. Quería levantarse de la mesa y salir por la puerta y perderse en la oscuridad.

Una camarera les sirvió el café, que ella ni siquiera había notado que él hubiera pedido. Y una copa pequeña que contenía algo que quemaba y la anestesiaba, solo que no lo suficiente.

Le costaba respirar.

Se diría que aquel zumbido agradable y el calor de las velas que ardían por todas partes, los aromas de la cocina, la alegría exigente de la cara que tenía el personal de servicio y el flujo rumoroso de las conversaciones de las mesas de alrededor habían devorado el oxígeno. Todo resultaba de un inoportuno casi insufrible y apremiaba a una alegría que ella no quería que le recordaran, dado que para ella se revelaba mucho más imposible ahora que hacía un par de horas.

Sintió un gran alivio cuando él propuso que pidieran la cuenta. Cogió la tarjeta y la puso en la bandejilla de plata que traía la camarera antes de que esta hubiera podido dejarla en la mesa siquiera. Le preguntó una vez más si no había pensado en mudarse de la casa de todos modos, y luego empezó a hablar de la familia de ella, preguntando si no podían ayudarle.

Ella respondió con brevedad, porque le costaba horrores articular cada palabra.

Cogieron los abrigos del guardarropa, donde colgaban abigarradamente pieles y largos abrigos de paño. Él le ayudó a ponerse el chaquetón y hubo algo en su forma de moverse para ponérselo en los hombros que la hizo sentirse muy sola. Estaba más sola ahora que cuando entró en el restaurante.

Quería irse inmediatamente, pero la frenó el hecho de que, una vez fuera, él quisiera invitarla a un cigarro. Le ofreció el paquete y le dijo que se alegraba de que todavía hubiera personas que fumaran, se rió, como si creyera que aquello iba a animarla.

–¿Quieres que vayamos a algún sitio? –dijo después–. ¿No te parecería agradable pensar un rato en otra cosa?

Ella no sabía cómo iba a arreglárselas para decir algo más. Reunió las fuerzas

que le quedaban y dijo:

–No. Tengo que recoger a Dream.

–¿No puede esperar?

–No.

Le dio un abrazo fugaz y lo besó en la mejilla. Se despidió con la mano y sonrió. Sabía hacia dónde iría él, y se fue en sentido contrario. Sin el cochecito se sentía como si pudiera elevarse del suelo y salir volando por los aires como un recibo viejo que hubieran tirado.

Cruzó una plaza caldeada que enmarcaba un borde de hielo denso y negro. Las primeras personas verdaderamente borrachas de la noche ya empezaban a deambular haciendo eses. Vio las colas delante de los bares y el gentío que se agolpaba dentro y pensó que ella misma solía verse así antes, rodeada de miradas. Veía todo aquello y se sentía como si fuera una visita, alguien que no debería quedarse mirando demasiado, porque aquello no iba con ella.

Poco después de medianoche estaba de vuelta en el piso de Alex. Therese tenía en brazos a Dream, que no pareció verla cuando entró en la habitación, pero Therese sí se volvió enseguida y hasta le sonrió.

–Joder, cómo se parece a él.

–Ya.

Miró al televisor al decirlo, porque en ese momento no era capaz de mirar a Therese, esperó a que se disipara lo que implicaban aquellas palabras.

Estaban dando otro capítulo del mismo concurso de cocina. Los patucos de Dream, con estrellitas de goma en las suelas, estaban en la mesa, igual que el biberón del oso sonriente con un globo en la mano.

Le dolió al sentarse a su lado en el sofá y notó que la leche empezaba a brotar enseguida. Le saldrían manchas blancas en el sujetador.

–Bueno, ¿qué te ha dicho? –preguntó Therese.

–No, nada. O sea, que no tiene arreglo.

–Ya. *Fuck him.*

–Pues sí. Pero gracias de todos modos.

–¿Qué vas a hacer ahora?

–No lo sé.

Se subió la ropa, cogió a Dream y se la acercó al pecho. Lo tenía lleno, y durísimo. Dream abrió la boca y se chocaba la cabecita contra el pecho, pero no conseguía agarrarlo, la lengua lamía impotente y en círculos el pezón, la areola y aquella piel tan tensa, y la leche empezó a chorrearle en hilos muy finos, en la cara y en los ojos.

–Sigo pensando que tú quizá puedas ayudarme. –Notó cómo empezaba a empapársele la frente de sudor.

Therese la miró con cara de no entender nada.

Dream lloraba.

En algún lugar del piso se oyó un ruido.

Cogió mejor a Dream, se levantó y se movió un poco de un lado a otro.

La boquita consiguió agarrarse. Ya estaba mamando.

Volvió a sentarse, respiró y se retrepó, apoyó la cabeza en el respaldo del sofá. La leche le salía a chorros del otro pecho, pero no hizo nada para detenerla. Ya tenía el vestido mojado.

Therese se había recostado en el otro extremo del sofá. No creía que estuviera dormida, pero tampoco tenía fuerzas para tratar de hablar con ella, de todos

modos, no sabía qué decirle. Todavía no tenía ningún plan para arreglar las cosas, sabía que tendría que ingeniarle alguno, pero era como si no pudiera pensar con claridad. Trató de enumerar todo lo que suponía un obstáculo en su camino, pero eran tantas cosas que le resultaba imposible controlarlas todas. Le resultaba difícilísimo discurrir nada, cada vez se parecía más a un esfuerzo físico que le fuera imposible superar. Las frases se disgregaban en la cabeza y, cuando llegaba a la segunda parte del razonamiento, la primera ya se había disipado.

Entonces oyó que abrían la puerta del piso.

Alguien entró.

Ella siguió sentada con Dream en brazos, cerró los ojos y esperó a que quienquiera que fuese entrara en el salón.

Therese se volvió rápida en el sofá.

Eran varias personas. Hombres.

Intuyó que la observaban desde la puerta y trató de fingir que dormía. Habría sido estupendo dormir. Oyó que Alex daba órdenes a los otros y que entraban en el piso.

Dream gorjeó.

Ella hizo como que se despertaba, abrió los ojos y lo miró. Estaba apoyado en el quicio de la puerta, observándola.

Se incorporó en el sofá.

–Vaya –dijo él.

La forma en que la miraba la movió a apartar a Dream del pecho enseguida, bajarse el jersey por encima del vestido y ponerse de pie. Él se las quedó mirando a ella y a Dream, y al principio creyó detectar en sus ojos algo parecido a la ternura, pero si fue así, se esfumó en el acto.

–¿Así que ahora quieres que ella se ocupe de tu cría? –dijo, y señaló con el brazo en dirección a Therese.

Miró a Therese, que estaba hecha un ovillo de espaldas a ellos, totalmente inmóvil en el sofá, y le dio la impresión de que estaba despierta.

–Es que tenía que ir a una reunión.

–¿Te crees que aquí alguien te debe algo?

–He venido porque necesito ayuda –dijo ella.

–¿Por qué?

–Van a quitarme la casa. Me quedaré sin nada.

Ella no sabía qué estaba pasando. No sabía si estaba bien decir aquello, pero era obvio que no importaba lo que dijera, ya que Therese lo filtraba todo. Apretó más fuerte a Dream y acercó la cara a su cabeza. Él no se ablandó, sino que parecía más enfadado aún. Como si quisiera pegarles.

–Bueno, bueno –dijo al fin, y asintió varias veces–. Tú tienes familia, ¿no? Un

padre rico que te buscará un piso en el centro si se lo pides. Deberías acudir a ellos.

–No, no puedo.

Se oyeron voces del interior del piso, alguien llamó a Alex, pero él siguió mirándolas a ella y a Dream.

–Vale –dijo–. Lárgate ya.

Ella no se movió.

–¡Fuera!

Le dio un azote en el hombro con la mano. Fue un movimiento de nada, pero lo bastante fuerte como para que ella perdiera el equilibrio y estuviera a punto de caerse con Dream en brazos.

Therese no se movió.

Karin se vistió a toda prisa, y vistió a Dream. Estaba totalmente segura de que Therese estaba despierta, dijo su nombre alto y claro.

Nada.

Therese no se volvió.

–Ella ya no es tu amiga –dijo Alex–. Y no hay razón para que vengas por aquí. Agarró bien a Dream.

A él se le tensó la cara, se le abrieron las aletas de la nariz.

Luego dio un paso hacia ella. Adelantó la barbilla, echó la cabeza un poco hacia atrás, abrió los ojos y se la quedó mirando. Tenía un aspecto tan ridículo que de buena gana se habría reído de él, pero sabía que no estaba de broma.

Parecía a punto de darle un cabezazo.

A cada movimiento que él hacía, ella retrocedía un paso, a pesar de que quería aparentar que no estaba asustada.

–¿Es que vas a pegarme? –dijo.

Sintió cómo se le dibujaba en la boca una sonrisa burlona y se dio cuenta de cómo había arrastrado las palabras que acababa de pronunciar.

Ya no era posible retirarlas.

El golpe fue una bofetada. Perfecta y ardiente.

Un dolor agudo al principio, pero que se fue atenuando en un timbre que le resonó en toda la cabeza.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero por lo menos se alegraba de no haber gritado. Agarró a Dream con más fuerza, le protegió la cabeza y se preparó para recibir más.

Pero, en lugar de pegarle otra vez, él abrió la puerta, echó mano de la silla del coche y la lanzó al rellano de la escalera, donde aterrizó de golpe. Luego la agarró fuerte del brazo y la arrastró fuera. Ella le cubría a Dream la cabeza con una mano y el cuerpo con la otra, y se oyó gemir de dolor cuando él la tiró al

suelo de un empujón.

Cerró la puerta y echó la llave.

Se hizo el silencio.

Dream miraba al frente asustada.

Ella la abrazaba y le besaba la cara, notaba las lágrimas cayéndole por las mejillas. Se acuclilló y enderezó la silla en el suelo. Se le había hecho una raja en el borde, a la altura de la cabeza, pero podría ponerle cinta adhesiva cuando llegaran a casa, siempre y cuando encontrara la dichosa cinta.

Le temblaban las manos.

Entró en el ascensor, puso la silla en el suelo y sentó en ella a Dream, que la miraba con los ojos callados, llenos de asombro.

Los prismas de hielo caían lateralmente aquella noche. Del abismo negro como un mar que tenía delante se precipitaban por miles y miles contra el parabrisas. El coche se arrastraba por la autovía y los limpiaparabrisas no daban abasto. No había tenido tiempo de poner las ruedas de clavos para el invierno. Sabía dónde estaban, apiladas debajo de una lona en un rincón del garaje, pero no tenía a quién pedir ayuda. Y, de todos modos, el invierno estaba a punto de terminar.

Le dolía estar sentada y no paraba de temblar, ahora ya más de ira que de otra cosa. Agarró bien el volante y recreó mentalmente la espalda de Therese mientras conducía, aquel cuerpo que la rechazaba, mudo, vestido con ese ridículo terciopelo rosa, y la irritaba su sentimiento de decepción.

En realidad, ella lo sabía. Sabía que no importaba nada qué fuera lo justo. Sabía que quien no tiene ningún poder tampoco puede cobrar sus deudas.

No era ninguna novedad.

Eso debería bastar para comprender que no valía la pena intentarlo siquiera.

El firme helado relucía y centelleaba al resplandor de los faros, y las luces de los coches que venían en sentido contrario barrían la oscuridad, la dividían en capas y en franjas anchas. La adelantaban todo el rato, de vez en cuando alguien tocaba el claxon desafortadamente, y ella siempre se sobresaltaba, aunque sabía que estaba conduciendo demasiado despacio para aquel tipo de vía.

Dream lloraba en el asiento trasero.

Debería haberla sentado a su lado.

Cuando dejó la autovía se paró en el arcén, salió, sacó la silla y la pasó al asiento delantero. A partir de ese momento fue conduciendo con una mano sobre Dream y poniéndole el chupete cada vez que se le caía al llorar. Al final se cayó al suelo, y tuvo que meter la mano entre la caja de cambios y el asiento y tantear un poco, tratar de pescarlo con las yemas de los dedos, pero solo consiguió meterlo más al fondo, debajo del asiento.

Trataba de mantener la vista fija en la carretera y de no pensar en el ruido de los sollozos y los berridos. Hacía calor en el coche. El llanto de Dream cesó y la pequeña empezó a respirar más pausadamente. A la altura del penúltimo desvío se había dormido.

En cuanto entró por la puerta, y después de cerrarla bien con llave, se quitó con el pie los botines empapados y llenos de barro allí mismo, en el pasillo, dejó en el suelo la sillita, donde Dream seguía durmiendo, y devolvió al cajón el billete de quinientas coronas. Solo quedaban dos. Y dos de cien. Una miseria.

Cogió la pistola y la sopesó en la mano.

Tenía los dedos rígidos y helados, y la notaba pesada y fría, pero la sostuvo en alto apuntando a la ventana, a su imagen reflejada en el cristal y a la oscuridad del exterior.

Dejó el arma en la isla, subió al primer piso y acostó a la niña en la cama, abrió el buzo y le quitó el gorro con cuidado de no despertarla. Luego se dirigió al vestidor y cogió la llave de la caja fuerte donde guardaba las armas, que escondía colgada de un gancho detrás del surtido de zapatillas de footing que estaban sin estrenar aún en las cajas apiladas unas encima de otras. Metió la llavecita en la cerradura, la giró y marcó la clave.

La puerta se abrió suavemente y la notó pesada cuando le dio en la mano. Las armas estaban allí dentro, algunas en horizontal y otras colgadas en hilera, negras y color cuero, plateadas y relucientes. Pistolas, subfusiles, carabinas automáticas, fusiles. Una licencia de caza con una foto, y un par de licencias de armas en un casillero, en la cara interna de la puerta.

Solo estaba segura de poder manejar sin problemas una de aquellas pistolas, la CZ semiautomática que había en la cocina. La que él le había enseñado a disparar en el club donde él mismo practicaba. La caja fuerte se la enseñó el día que se mudaron a la casa, y lo que en ese momento le pareció desagradable y amenazador, pronto se convirtió en una sensación de seguridad que ni la avergonzaba ni la asustaba, más bien veía el cambio como la prueba concluyente de que se había convertido en otra persona. Se había liberado de todo aquello que el mundo normal le había inculcado y había elegido algo nuevo.

Dream protestaba en sueños. Fue al dormitorio, se inclinó sobre ella y le puso la mano en la frente, que estaba caliente, y aunque tenía los ojos entornados, de nuevo llenos de lágrimas, vio que seguía durmiendo.

Se puso la sudadera de John, que no conservaba ningún rastro de su olor, y bajó en busca de uno de los cigarrillos secos que había encontrado. Tenía el cuerpo dolorido y estragado. Se apoyó en la isla de la cocina, porque no podía sentarse en el taburete, y se limitó a fumar y a disfrutar del silencio.

Luego se limitó a quedarse allí, sin saber qué más podía hacer. Se fumó otro cigarro y pensó que quien elige enamorarse no puede culpar a nadie más que a sí mismo. Si es que es una elección, si ella hubiera podido hacer más por evitarlo, pero seguro que pudo. Siempre había elección, un momento en el que uno decidía entregarse al sentimiento del instante, con independencia de lo que tratara de retenerlo, y ella creía saber exactamente cuándo se había dado ese instante.

En realidad, no hubo nada de particular en el momento en cuestión, fue solo su forma de mirarla. Cómo le infundió la seguridad de que serían ellos dos contra el mundo, y de que ella quería esa unión.

Cuando llevaba en silencio el rato suficiente como para que no le importara que Dream se despertase, subió y le quitó la ropa. Le dolió al meterse en la cama y, una vez tumbada, le dolía el menor movimiento que hiciera.

Hacia las cuatro la despertó Dream llorando a lágrima viva. Estaba totalmente tensa, mojada, y tenía la cara roja, como si llevara tiempo llorando sin que ella la hubiera oído. Se incorporó y la cogió en brazos, trató de mecerla, pero se dio cuenta enseguida de que el dolor en el coxis era insoportable cuando se sentaba así.

Se puso de pie.

Caminar no le dolía tanto.

Bajó las escaleras y encendió la luz del techo sin dejar de mecer a Dream. Iban de aquí para allá por la planta baja dando vueltas y más vueltas entre los sofás y la mesa y la isla de la cocina y las puertas de la terraza.

Dream estaba ardiendo, y tenía la cara anegada de saliva y de lágrimas. Cada grito se le propagaba en el oído en ondas sonoras, y notó el cansancio en su interior como una estatua de sal.

Fuera no había más que negrura.

Después de un buen rato comprendió que tenía que ser el diente. Le puso a Dream la mano en la espalda, la mantuvo allí todo el tiempo que pudo y oyó que los gritos empezaban a decaer y se convertían en hipidos, en un llanto de resignación. Poco a poco aquel cuerpecito fue ablandándose y entonces ella empezó a entonar una nana. Una vez y otra y otra, mientras iba y venía arrullándola y tarareando la misma melodía que ella le había oído cantar a su madre. Se preguntaba si ella tendría entonces la misma edad. Si era esa misma época de su vida la que recordaba al recordar esa melodía y esos arrullos, esa proximidad y ese calor que existían al mismo tiempo.

Dream se había calmado un poco. Le había puesto una manita en el brazo y respiraba fatigosamente y sollozaba a cada suspiro. Ella la miró con cara de reproche, porque a quién si no debía culpar de su desgracia. Pero ya no lloraba.

Estaba allí plantada mirando a la calle y no podía ver otra cosa que los reflejos en el cristal y la nieve que se alzaba en un montículo contra la ventana y que se veía azul por la luz que la bañaba y que tenía en la superficie miles de agujeros diminutos que habían formado las gotas de lluvia. No podía ver el lago ni el bosque que se extendía al otro lado del agua, solo aquella noche invernal negroazulada, y su propia figura. El cuerpo de la niña que tenía abrazado contra el suyo, con un bracito que colgaba flojo en el aire. Su pelo, que rozaba a la

pequeña.

Era madre, la imagen del espejo así lo confirmaba. Y al mismo tiempo era como si no existiera cuando se veía en medio de aquella habitación enorme, solitaria e iluminada, como un acuario en la oscuridad.

Reinaba el silencio cuando se despertó. Un silencio denso y calmo en una casa arropada por el invierno. Su primer pensamiento: que se había tumbado encima de Dream mientras dormía y la había asfixiado.

Se volvió y vio a la niña a su lado. El movimiento de la garganta, donde la piel era tan fina que temblaba con cada suspiro. Dormía con aquellos bracitos tiernos extendidos por encima de la cabeza y una línea blanca de leche reseca le corría de la boca hacia abajo por la mejilla.

El pecho se le veía redondo y gordezuelo.

Llamaron a la puerta.

El timbre la despertó.

Se levantó de un salto.

Tenía el cuerpo helado y pegajoso por la leche, el cuello rígido, y el moretón de la nalga se iba extendiendo. Otra vez tenía cada pecho de un tamaño distinto. Se puso el albornoz, se ató el cinturón y fue a abrir la puerta.

Sintió el azote del frío.

Llevaba el chaquetón abrochado.

Estaba nevando.

Debía de ser muy temprano.

Los copos de nieve le daban en la cara, se le metían en los ojos.

Él le entregó la caja.

Ella la cogió y lo dejó entrar. El olor se extendió por el recibidor.

–He intentado hablar contigo por teléfono –dijo.

Ella retrocedió con la caja de pizza en las manos.

Él dio un paso y cerró la puerta.

Que ella recordara, jamás la había llamado.

–¿Tienes mi número?

No era capaz de recordar que le hubiera dado su teléfono.

–Sí –dijo él–. Como lo escribes cuando haces el pedido...

Tampoco recordaba su nombre, si es que se lo había dicho en alguna ocasión. Era muy difícil llevar el control de sus encuentros. Igual que los témpanos del lago, que se alejaban flotando cuando pensaba en ellos, se hundían en la oscuridad. No sabía cuántas veces se habían visto, lo que se habían dicho, cómo había empezado aquello.

–Parece que tienes el móvil apagado.

Le miró los hombros cuando se quitó el chaquetón. Dejó que la mano diera un

rodeo para poder tocarle el pecho rápidamente, antes de abrazarlo. Sostenía la caja de pizza caliente en la otra mano.

–¿Está dormida? –preguntó él.

–Sí.

Volvió a mirarle los hombros.

Él se llevó la mano a la boca.

–Vaya, ¡no debería haber llamado al timbre! *Sorry*.

Se dirigió a la cocina y él la siguió. Dejó la caja de pizza en la encimera, abrió la tapa y apartó un par de espárragos blancos que había encima, cortó un trozo con la mano y se lo llevó a la boca.

Se dio cuenta de que le estaba mirando la cara.

–¿Qué te ha pasado? –preguntó él, y le rozó la mejilla.

Ella no respondió.

Cortó otro trozo de pizza, grasienta y todavía caliente, y lo engulló casi sin masticar. Cerró la tapa, se lamió los labios y tragó saliva otra vez antes de volverse y rodearle los hombros con los brazos, de apoyar la cabeza en su pecho.

Así empezaban siempre, siempre los mismos movimientos. Como cuando se pone en marcha una máquina.

Lo llevó a la primera planta, pero, como de costumbre, no quiso besarlo ni quiso meterlo en la cama ni tampoco en el dormitorio. Se quedaron fuera, en el descansillo, apoyados en el sillón que había delante de la estantería donde tenía sus libros. El que John le regaló para que se sentara en él a leer.

Tu sillón de lectura, lo llamaba él.

Ahora que estaba desnuda sobre uno de los brazos, y que él empujaba para penetrarla de modo que la tela le rozaba la barriga, se convirtió en otra cosa.

Un árbol de cuyas ramas su cuerpo colgaba en jirones rojos.

Sus manos eran suaves.

Un segundo después de que ella se corriera, se salió y eyaculó en la mano, cruzó el dormitorio hasta el baño de John y se la enjuagó en el lavabo.

No le gustaba que estuviera allí dentro, pero tampoco habría querido que le eyaculara encima.

Se quedó detrás de ella, abrazándola, hasta que oyeron a Dream gimoteando abajo. Ella recogió el albornoz del suelo, se lo puso y empezó a bajar la escalera. Él se vistió y fue detrás, andando con sigilo.

–Nos vemos –dijo ella, le dio la espalda y cogió en brazos a Dream.

Se acercó a las ventanas y esperó allí con la vista clavada en la nieve a medio

congelar, hasta que lo oyó decir adiós una vez más.

La puerta se cerró.

La moto arrancó.

Encontró un cigarro a medio fumar en la cocina y lo encendió.

Dream volvió a dormirse en el sofá cuando la acostó.

Ella volvió al piso de arriba y entró en el dormitorio. Se vistió, con la ropa del día anterior y sin ducharse, y luego se tumbó en la cama, se estiró hacia la mesita de noche, abrió el cajón y sacó el otro teléfono. Marcó el número del contestador y escuchó una vez. Lo que oyó era la respiración de él, la boca llena de saliva, cómo se movía la lengua, y trató de sentir que era la lengua que acababa de tener recorriéndole el cuerpo.

Al otro lado de la ventana se mecían los pinos, y la nieve caía en grandes copos esponjosos que se posaban formando una gruesa capa sobre el alféizar de las ventanas. Se puso la mano en la barriga y pensó en la preocupación como en un bloque de hielo, tal y como había aprendido, y en cada suspiro como en agua que lo bañaba. Se imaginó cómo todo lo congelado que tenía en su interior terminaría por descongelarse. La fuerza del agua caliente para descomponer los cristales de hielo y convertirlos en nada.

La despertó el llanto de Dream. Un llanto extraño, medio ahogado, que procedía de la planta baja. Bajó de la cama de un salto y echó a correr escaleras abajo, y la encontró en uno de los grandes cajones de la cocina, boca abajo, con los pies en el aire y la cabeza entre ollas y cacerolas. Se suponía que Dream no era capaz de hacer una cosa así. Debía de haber ido hasta la cocina gateando, abierto el cajón y, al incorporarse para ver qué había dentro, se habría caído.

La cogió, la abrazó y la consoló. La sangre le bullía en la cabeza. Sintió un deseo irrefrenable de reprenderla. La sostuvo un poco apartada, levantó la mano y agitó un dedo con un gesto de advertencia:

–¡No vuelvas a hacer eso!

Su voz resonó extraña, un tanto chillona.

Dream lloraba a lágrima viva y tenía la cara roja.

Ella la abrazó fuerte contra su pecho.

–Ya, ya, ya –dijo, la meció, le besó la cabeza, pegó la mejilla a su carita, la abrazó más fuerte y le acarició la espalda para aplacar los sollozos y los temblores propios del llanto.

Tenía que hablar otra vez con Therese.

Cuando cogió el teléfono comprendió lo que él le había dicho. No podía hacer llamadas, se desconectaba en cuanto lo intentaba. La línea estaba cortada.

Afloraron las lágrimas, le anegaron los ojos, pero ella resistió. Quería estrellar el dichoso teléfono contra el suelo, pero agarró a Dream más fuerte y empezó a caminar de un lado a otro de la habitación: iba meciéndola en brazos, arriba y abajo, aunque ya no necesitaba que la consolaran.

El camino de acceso estaba cubierto de nieve y sobre los arbustos de rododendros y el coche, que estaba aparcado junto a ellos, se extendía un grueso manto blanco. Le llevaría mucho rato retirarla, y de todos modos ahora no valía la pena coger el coche. Quizá más adelante necesitara la gasolina que aún le quedaba.

Sujetó con los labios uno de los cigarrillos secos, se apoyó a Dream en la cadera, abrió el maletero y trató de sacar del coche la silla de paseo con una sola mano.

Imposible.

Tuvo que dejar a Dream en la nieve, con la esperanza de que no se cayera. Sacó a toda prisa la dichosa silla mientras Dream empezaba a llorar, tiró del manillar, puso el pie en el mecanismo y empujó para desplegarla. Cogió otra vez a la niña, le sacudió la nieve y la metió en el saco antes de extender la capota para la lluvia; sacó del bolso un mordedor que tenía forma de jirafa, se lo dio a Dream y echó a andar.

Las ruedas menudas dejaban huellas profundas en el arcén, por donde iba caminando. A cada paso le costaba más avanzar, y las ruedas no tardaron en atascarse. Quitó a patadas la nieve que se había apelmazado entre ellas, pero al cabo de tan solo unos metros estaba otra vez igual, así que en vez de llevar la sillita rodando tuvo que ir empujándola.

Con el esfuerzo entró en calor. Los copos de nieve le aterrizaban en la cara y se derretían al contacto con la piel. Se le posaban blandamente en el pelo y en el chaquetón, y sobre la capota de la sillita, formando una fina membrana. Empujaba como podía y esperaba que no apareciera ningún vecino. La verdad, no era nada habitual que la gente decidiera ir a pie por allí, ni siquiera cuando el tiempo lo permitía. No hay ningún camino para peatones junto a la carretera, y si alguien a quien conociera se acercaba en coche, le resultaría fácil hacer como que no la había visto andando por allí con el cochecito.

Pero ahora no pasaba ni un solo vehículo. Ni una sola persona.

Un trecho más allá había un manzano silvestre.

Siguió caminando hasta que se acabó la carretera, pasó la rotonda, entró en el parque por la avenida, donde los árboles de katsura se erguían hacia el cielo como escobas negras. Entre los árboles discurrían en todas direcciones huellas de ruedas en la nieve, allí donde otras madres habían estado paseando con sus carritos, y detrás se entreveía el bosque. Suaves llanuras blancas, una tierra rica y

libertad.

Empezaba a tener las manos enrojecidas. No se había puesto ni gorro ni bufanda, y tampoco guantes. Tenía reseca y áspera la piel de los nudillos, como si estuviera a punto de rajarse. Le lloraban los ojos a causa del frío y le chorreaban de la nariz unos mocos acuosos. Cada vez que se los sorbía, se le congelaban las fosas nasales.

El paisaje que se abrió ante ella al final del parque estaba desierto y descolorido, con la misma desolación que ella sintió dentro de inmediato. Hacia el oeste colgaba una luna blanca, fina como una hoja de papel vegetal, y lo único que quebraba las líneas rectas debajo de ella eran una parada de autobús y un barrio residencial recién construido. El cielo se extendía abierto sobre el campo y la carretera. Veía la luna diurna, un par de coches que circulaban a lo lejos. Un camión con una lona mugrienta.

Junto a aquella carretera había un camino peatonal, pero estaba cubierto de nieve y por allí no podía avanzar, de modo que iba por el arcén, junto a la pila de nieve que discurría como un montículo alargado. Ahora estaba casi del todo cubierto de una nieve recién caída cuya blancura la movió a pensar en cómo sería aquello antes de que llegaran las carreteras. Antes de que hubiera gente.

En cuanto oía que se acercaba un coche, se detenía y lo observaba hasta que se alejaba. No eran muchos, pero los que pasaban por allí iban como el rayo y chirriaban y corrían a una velocidad increíble.

Se paró y se inclinó sobre el carrito y miró a Dream, que estaba despierta, muy callada, con las mejillas sonrosadas y los ojos clavados en la etiqueta con las instrucciones de lavado que sobresalía de las costuras de la capota. Sin muchas esperanzas, se frotó los costados para entrar en calor y dio unos saltitos antes de reanudar la marcha, más rápido ahora.

Una vez en la estación, vio que el andén estaba desolado y desierto. Nadie más pensaba coger el tren. El asfalto relucía blanquecino por la escarcha y del alero del tejado que cubría el modesto edificio de la estación colgaban los carámbanos en hilera. Pateó uno de los pilares de hierro que había en el andén para quitarse la nieve de los zapatos.

Tenía que hacer nueve paradas, cambiar, y luego otras diez.

Llegó el tren, como un disparo saliendo de la blancura. Subió, colocó el cochecito justo delante de las puertas, puso el freno y se sentó en el pasillo, mirando al coche de modo que pudiera alcanzar el manillar con facilidad. Se sentía obligada a ir sentada así, obligada por la idea de que alguien pudiera materializarse de la nada y quitarle el cochecito con la niña dentro.

Dream seguía despierta. Le sacó los brazos del saco y la pequeña empezó a jugar enseguida con sus manitas, se cogía los dedos, los estiraba y se los miraba, como si la llenara de asombro que fueran suyos y ser ella quien controlara sus movimientos.

Como de costumbre, el tren iba casi vacío. Cerca de ella había tres mujeres que parecían limpiadoras. Llevaban bolsos de marca y chaquetones de marca, abrigos con el acolchado demasiado fino, ya desechados por sus empleadores, supuso. Debajo se atisbaban pantalones de chándal llenos de motas y botas para la nieve. Ella no podía dejar de mirar. Hablaban en español, salpicado de alguna que otra palabra en sueco –metro, guardería, cargador–, y parecían esforzarse por hablar en voz baja.

El asiento del tren era muy rígido y el dolor la golpeaba cada vez que el vagón se bamboleaba en una curva. Miró por la ventana, allá fuera, donde las negras cimas de los árboles y un cielo blanco pasaban a toda velocidad. El cielo no estaba claro, pero tampoco oscuro, simplemente como leche derramada por todas partes, y con cada estación que dejaba atrás y cuanto más se acercaban al centro, tanto más relajadas parecían las mujeres que iban a su lado. Sobre sus cabezas colgaban anuncios de colegios privados y centros de congresos.

Llegó hasta su puerta y llamó al timbre. Era un disparate volver a un sitio donde la gente la maltrataba sin miramientos y no perseguía otra cosa que verla caer. Que volviera arrastrándose. Era la señal de que, a pesar de todo, quizá fueran todavía algo así como una familia, pensó. Que estuviera allí otra vez, aunque la trataran así.

Al parecer, seguía pensando que tenía una relación con ellos.

Ellos la rechazaban, pero ella volvía enseguida.

Dream se había dormido en el último tramo, pero ahora estaba despierta e iba en silencio, parpadeando bajo la iluminación de los fluorescentes del techo. Se preguntó si la pequeña reconocería el sitio.

Dio unos toquitos en la puerta y llamó al timbre otra vez.

Era consciente de que Alex no la quería allí. Comprendía que no quería que nada le recordara su existencia, que estaba lo que se llamaba hacer las cosas bien y hacer las cosas mal, y que él tenía que elegir hacerlas bien. Del mismo modo, le habría gustado que Therese hubiera recordado que quienes eran amigas desde el principio fueron ellas dos. Ellas se conocieron primero, fue con ellas dos con quienes todo empezó. Lo que las unía no debería haber sido tan fácil de destruir, y no deberían haber permitido que alguien como Alex se interpusiera entre ellas. Pero no sabía qué decir para recuperarla.

Se sentó en el duro suelo y se acercó el carrito. Sacó a Dream, estiró las piernas y se la sentó encima. La miró a los ojos sujetándola por las manos, y empezó a moverlas arriba y abajo en el aire y a gesticular de un modo que parecía un rapero en un vídeo, y eso la hizo reír.

Pensó que era un recurso, tener un hijo. Que quizá le permitiera sentir felicidad cuando no hubiera nada más de lo que alegrarse.

Esperó.

Cuando Therese salió del ascensor se fue derecha a la puerta y abrió todas las cerraduras, una tras otra. Puso cara de cansancio al verlas en el suelo, y ese cansancio le resonó en la voz cuando le habló:

–No entiendo por qué no llamas antes –dijo.

En el llavero colgaba un pompón de la misma piel que adornaba los guantes y el anorak corto que llevaba puesto.

–Ahora no está, así que...

–Es que no tengo teléfono –la interrumpió ella.

Dejó el carrito en el rellano, cogió en brazos a Dream y cruzó con ella el umbral sin que Therese la hubiera invitado a pasar.

–Pues qué suerte que haya venido –dijo–. ¿Cuánto llevabas esperando?

Ella no respondió.

–¿Dónde está Alex? –preguntó.

–No sé dónde estará, pero no creo que vaya a venir ahora.

–Vale.

Se quedaron de pie en el recibidor.

Se vio la cara en el espejo que había allí colgado, la señal en la mejilla. Dream ya había llegado gateando al salón. Se incorporó delante de la mesa del sofá y, agarrada al borde, empezó a rodearla y a caminar de un extremo a otro desternillándose de risa.

Therese evitaba mirar a Dream, y tampoco dijo nada de lo que había ocurrido la noche anterior, sino que se fue derecha al balcón. Ella la siguió, dejó la puerta entreabierta.

–Bueno, pues ya lo ves –dijo Therese, e hizo un gesto hacia el salón, donde aquel amanecer tan fino se afanaba al lado de la penumbra–. Alex tiene lo que se necesita para hacer su trabajo. No es que disponga de un gran capital, precisamente. –Encendió un cigarro–. Tú estabas muy bien, Karin –continuó–. Mejor que muchísima gente. Así deberías verlo, pero, claro, a lo mejor te cuesta, ¿no?

Ella no sabía qué decir.

Naturalmente, era verdad.

Rebuscó entre todo lo que flotaba en su fuero interno como maderos a la deriva. Therese no pensaba disculparse por Alex, ahora lo comprendía, y se dijo que debía ser lista, no empezar a llorar y a hablar de los viejos tiempos, de cómo eran las cosas cuando conocieron a John y a Alex y a los demás, o incluso antes. No caer en la desesperación intentando ganársela.

Volvieron dentro.

Dream estaba sentada en el suelo escrutándose las manos. No se percató de que estaban allí.

Ella se sentó en el sofá, aún con el abrigo puesto. Therese se sentó en el sillón giratorio, sacó una bolsita y echó un poco de cocaína en un ejemplar de *Hänt Bild* que había en la mesa. Se inclinó sobre la revista, dividió la dosis en dos rayas rectas y finas y se metió una.

–Bueno, ¿a qué has venido ahora? –dijo, y aspiró fuerte para que le entrara todo–. ¿Quieres que me quede con ella otra vez o qué?

Ella no respondió, sino que alargó el brazo para coger el billete que había

utilizado Therese y se metió la otra raya. La nariz se le quedó despejada y fría.

–Creo que hay una parte que me correspondía a mí –dijo–. Que debería ser para mí. Y para ella.

Therese encendió un cigarro y alzó la vista al cielo.

Ella se sintió aludida en el acto por ese gesto. Se había convertido exactamente en una de esas a las que se referían antaño cuando se decían que ellas, por lo menos, no tenían hijos. Siempre trazaron una frontera entre ellas y todas las tías que involucraban en el juego a niños inocentes solo porque no podían resistir sus instintos biológicos; y ahora, ella misma se oía esgrimir el argumento de una criatura a la que había traído al mundo de una forma totalmente consciente, de que esa criatura debía ser la razón de que le dieran algo que ni siquiera sabían si existía.

–No me importaría tanto si estuviera sola –dijo–, pero ya sabes, es por ella. Quiero el dinero que me corresponde, y quiero que ella reciba aquello a lo que tiene derecho.

Therese se quedó boquiabierta, miró a Dream con frialdad y luego hacia la ventana, y al final dio en la mesa tal puñetazo que la bandeja de esmaltes de uñas que había encima cayó al suelo y los frascos salieron rodando.

–¡Mierda! –gritó. El cigarro se le cayó de la mano.

Dream empezó a llorar.

Ella la cogió en brazos, recogió los esmaltes con el corazón desbocado. Therese alargó el brazo en busca del cigarro, que ya había dejado una quemadura en el suelo de linóleo de color sucio, y se lo puso entre los labios, dio una calada rápida y echó el humo.

–¿Por qué me haces esto? –dijo echando chispas–. ¿Por qué me pones en esta situación? ¡Jamás me lo habría esperado de ti! –Se levantó y se quedó mirándola fijamente mientras meneaba la cabeza–. No entiendo qué se te ha pasado por la cabeza. ¿Te crees que no puede pasarte nada? ¿Te crees que todavía estás por encima de todas las cosas, que puedes hacer lo que quieras y que eres intocable?

No miraba a Therese a los ojos, sino que estaba atenta a Dream, que había dejado de llorar y se había acurrucado entre sus brazos, con la cara vuelta hacia el pecho.

–¡Mírate! –gritó Therese–. ¡Ahora tienes una cría, qué cojones!

Hacía esfuerzos para no echarse a llorar, y no sabía si sería bueno o malo hacerlo delante de Therese.

Dijo:

–¿Y a ti no te parece fatal que las cosas hayan llegado a este punto?

Therese apretó los labios y tomó aire por entre los dientes, asintió varias veces, se pasó una mano por la nariz y sorbió rápidamente. Tenía la mano abierta

con la palma visible y los dedos tensos, como si tratara de controlarse para no atizarle a alguien.

–¿A qué te refieres? –preguntó–. ¿A como estamos tú y yo ahora?

–Sí. –Sintió que le rodaba una lágrima por la mejilla–. Yo ni siquiera sabía de la existencia de John cuando te conocí a ti.

–Ya, pero, joder, Karin, precisamente por eso te estoy diciendo que dejes de dar la brasa. Puede pasar cualquier cosa, y lo sabes. Esto no es un puto juego.

Ella asintió.

–Ya –dijo–. Ya lo sé.

–Y no tienes nada. Estás totalmente sola.

–Lo sé.

Se quedó allí sentada.

Therese soltó un taco y salió del salón.

Ella siguió allí, sentada, con las lágrimas cayéndole por las mejillas, y le puso a Dream la mano en la espalda. Permaneció así con la esperanza de que la paz que, a pesar de todo, parecía embargar a la niña se le transmitiera a través de la mano.

Antes de irse llamó a Therese una vez.

Por delante del portal pasaban madres con bolsas de la compra y niños cogidos de la mano. Iban con la cabeza gacha, oponiendo resistencia al vendaval. El patio se había convertido en un ventisquero donde el viento atizaba con fuerza redoblada entre aquellos edificios anchos y altos. El pelo se le salió del chaquetón y, en el túnel que conducía al centro, el viento levantó una nube de arena del suelo del interior, que no tenía nieve, como si no fuera invierno. Se protegió la cara con el brazo y cruzó el túnel a la carrera, parpadeó y escupió, se detuvo a unos metros y se acuclilló delante del carrito. Le escocían los ojos y le crujía la arena en la boca.

Dream se había dormido, impasible.

Le limpió con cuidado un poco de arena de las mejillas, se levantó y siguió adelante. Ya en la estación de metro, cogió el ascensor para bajar al andén, empezó a correr y llegó justo a tiempo de subir al tren. Aparcó el cochecito, se sentó y notó cómo se le iba pasando el efecto de la cocaína, y volvía a sentirse somnolienta, con las ideas inconexas y borrosas.

Se apoyó en la ventanilla.

Notó en la cabeza la vibración cuando el tren se puso en movimiento. Salía y entraba en la oscuridad y atravesaba la luz, dejaba atrás parques y campos de fútbol cubiertos de nieve, barrios que florecían en el humus de los complejos de las autopistas. Al otro lado del cristal pasaban volando las paredes irregulares de

húmedos túneles abiertos en la roca, y los túneles de cemento, con sus líneas rectas de conductos y vigas de hierro, discurrían a su lado como una oleada cálida.

En la salida del metro había unos operarios con mangueras; con agua hirviendo, regaban el hielo que se había extendido en gruesas capas sobre los peldaños. Ella empezó a empujar el cochecito de Dream por la rampa de acero que había junto a la pared. Parpadeaba por el glicol que flotaba en el aire y se tapó el oído con el hombro para tratar de atenuar el estruendo de palancas y palas contra las losetas rugosas de los peldaños.

La gente subía y bajaba a la carrera en una corriente estrecha: se daban codazos y se apretujaban en el centro para librarse de los chorros y las salpicaduras del agua caliente. Ella se sujetaba fuertemente con una mano a la barandilla helada y brillante, y con la otra se agarraba al tirador izquierdo del cochecito empujando el derecho con el codo. Torcida e inclinada hacia delante, iba subiendo el cochecito por la rampa. Daba pasos cautelosos, estaba totalmente centrada en la fuerza necesaria para llegar arriba.

Y entonces, cuando estaba a medio camino, notó cómo, en mitad de una zancada, el carrito se volvía más pesado, y estuvo a punto de perder el control. Tuvo que dar un paso atrás, y otro. El crujido de los granos de arena mojada bajo las suelas le rasgó los oídos, y el carrito descendió deslizándose hacia ella. Se quedó parada en el peldaño sin poder moverse, temerosa de perder el equilibrio. Detrás de ella suspiraban quienes querían atajar subiendo por la rampa, y al poco llegó otra mujer que también tenía que subir con un cochecito.

Ella se agarró más fuerte a la barandilla.

Estaba sudando, y dio un tirón, se obligó a olvidar el miedo a resbalar, se limitó a seguir empujando. Un hombre se detuvo a su lado, se agachó por debajo de la barandilla que separaba la rampa de la escalera y agarró un tirador. Al empujar juntos, la cosa fue rápida. Llegó al último peldaño y por fin al rellano, desde el que podía ver el cielo, que parecía una tapadera que lo cubriera todo allá arriba.

–¡Gracias! –dijo.

Él extendió la mano, y ella no comprendió al principio: ya no necesitaba más ayuda.

–Please –dijo él.

Tenía la mano abierta en el aire que los separaba, con las líneas de la palma renegridas por el carbón.

Ella negó con un gesto y subió a la acera y siguió su camino. Llevó a Dream en el cochecito por un espacio abierto, con un aparcamiento y unos cuantos

quioscos de comida rápida a un lado y una pista de patinaje sobre hielo llena de baches al otro. Olía a gases de los coches y a perritos calientes. Se tensó para mantener a raya el frío, presionaba hacia abajo la mandíbula inferior para contrarrestar los escalofríos que le subían y bajaban por la espalda y por los hombros. Estaba transida de frío, como si no tuviera barreras que parasen lo que había en el exterior. Abierta de par en par, traspasada por el aire.

Se paró en el paso de cebra del cruce, como todo el mundo, bandadas de gente que se movía rígida y rauda a su alrededor, con las caras prietas de frío, y cuando adelantó el pie para cruzar, levantó la vista un segundo hacia los tejados de los edificios y pensó que ahora podía ocurrir algo.

Que había abierto el camino para que ocurriera algo.

Y vio las caras de Alex, Therese y Abbe en los bancos de nubes cuando miraba al cielo. Imperturbables. Los veía como jefes que la hubieran dejado fuera de la tribu, y pensó en cómo cambian las personas según uno esté cerca o lejos de ellas. El círculo cambia cuando uno se encuentra fuera de él.

Hacía muchos meses que no tenía noticias de Abbe.

Una mujer cruzaba la calle muy despacio en una bicicleta que empujaba un carro con dos niños y un oso de peluche en el transportín. Las nubes habían empezado a moverse un poco por encima de su cabeza.

Ella echó a andar otra vez.

Los botines se le habían manchado de sal por la punta y el agua derretida había empezado a calarle los dedos de los pies, que ahora mismo tenía congelados. Las ruedas pequeñas de la sillita patinaban en el aguanieve, y Dream emitió un sonido que parecía una canción.

¿Cuánto tiempo llevaba haciéndolo?

Quería demostrarle que la estaba oyendo, pero no tenía fuerzas para inclinarse sobre la capota y comunicarse con la niña. En la acera, delante de ella, había unas cuantas cacas de perro tirando a delgadas, y más allá, una zona acordonada con conos de tráfico y cinta adhesiva que aleteaba al viento.

Un montón de nieve cayó del tejado de la casa que tenían más cerca. Dio un salto, miró hacia arriba y vio a unos hombres que se movían por allí, retirando grandes bloques de nieve y hielo, y que se hablaban a gritos en una lengua que ella no conocía.

Se oía el raspar de las palas y el retumbar de los bloques de nieve que rodaban veloces por el tejado de latón y se iban descomponiendo a medida que caían al suelo, se convertían en tenues enjambres de copos de hielo que esparcía el viento, y en terrones que se estrellaban contra la acera, rebotaban al estamparse y levantaban polvo de nieve.

En medio de la calle había un joven con las orejas rojas y un silbato. La miró y tocó el silbato, una señal breve, y los operarios del tejado pararon enseguida. Se hizo el silencio un segundo. Después de que ella hubiera pasado, el joven volvió a pitar y los hombres reanudaron el trabajo.

Dream volvió a hacer esos ruiditos de antes.

Fue él quien quiso tener un hijo, pero fue ella quien lo tuvo. Ella era la que ahora empujaba aquel carrito por la nieve. Eso fue lo que él le dejó. Por lo demás, no había nada. Ni una casa que vender ni dinero en la casa ni liquidez en las cuentas bancarias; ni siquiera en aquella que tenía un número tan largo y que ella se había aprendido de memoria. Esa cuenta de la que ella dispondría precisamente de darse una eventualidad como la de ahora. La eventualidad de que todo se fuera a la mierda.

Por las calles más estrechas la nieve se veía negra de barro y hollín, y las aceras, empantanadas de aguanieve gris como la ceniza. Los coches estaban aparcados muy cerca unos de otros, cubiertos de nieve y sucios, y algo más allá, delante de ella, un hombre se arrastraba con una bolsa de plástico vacía en la mano y un anorak aleteando al viento. Cuando pasó a su lado, un hedor a pelo sucio y a orines viejos atravesó el aire, y era tan nítido que tuvo la sensación de que se estiraba hasta ella para tocarla.

Le dieron arcadas.

Se paró, tragó saliva, soltó el cochecito, se apoyó en la pared, respiró por la nariz. Rebuscó en los bolsillos y sacó el tabaco y el mechero, y encendió un cigarro al mismo tiempo que se metía un chicle en la boca.

Pasó por delante del gimnasio donde ella y Therese solían entrenar, cruzó por un parquecillo con columpios y bancos y, cuando llegó al otro lado, allí estaba, delante de ella, la calle de Abbe. Estrecha y oscura, aunque aún era de día. En la acera cubierta de nieve había basura desparramada aquí y allá. En la fachada había algunos carteles, y las marcas de otros que habían retirado.

Llegó a su portal, sabía que era ese, pero quizá Abbe no estuviera en casa. A lo mejor ni siquiera seguía viviendo allí.

No había tenido noticias de él desde que nació Dream, y no sabía si trataría de espantarla como Alex o cualquier otra cosa por el estilo; a pesar de todo, él era el único con el que se atrevía a abrigar alguna esperanza. Eso era lo que sentía, una especie de esperanza.

Marcó el código. No funcionaba.

Miró hacia atrás por encima del hombro. No convenía que Abbe apareciera ahora. Pensaba que debía darle una sorpresa si quería tener la oportunidad de pedirle ayuda, tenía que ver con sus propios ojos cómo reaccionaba al verla, y no podía darle tiempo para que pensara su respuesta.

Cruzó la calle y se plantó delante de una tienda, una boutique de moda con un mostrador para la manicura. Dentro se veía a una chica en cuclillas, jugando con un perrito que no paraba de saltar. A pesar del frío, la puerta estaba entreabierta, y muy cerca había una caja registradora de las antiguas y, junto a los folletos publicitarios apilados en el hueco de la ventana pintado de blanco, que era muy profundo, habían puesto a cargar un teléfono. Cualquiera habría podido meter la mano y llevárselo.

Habrían podido llevarse la caja entera, pero seguro que no tenía mucho dinero.

¿Cuánto podía ganar una tipa así por hacer aquello? ¿Sería suya la tienda? A lo mejor ni siquiera necesitaba el dinero, quizá simplemente trabajaba para tener algo que hacer.

Se quedó mirando un par de zapatos del escaparate, la piel tan bonita y tan clara del interior, que se volvería gris en cuanto alguien empezara a utilizarlos. La chica de la tienda la vio, y ella se volvió otra vez hacia la calle, miró a la ventana del que creía que era el piso de Abbe.

Allí todo estaba muerto.

Una mujer con un chándal apareció en el portal, camino de la calle. Ella cogió el cochecito y cruzó a toda prisa, pero cuando llegó, ya se había cerrado la puerta.

Jadeó.

–¿Sabes el código?

La mujer la escrutó de arriba abajo.

–Lo siento –dijo la mujer–. Nunca lo damos a desconocidos.

–Es que tengo un amigo que vive aquí. Y me sé el antiguo: 3647.

Trató de sonreírle con naturalidad, pero la mujer negó con la cabeza y se despidió con la mano cuando se alejó corriendo por la acera.

–¡Lo siento!

Ella se quedó allí plantada.

Tenía los zapatos empapados.

Subió por la escalerilla que había delante del portal y echó un vistazo alrededor. Luego ahuecó las manos en torno al teclado del portero automático y sopló por entre los pulgares. A pesar de estar helada, el aire que exhalaba era caliente, y cuando retiró las manos y se acercó un poco, había dos botones que estaban menos empañados que los demás. Volvió a soplar y se concentró, sopló fuerte una y otra vez, hasta que advirtió otros dos. Se mareó, se apoyó en el portal y respiró hondo, se puso derecha y empezó a presionar distintas combinaciones de los cuatro botones, hasta que oyó un clic y la cerradura se abrió.

El rellano estaba oscuro y silencioso. Cuando dejó el cochecito y empezó a subir las escaleras con Dream en brazos, se sorprendió al oír un ruido desagradable. Era un chasquido nervioso que enseguida comprendió que procedía de su boca. En cuanto tomó conciencia de que aún lo tenía dentro, el chicle se convirtió en un trozo de plástico helado.

Lo escupió en el suelo.

En el tercer piso, vio el nombre en la puerta, se acercó y llamó rápidamente,

con la idea de no brindarse la menor oportunidad de vacilar.

Era una puerta normal. Una cerradura normal. Una mirilla.

Bajó la cabeza para que no viera de inmediato que era ella, para que pensara simplemente que quizá fuera una vecina con su hijo.

Pero nadie le abrió.

Se quedó allí un buen rato, hasta que Dream empezó a llorar. Entonces se sentó en la escalera, en el penúltimo peldaño, y se la puso en el pecho, sintió en el regazo aquel cuerpecillo caliente y cómo la cabeza se le espesaba mientras la niña comía.

Olía a piedra y a cemento, justo los olores que le gustaban durante el embarazo. El suelo cuadriculado quedaba enmarcado por un borde a lo largo de las paredes. Por allí llevaba pasando gente desde hacía más de cien años. Quizá se hubieran visto ante algo tan impredecible como ella. Todo había existido antes.

Dream había vaciado los dos pechos y eructado como es debido, pero seguía sin entrar ni salir nadie del edificio, y tampoco se oía ningún ruido de abajo, del portal. Todo estaba en silencio, de no ser por el ruidito que hacía Dream al respirar mientras se acercaba al sueño. En cuanto a ella, se había quedado exhausta después de darle de mamar, debería haber cogido de casa una botella de agua antes de salir.

Apoyó la cabeza en la pared, observó las pesadas puertas oscuras y los nombres de las placas de bronce y los distintos letreros que declaraban que quienes vivían allí no deseaban recibir publicidad. Trató de imaginarse cómo serían los pisos, quiénes vivirían allí.

Cuando estaba embarazada él habló de irse a algún sitio. Quería dejarlo todo, y eso la llenó de un calor burbujeante, casi como si se hubiera enamorado de él otra vez.

Que él quisiera elegirla solo a ella.

Con el correr del tiempo había comprendido que le había tenido tanto apego a aquella ilusión porque le infundía esperanzas. Y pensaba que, ya entonces, en algún punto del cerebro, había tomado conciencia de que lo cierto era que estaba completamente sola.

Dio una cabezada, apoyada en la pared, y se despertó minutos después con la sensación de que Dream se le había caído al suelo. Abrió los ojos y vio que la niña seguía durmiendo en sus brazos, con la boca entreabierta y brillante por dentro.

Tenía sed y ganas de hacer pis.

Trató de mover los pies, pero se le habían dormido las piernas, así que se

limitó a quedarse allí sentada, bostezando; hizo algunos movimientos cautelosos y aguardó mientras recuperaba la sensibilidad. Al levantarse, se le enganchó el pelo en la barandilla y lanzó un gemido tal que Dream se despertó.

Abajo abrieron la puerta.

Ella trató de acallar el llanto de Dream.

En el soporte que fijaba a la pared la barandilla se habían quedado enganchados unos cuantos cabellos, que colgaban formando como una grieta en la pared.

Oyó que alguien subía las escaleras y se detenía en el piso de abajo. Abrían una cerradura y luego una puerta.

A lo mejor Abbe no se presentaba en todo el día.

Bajó las escaleras con Dream en brazos, la acostó en el cochecito y salió a la calle.

La contaminación flotaba en el aire y las nubes cargadas de nieve oprimían el cielo como si quisieran bajarlo al suelo. Iba con las dos manos en el manillar del cochecito, mirando abajo. Aquí y allá asomaba el pavimento de la acera a través de los agujeros en el hielo, y el agua derretida, que no tardaría en volver a congelarse, rezumaba en chorrillos menudos. De los canalones colgaban gruesas lenguas de hielo.

Dobló la esquina, se apretujó como pudo para pasar por delante de una quitanieves que había aparcada con las luces de emergencia y se apresuró en dirección al edificio de ladrillo visto.

El servicio estaba justo a la entrada. Olía mucho a ambientador. Estuvo a punto de hacerse pipí encima, pero consiguió cerrar la puerta y echar el pestillo, a pesar de que estaba haciendo equilibrios de puntillas y apretando fuertemente los muslos. Retrocedió y se sujetó el vestido con una mano, se bajó las medias y las bragas con la otra y dejó caer el chorro.

Aquello era un torrente.

Quería echarlo todo y no tener que volver a ir al servicio.

Cuando terminó, cogió a Dream y aprovechó para ponerle un pañal limpio en el cambiador, aunque en realidad no era necesario. La acurrucó otra vez en el saco y se lavó las manos mientras mecía el carrito con el pie. Se pasó los dedos por el pelo, echó un poco de saliva en una servilleta de papel y se limpió las manchas negras de rímel de los párpados.

Al final del pasillo, fuera de los aseos, estaba el servicio de guardería.

Aparcó el cochecito entre los demás, se sentó en el banco que había fuera, y allí se quedó un rato con Dream en brazos.

Había un radiador justo debajo del banco, se apoyó en la pared y notó el calor que irradiaba hacia arriba, un calor eléctrico apropiado para descansar y adormecerse. Las mamás pasaban delante de ella con niños de la mano y con esterillas de yoga a la espalda, y ella no podía resistirse a observar sus cuerpos, las venas que se distinguían en los brazos, los músculos finos y bien definidos. Cerró los ojos para no tener que mirar los suyos ni contemplar sus caras sinceras, limpias.

Delante del gimnasio cogió un cigarro. Se acercó a la fachada y se quedó allí guarecida del viento, bajo techo, cerca de la pared, tratando de encenderlo. Se oyó un crujido, miró arriba y vio un carámbano enorme que se precipitaba del

tejado y se estrellaba a su lado, muy cerca.

Se quedó petrificada mirando el hielo pulverizado. Se había dado el caso de personas que habían muerto al caerles encima un carámbano de un tejado. Tapó otra vez el cigarro con la mano y consiguió encenderlo.

Se preguntó qué sería de Dream si le cayera un carámbano en la cabeza.

Cuando echó a andar, vio a un hombre que se acercaba.

Su primer impulso fue salir corriendo. Iba dando bandazos y resbalando con los botines, no avanzaba mucho, e iba revisando mentalmente lo que le había dicho a Therese y al abogado. No se le ocurría quién podría perseguirla por eso.

Volvió a mirar y comprobó que el hombre estaba cerquísima.

Se paró.

El hombre se abalanzó hacia ella. Quería darle un golpe al cigarro que estaba fumando. Ella retrocedió y retiró la mano, y él le dio una palmada tal que el cigarro se cayó al suelo nevado.

–¡No deberías fumar! –le gritó.

–¿Qué?

–¿Es que quieres envenenar a la niña? –dijo señalando a Dream, que estaba dormida. Su voz retumbó entre los edificios.

La calle estaba desierta, no había coches y casi ninguna persona. Solo una mujer con una muleta, que los observaba boquiabierta desde la acera de enfrente.

Se hizo el silencio.

Respiró hondo, se dio cuenta de que tenía la boca abierta, y la cerró. El hombre miró el cigarro mojado que estaba en el suelo, en aquel montón de fango, levantó la vista rápidamente hacia ella y empezó a retroceder en dirección a la calle, iba tropezando con los montículos de nieve que sobresalían a lo largo de la acera, nieve manchada de pis de perro y de colillas, y se esfumó en otra dirección.

Ella echó a andar, rápido.

Encendió otro cigarro.

Le ardían las mejillas y notó que el rubor se le extendía por toda la cara, las orejas, el cuello.

Se preguntaba si era así como todos sabían que acabaría. Si todos los demás vieron que allí era adonde se dirigía, si lo entendieron mucho antes que ella. Ella nunca se olió la mentira. Notaba el desprecio cada vez que le veía aquel fuego en los ojos cuando hablaba de sus proyectos y sus planes, el fuego que se le encendía al oírse a sí mismo, su propia fuerza insuperable, y cómo jodía al sistema una y otra vez. Pero lo creyó cuando le dijo que, si ella no quería, nunca tendría que vivir sin él.

Era fácil creérselo cuando estaban juntos. Si la embargaba la duda, se acurrucaba a su lado, muy pegada a él, y así sus palabras y los silencios que lo habitaban se hacían suyos, y todo lo que él decía, verdadero.

Iba por la acera del edificio de una vieja fábrica que habían transformado en restaurante. Le escocían los labios. Atrapó entre los dientes un jirón de piel suelto del labio inferior, tiró despacio para no desgarrarlo y se lo tragó. Se pasó la lengua por los labios, rojos y secos por el aire del invierno.

Giró la cabeza y vislumbró el patio de la antigua fábrica. En el centro habían cambiado los adoquines por un material blando, sobre el que había unas barras para trepar. Unos niños equipados con ropa de invierno jugaban en ellas, mientras sus padres tomaban cerveza y champán sentados sobre unas mantas, debajo de grandes lámparas de infrarrojos.

Iba caminando despacio y miró por el ventanal del gran restaurante, vio su imagen en el cristal que la separaba de la gente que había sentada allí dentro disfrutando de un almuerzo tardío con vino, o trabajando con el ordenador delante de una taza de café. En la sección de las exquisiteces había bollos recién hechos y cruasanes, y encima del mostrador colgaban jamones curados al aire libre. Una mujer de su misma edad que llevaba en el brazo una cesta de hierbas aromáticas charlaba con la cajera, mientras su hija ponía en la cinta una hilera de limones amarillos.

Debía de parecer una idiota allí mirando, se dijo. Pero nadie se fijó en ella.

Trató de recordar quién era ella antes, y de convencerse de que aún quedaba en su interior algo de aquella persona.

Siguió adelante.

Cuando Abbe abrió, le dio la impresión de que su cuerpo ocupaba todo el vano de la puerta. O no lo recordaba bien o ahora era más alto todavía. Tenía en la frente un antifaz para dormir y llevaba un libro en la mano, una edición de bolsillo gruesa y manoseada de *Shantaram*, que dejó en la repisa de los sombreros sin apartar la vista de ella.

Estuvo callado unos instantes limitándose a mirarla. No era posible detectar ningún tipo de animadversión en su cara, pero el silencio fue lo bastante largo como para que empezara a preguntarse si no iba a maltratarla él también, si no debería dar media vuelta, bajar la escalera y salir otra vez a la calle.

–Pero si eres tú –dijo–. Karin.

Le sonreía como ensimismado, con la mirada turbia.

–Hola –dijo ella.

Dio un paso al frente con Dream en brazos y él las abrazó a las dos con miramiento, como si pensara que iban a romperse.

–Hola, reina –dijo–. Y hola, princesita.

Le dio a Dream una palmadita fugaz en la cabeza con su manaza.

Y entraron en el piso.

Abbe miró a la niña, y luego a ella, se rió meneando la cabeza.

Y ella notó que le afloraba una sonrisa.

–¿Estabas durmiendo? –preguntó.

–No, qué va.

Abbe se encogió de hombros y fue delante de ella a la cocina. Iba vestido como siempre, pantalón de chándal y zapatillas de goma, como si estuviera entre rejas. Tenía la mitad del cuello cubierta de hojas, alambre de espino y un ave Fénix que le subía desde el pecho. Por toda la piel se extendía aquella tinta, y aunque ahora mucha gente imitaba esa estética, ella sabía que para él tenía un significado.

–Cuánto tiempo, Karin.

Le pareció que estaba sorprendido, pero por lo demás no notó nada.

Trató de sonreírle una vez más.

El piso estaba vacío, sólo había un sofá, que parecía recién comprado, y un televisor grande, y delante, en el suelo, un montón de cables y de mandos de juegos de televisión. En la cocina había dos conos de incienso directamente encima del fogón, los dos hechos cenizas. En el alféizar de la ventana había unos cuantos teléfonos móviles, colocados uno tras otro, y, delante de ellos, trozos de

cinta de carroceros donde había algo escrito con rotulador.

Había una cafetera pequeña de plástico negro en medio de la encimera. Ella se quedó delante de la ventana observando los teléfonos y los tejados nevados mientras él preparaba el café. Se estaba bien al lado del radiador, y le temblaba el cuerpo cuando el calor eléctrico le alcanzaba las entrañas heladas.

Él no notó nada.

En el tejado más próximo había más hombres retirando nieve. Se habían asegurado con una cuerda sujeta a una chimenea, se hacían gestos cuando subían y bajaban por la cuerda. El vaho se les quedaba flotando en el aire delante de la cara.

Ella se volvió y comprobó que él la estaba mirando.

Se preguntó qué le estaría pasando por la cabeza. En realidad, no sabía nada de él. Nada de quién era cuando ella estaba sola. Cuando no tenía a John.

–Ya te adelanto que leche no tengo –dijo.

–No pasa nada.

Él sonrió y siguió trasteando las cápsulas de café con sus manos gigantes, entre el pulgar y el índice, colocó las tazas en la máquina, primero una, luego otra.

Estaban sentados en el sofá, mirándose. El café estaba ardiendo y ella no quería esperar a que se enfriara, empezó a beber enseguida, a pesar de que le quemaba la lengua, y aun así no entraba en calor. Abbe tenía dos tazas con la foto de Nicholas, las dos estaban tan desportilladas y deslucidas como las suyas. Dream estaba sentada en la alfombra del recibidor jugando con uno de los zapatones de Abbe, tratando de metérselo en la boca, y lo estaba poniendo perdido de baba. Ella se levantó, se lo quitó y le dio la jirafa de goma.

Abbe tenía la taza apoyada sobre el pantalón del chándal, que era negro con rayas blancas en los lados. Pensó que le gustaría poder tumbarse y apoyar la cabeza allí, en sus rodillas.

–¿Qué hay? –preguntó Abbe.

Se encogió de hombros y meneó la cabeza.

–Piensas demasiado, Karin. Ya sabes que te lo tengo dicho. No pienses tanto. Será mejor que hables conmigo.

Dio una palmada en el sofá para animarla a que se sentara otra vez.

–¿Has conocido a alguien? –preguntó.

–Pues no, por supuesto que no –respondió ella rápidamente.

Se sintió acorralada por el entramado de reglas no escritas. Notó aquella amenaza que tan bien conocía y el leve cosquilleo que siempre le provocaba. Como si ella fuera algo valioso, en lugar de una prisionera.

En todo caso, le sorprendió que le hubiera preguntado tan pronto. Que no hubiera querido decirle ninguna otra cosa primero.

–Qué mierda –dijo–. *Sorry*.

–No puede decirse que haya hecho muchas cosas –dijo ella.

Lo miró y dejó escapar un suspiro.

Él la cogió por los hombros, la abrazó y volvió a soltarla. Moviendo la cabeza, la tocó como si no pudiera creer que se encontrara allí, en su casa; le sonrió de tal manera que ella se las arregló para devolverle la sonrisa.

–Es terrible ver a la niña, además –dijo él, y carraspeó un poco.

Ella asintió.

–Dream –dijo.

–Sí, ya. Dream. Ya lo sé.

Él lo sabía, vaya si lo sabía.

Ella se levantó otra vez y fue a la cocina, donde Dream se había sentado en el suelo y trataba de abrir un cajón. La cogió en brazos y dio una vuelta con ella por el piso de Abbe, le enseñó las vistas a la calle, estrecha y con coches y tiendas al otro lado, la llevó con Abbe y se la sentó en las rodillas. Él le hizo cosquillas en el cuello y en la barriga con aquellos dedos grandotes.

–Era un ratoncillo, que casa buscaba...

Hizo una pausa y Dream abrió los ojos de expectación de un modo que la llenó de asombro, nunca lo había hecho antes, y luego Abbe siguió avanzando con los dedos por la barriga:

–Por más que corría...

Pausa.

–No la encontraba y...

Aceleró el ritmo de los dedos subiendo por el cuello y la barbilla, y acabó con un chillido en falsete:

–¡Lluvia de cosquillas!

Dream reía entre hipidos y Abbe le limpió con el dedo índice la baba que le caía de la boca. Luego dejó a la niña en el sofá al lado de su madre, se levantó y fue a la cocina.

Ella oyó que abría el frigorífico, ponía el microondas, abría armarios, los cerraba. Se oyó un cling. Un aroma a azafrán y lima inundó el piso y Abbe volvió con las manos llenas, haciendo equilibrios con dos platos de arroz y carne y dos copas. Bajo el brazo llevaba una botella de zumo sin azúcar que puso encima de la mesa.

–Es que soy de hacer mucha comida –dijo–. Así siempre tengo en casa algo listo. Y este plato mejora cuando lo recalientas.

Se tomó todo el zumo de un trago y él le sirvió más. Le pidió agua y él fue a

buscar otro vaso.

–Y ella, ¿come de un plato o qué?

–Qué va, no. Todavía no ha empezado a comer nada sólido.

–Pero le habrás dado a probar algún bocado, ¿no? –preguntó desde la cocina.

Reflexionó unos instantes.

–No.

–Pues deberías. Si no luego, cuando quieras que empiece, no querrá comer.

Volvió al salón con un trozo de pan que le puso a Dream en la mano. Mojó el dedo meñique en la salsa caliente que relucía de lo aceitosa que estaba, y se lo metió despacio en la boca a la niña, que no parecía comprender qué esperaba que hiciera.

Comieron en silencio. Tenían los platos en las rodillas y tragaban hambrientos, sin mirarse. Notó que le corría un hilillo de salsa por la barbilla y se limpió con la mano, sin que él tomara nota de nada. Bebió y dejó que el agua arrastrara hacia abajo los restos de carne de pollo ocre y salada que había engullido casi sin masticar. Experimentó en el cuerpo cierta sensación de calor mientras comía y miraba a Dream, que estaba sentada, apoyada en un cojín, con el trozo de pan en la mano.

Abbe dejó el plato en la mesa, se retrepó y eructó. Cerró los ojos un instante, le puso la mano en la rodilla y la miró a los ojos.

–No sé qué decir, Karin. Sé que eres una tía dura, pero... Me tranquiliza verte.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

No tenía previsto llorar.

Volvió un poco la cara, puso el plato en la mesa, se acurrucó en el sofá y le apoyó la cabeza en las rodillas. Él le puso la mano en la espalda y la acarició, y ella pensó que podría estar así toda la vida. Al calor de aquella mano tan grande.

Pensó en el último tiempo transcurrido como en una caminata por una extensión helada, hasta allí, hasta ese lugar.

Habría podido conciliar el sueño allí mismo y dormir varias horas seguidas.

Le pesaba la cabeza, le pesaba todo el cuerpo. Pero se espabiló, enfocó con la vista los cables que había en el suelo, delante del televisor, y se obligó a despertarse, movió una mano hasta la pierna de Abbe y le apretó la rótula con el dedo índice.

–Oye –dijo–. ¿A quién tengo que ver para hablar de dinero?

Abbe tomó aire y suspiró. Expulsó el aire por la nariz. Bajó la cabeza muy despacio, le cogió el pelo y le giró la cara para que lo mirase.

Ella no abrió los ojos.

–Me refiero a la parte que le corresponde a John del último trabajo que

hicisteis –dijo–. Me gustaría que me la dierais.

–¿Qué?

Abrió los ojos. Él puso primero cara de bobo, luego la miró lleno de asombro.

–¿A qué te refieres?

Se incorporó.

–Abbe –dijo–. Estoy desesperada. –Sacó el papel del bolsillo del chaquetón, que estaba en el sofá, lo desplegó y se lo entregó–. Me quitan la casa.

Él leyó el documento. Luego la miró.

–Hasta me han mandado a la Agencia de Recaudación y toda la pesca.

–*Shit*.

–Ya.

Abbe dejó el papel en la mesa y se quedó en silencio unos instantes. Ella notaba que la estaba mirando.

–¿Y por qué coño hacen eso?

Se encogió de hombros. La preocupación pasó como un movimiento en las inmediaciones de su persona. Aquella preocupación que se cernía sobre todo y que ellos infundían con sus cartas y sus llamadas, sus investigaciones y sus visitas.

–Cerdos asquerosos –dijo él.

Encendió un cigarro y empezó a gesticular con él en el aire.

–Sabes que es así, que son ellos –continuó–, son ellos los que liquidan los derechos fundamentales de la gente, joder.

Hablaba despacio y sus palabras iban surgiendo entre pausas breves, acentuaba cada una de ellas.

–Esa es la prueba de cómo nos ven, ciudadanos de tercera, o ni siquiera eso. ¿O no? Y, entonces, ¿por qué vamos a ir de legales, si no podemos hacer una mierda sin que nos lo arrebaten todo? ¿Si se lo arrebatan todo hasta a la familia?

Echó la ceniza en el plato.

Ella volvió a apoyarse en su rodilla y miró al cielo.

Que ahora estaba inmóvil.

Oía a John en cada una de las palabras que decía Abbe, y en el calor de su cuerpo halló la sensación de hermandad, de ser de alguien.

–Claro que siempre puede pasar que tengas otra casa –dijo él–. A lo mejor acabamos siendo tú y yo, *baby*.

Soltó una risa infantil que no le había oído en muchas ocasiones, y ella rió también, no porque pensara que era gracioso, sino para darle a entender que eran amigos, que podía bromear con ella; y en su fuero interno oyó la voz de John en su variante más dura, aquella voz que era titanio y diamante y no retrocedía nunca.

Karin, cuando el gato no está..., decía la voz.

Ella meneó la cabeza y rió un poco más.

Abbe sonreía.

Ella se preguntaba qué podría darle él.

–La cuestión es que a él le parecería bien, eso tú ya lo sabes.

Ella fingió que no había oído lo que acababa de decir.

–Pero Abbe, entiéndelo, algo tendré que hacer –dijo, y se incorporó–. También van a llevarse el coche. No tengo donde vivir. Ni dinero en metálico, ni coche, nada.

Resultaba difícil decir aquello sin que sonara como una frase hecha. Pero sabía que él entendía sus palabras con la intención que ella pretendía darles, para él no era sensacional decir que no tenía nada. No era una afirmación que pudiera interpretar como una pose.

–Joder, *baby* –dijo Abbe.

La abrazó y la tumbó otra vez en sus rodillas.

–Y se supone que yo debía cuidar de ti.

–Sí, y no es que lo hayas hecho muy bien que digamos. Ni tú ni nadie.

Hablaba dirigiéndose a la rodilla.

Cerró los ojos y deseó que todo dejara de existir, que todas aquellas cargas se desintegraran.

–O sea, yo entiendo que nadie lo haga –continuó–. Eso de que hay que ayudarse es *bullshit*, ahora ya lo sé, así que no me lo tomo como algo personal.

–Anda ya.

–Que sí, vamos, por supuesto que nadie se preocupa de nadie en realidad, no es más que una forma de conservar el sentimiento de que lo que tenemos es valioso, porque tenemos esa hermandad que, en el fondo, no tenemos.

Él se frotó la cara y la oreja.

–Mierda, Karin, ¡tú tampoco lo pusiste fácil que digamos! ¡Aquello era un puto fuerte para todo el que tratara de entrar!

Volvió a cerrar los ojos. Él le hundió la mano en el pelo y se lo alborotó con toda suavidad, de modo que algún cabello se le enganchó en las grietas de la piel reseca de las yemas de los dedos. Le pasó el pelo por detrás de la oreja y allí lo dejó.

–Lo siento, Karin –dijo, y siguió con esa mano cálida en el pelo, como si no pudiera evitarlo–. Ya quisiera yo poder ayudarte. De verdad.

Ella miraba al frente sin decir nada.

Apretó los labios, tensó el cuerpo y se acurrucó más todavía. La vista al frente.

–Pensaré en ello –dijo Abbe, y le puso la mano en el hombro–. ¿Me oyes?

Ella no respondió, pero su mirada se volvió aún más fría.

Él le cogió el hombro y empezó a darle un masaje con la mano. Ella tragó saliva. Sentía en la mejilla la tela desgastada del pantalón, se sentía ligera y fresca allí tendida.

–Joder, qué tensa estás.

Siguió con el masaje en el hombro y el cuello.

–Es porque le doy el pecho –dijo ella en voz baja–. Sin saber cómo, tensas los hombros y la espalda.

Él respondió con un murmullo y asintió con la cabeza, presionaba los hombros con los pulgares, presionaba fuerte, fuerte, para que le doliera de verdad y, al mismo tiempo, para que los músculos se relajaran y la sangre empezara a circular por otras vías.

Ella se iba hundiendo más y más allí tumbada, echada en sus rodillas.

La oscuridad que la habitaba era cálida, y lunas nocturnas y lunas diurnas ascendían y descendían cruzándose en su interior. Iba en caída libre hacia atrás a través de un espacio negro, por el mundo, alrededor del mundo, alrededor de las lunas. Sola.

Abbe le deslizaba los dedos por la nuca.

Lo oyó decir que la tenía dura como un tronco, y oyó sus dedos entre el pelo, el ruido del pelo entre las yemas ásperas de Abbe y la piel suave de la nuca.

Levantó la cabeza sin mucho entusiasmo y dijo:

–¿Con quién quieres que hable, Abbe? Ayúdame tú ahora.

Él la miró.

Le cogió otra vez los hombros y puso el pulgar en la clavícula, no tenía que presionar mucho para que ella notara lo fácil que le resultaría romperla, aplastar el hueso que se notaba bajo la piel. Le sonrió dulcemente, como si fuera un roce meramente amistoso.

–No quiero que hables con nadie, *baby*. ¿Comprendes?

Ella se incorporó.

Él se metió la mano en el bolsillo. Puso un fajo de billetes en la mesa.

–Yo soy tu familia, ¿no? Si necesitas dinero, acudes a mí.

No se movió.

Él señaló la mesa con un gesto.

Observó el dinero, y luego lo miró a él.

Él adelantó la cabeza con los ojos de par en par, y ella cogió el dinero solo por eso, se lo puso en las rodillas, con las manos encima. Le sonrió y se dio cuenta de que lo hacía porque tenía miedo.

Él le devolvió la sonrisa. Parecía más tranquilo.

Levantó la mano hacia ella y jugueteó con el pelo que le caía sobre los

hombros: se quedó observando aquel mechón rubio entre sus dedos. Ella intuyó que estaba disfrutando con la idea de que ahora él era su padre, de lo satisfecho que estaba de que quisiera que él se ocupara de ella.

–Gracias –dijo, y apretó los billetes entre las manos–. Pero comprenderás que lo que yo necesito es mi dinero.

–Karin –dijo él.

Era solo su nombre, pero ella oyó además toda una serie de advertencias, de amonestaciones. Reglas.

–Tú di lo que necesitas y ya está. ¿Necesitas un teléfono?

No respondió.

Él alargó el brazo por encima de ella y cogió unas llaves que había en la mesa, con un llavero con la marca de Marlboro muy desgastada.

–Aquí tienes. –Le ofreció el llavero–. Podéis vivir conmigo.

Ella dudaba.

–Quedaos con mi dormitorio, yo dormiré aquí.

Le dio una palmadita al sofá.

Ella no dijo nada.

–¡Pero que no, Karin! No, no, no. Estarás a tu aire. Si por lo general ni siquiera estoy en casa.

Ella suspiró.

–¿Has vendido algo de lo que tienes en casa? –preguntó él.

–No, solo parte de mis cosas, bolsos y eso. Nada más.

Él se la quedó mirando.

–Pero supongo que tendré que vender.

–Pues yo puedo ayudarte –dijo él–. Si es que necesitas ayuda. Solo tienes que traer aquí las cosas antes de que lleguen ellos y arrasen con todo.

–Ya, pero es que yo necesito mi dinero.

Dejó los billetes encima de la mesa.

Él suspiró, se frotó la cara con las manos y se puso a mirarla otra vez; la veía como a alguien que creía que necesitaba el dinero más que los demás, pero se cuidó mucho de decir nada al respecto.

–Yo no sé nada, pero comprendo perfectamente que hay por ahí algún cerdo que lo tiene –dijo–. Y que me lo habría dado si le importara John.

Él volvió a taparse la cara, se cubrió los ojos fuertemente con las manos.

–Vale, yo me encargo –dijo al fin–. Tienes razón, lógicamente. Ya lo arreglaremos de alguna forma. De una forma que sea buena para ti y para ella. Lo voy a pensar. Tú no tienes por qué preocuparte.

–¿Qué quieres decir?

–Que sí, te lo prometo. Hablaré con Alex.

Ella lo abrazó. No podía creer que lo hubiera dicho, le pareció que todo volvía a ser como antes, como si John hubiera vuelto.

–¡Gracias! –dijo.

Mantuvo la cara pegada a su pecho y le sorprendió lo duro que era, más duro incluso de lo que se lo había imaginado. Como si llevara un chaleco. Echó una ojeada al cuello y los hombros, al contorno que ocultaba la camiseta. Luego se incorporó y comprobó cómo estaba Dream, aguzó el oído y comprendió que andaba otra vez enredando con el cajón de la cocina.

Volvió a apoyarse en él, con la cara apartada de la suya, mirando al pecho. Él le acariciaba la espalda y ella notó su calidez y su paz interior.

–Sé que lo estás deseando –dijo él, y le agarró fuerte el muslo con la mano.

–No –dijo ella.

Avanzaba con la sensación de que todas las personas con las que se cruzaba se la quedaban mirando y veían a través de ella. Era como si John la estuviera viendo, y se avergonzaba ante él, ante lo que había querido hacer, y aún quería. Los temblores y los fluidos internos, los pensamientos que le rondaban por la cabeza.

Aquel cuerpo carente de inteligencia cerca del suyo.

Había conseguido salir del laberinto de callejas de sentido único que era el barrio de Abbe: estudios de tatuaje, tiendas de ropa, baretos que aún no habían abierto..., hasta que llegó a una calle algo más grande. A un lado tenía una pared montañosa negra como el carbón. De los salientes de la roca colgaban volutas de hielo como barbas blancas, arrugadas y amarillas en la superficie, pero azules y brillantes en el interior como cristales pétreos. Al otro lado se alzaba un bloque de pisos, con la fachada llena de pintadas color gris contaminación.

Iba por la acera con el cochecito resbalando de un lado a otro, empujándolo sobre la nieve. Llegaron al final de la montaña, a un lugar abierto, no muy extenso, con unos bancos, y algo se movió y la hizo desviar la vista. Una rata que corría por encima de uno de los bancos, saltaba al suelo y se metía en un agujero que se abría al pie de la montaña debajo de un arbusto espinoso.

Si uno piensa que las cosas van a arreglarse, ¿se arreglan de verdad? ¿O hay que pensar que las cosas van a ir fatal, como si fuera un conjuro?

Cruzó la ancha calle allí donde la calzada describía una curva y a uno de los lados discurría un murete de piedra. Se paró delante con el cochecito y encendió un cigarro. El tabaco se había salido por la punta. El papel ardió con una llamarada y en cuanto prendió se quemó del todo.

Las vistas eran impresionantes y el cielo que la cubría, infinito. El gris plomizo se había retirado y, allí donde se habían disgregado las nubes, se veían pinceladas neblinosas de colores pastel formando estelas en el cielo. Una ráfaga de viento le azotó la cara desde las aguas y le humedeció los ojos. Las lágrimas interponían partículas brillantes entre ella y la vista de la ciudad que se extendía a sus pies. Iglesias y rascacielos de oficinas, un palacio y un barrio medieval y meandros de coches en caravanas que avanzaban despacio por los puentes. A lo lejos se divisaba el humo de las altas chimeneas y, en el hielo, se apreciaban grietas abiertas, anchas y oscuras. Por ellas se deslizaban un par de barcos no muy grandes junto con un transbordador de pasajeros camino de un crucero que

esperaba mar adentro.

Había en el muro agujeros a intervalos regulares para los cañones que hubo allí en su día para defender la ciudad de los ataques por mar. Encima del muro la nieve se había colado en las minúsculas oquedades del granito, se había apelmazado allí dentro y se había vuelto porosa y húmeda en la superficie. Apoyó las manos enrojecidas en la nieve y se asomó por encima del muro y miró abajo, vio lo mucho que dolería caerse por allí. El cuerpo iría golpeándose contra las protuberancias de la montaña antes de tocar el suelo.

Era una caída en picado hasta la autopista y allá abajo, entre la calzada y la montaña, se movía algo. Unos puntos negros pequeñitos como bacterias al microscopio. Desde allí distinguía un montón de sacos de basura medio cubiertos de nieve y vio que lo que se movía eran ratas que trepaban por encima.

Dream estaba despierta en el cochecito y miraba al frente muy callada con un brillo claro en los ojos. Se agachó y le encajó mejor la capucha en la cabeza y le colocó bien el saco. Notaba la tensión en los pechos. Los tenía pesados y duros y otra vez le rozaban debajo del brazo, a pesar de que no hacía tanto que le había dado de mamar.

Sería el tiempo, pensó.

La cosa mejoraría cuando acabara el invierno.

Lanzó el cigarro al aire y le pareció ver que aterrizaba allá abajo, al lado de la basura. Luego empezó a caminar otra vez, y siguió caminando hasta que llegó a una parada de autobús. Cuando el autobús llegó, subió por la parte trasera, se hizo un hueco en el espacio destinado a los cochecitos. No iba a tardar mucho en bajarse.

El local era pequeño, con un ventanal grande que daba a la calle. Colocó delante el cochecito y se dio cuenta de que había empezado a masticar otra vez el chicle con frenesí. Con nerviosismo.

Lo escupió antes de entrar.

Anna había cambiado la decoración. Las paredes, escamondadas hasta dejarlas en la argamasa, tenían el mismo color que el suelo de cemento; habían escrito el menú encima de ellos directamente con tiza. En una encimera había una máquina de zumos reluciente y una caja de madera con verduras y frutas. No se veía ningún cliente, pero alguien se movía detrás de una cortina que colgaba delante del vano de una puerta, detrás de la barra, y pensó que sería Anna.

Carraspeó un poco.

Corrieron la cortina.

Apareció un chico. Detrás de él no se veía a nadie más.

–¿Está Anna? –preguntó.

–No.

–Pero trabaja aquí, ¿no?

–Sí. Pero hoy no, está en casa.

–¿Podría llamarla por teléfono? ¿Te importa?

–No, claro.

–Quiero decir, si me puedes dejar un teléfono.

Él sacó el móvil y se lo dio; cuando ella lo cogió, ya estaba llamando. Se sentó delante de la ventana y le echó un vistazo a Dream, que dormía en el cochecito. El chico estaba apoyado en la barra y seguía sus movimientos. Y entonces oyó la voz de Anna:

–¡Pero si ya he dicho que hoy no pienso ir!

–Perdona –dijo ella–, soy yo. He venido a buscarte al trabajo. Soy Karin.

Silencio absoluto al otro lado.

–¿Hola? –dijo ella–. ¿Anna?

Todo seguía en silencio.

–Sí –oyó al fin, muy lejos–. Hola. ¿Qué es lo que quieres?

–Quería verte y hablar un rato, así que me he presentado aquí. He traído a Dream. Me encuentro en una situación un tanto delicada.

–Sí, eso me han dicho. Therese.

–Ah, ya. ¿Os veis normalmente como siempre?

–Sí.

–Vale. –Bajó la vista al suelo de cemento–. Estaba pensando que tal vez podríamos vernos, ¿no? Puedo ir a tu casa, y así además ves a Dream, ha crecido mucho.

Oyó que a Anna le costaba respirar.

–No sé si es buena idea, Karin –dijo–. O sea, todo lo que ha pasado es una mierda, pero creo que yo no puedo hacer gran cosa. ¿No? ¿Me entiendes?

No podía articular palabra.

Oyó de fondo la voz de un niño y esperó a que Anna dijera algo más, pero ahí se terminó la conversación.

El chico había salido de detrás de la barra y se le había acercado un poco, como si creyera que iba a largarse con el teléfono. Ella se levantó.

–Gracias –le dijo sin mirarlo a la cara, dejó el teléfono en el mostrador y salió a la calle.

La tarde había pintado anchas bandas azuladas en la nieve y en la calle. Dream seguía durmiendo en el cochecito. Ella lo cogió y soltó el freno, pero, al echar a andar, se interpuso en el camino de alguien; se disculpó y levantó la vista.

Era Therese, que iba a ver a Anna. Se paró en seco y se la quedó mirando.

–¿Qué haces tú aquí? –preguntó.

–He estado en casa de Abbe, así que pensé que podía venir aquí. Pero Anna no está.

Therese se quedó en silencio.

–¿Qué has ido a hacer a casa de Abbe?

–Nada. Me ha dado las llaves de su casa. Va a ayudarme.

–¿Eso te ha dicho?

Ella asintió.

Therese soltó una carcajada.

–¿Qué pasa?

–No, nada; bueno, no tengo nada malo que decir de John –dijo–, pero a lo mejor no se enteraba mucho después de todo. A lo mejor no estaba tan al tanto de todo como creíais, ¿no?

–¿Qué quieres decir?

–Ni siquiera te lo habías planteado. –Therese miró alrededor y luego dijo–: ¡Tú todavía piensas que es un tío listo, y crees que todos lo respetan! ¿A que sí? Eso es divino, de verdad que sí. Pero ya sabes. Siempre hay otra forma de ver las cosas.

–Vale –dijo ella–. ¿Qué quieres decir?

–Nada, o sea, Abbe y Alex, quiero decir, ya sabes, ser el jefe tanto tiempo y ellos sus amigos... –Hablaban despacio, inquisitivamente, y no le quitaba ojo, como para no perderse ningún detalle de su reacción–. No sé. Estarían hasta los huevos, sencillamente, digo yo. Y no es que nadie me haya dicho nada.

–¿De qué estás hablando?

–Pero ¿es que no lo pillas? –Therese se rió como para sus adentros–. Joder, de verdad que no puedo aguantarme. Es que eres tan... –Se interrumpió. Meneó la cabeza, cerró los ojos y se apretó las sienes con las manos–. Ellos dos lo timaron –estalló al fin, con una mirada casi triunfal.

Ella trataba de respirar, trataba de decir algo.

–¿Por qué no me habías dicho nada? –consiguió articular.

–¿Y por qué iba a hacerlo? No puede decirse que hayas estado muy asequible que digamos. Pero bueno, te lo estoy diciendo ahora, ¿no?

Sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies y que la desintegración que eso suponía le atravesaba el cuerpo.

Como si nada existiera.

–Así que no sé si haces bien en fiarte de Abbe –continuó Therese, que vio cómo se desplomaba y se sentaba en el poyete que sobresalía debajo de la ventana–. Y a Alex no se puede decir que le encante que vayas y le pidas ayuda, como ya sabes.

–Entonces, ¿qué demonios puedo hacer?

–No lo sé. –Therese se sentó a su lado y, cuando se apartó el pelo con la mano y la iluminó la luz de las lámparas del café, se hizo visible una sombra negra, unas marcas diminutas que se le extendían por un lado de la cara y le bajaban hasta el cuello–. Simplemente tendrás que coger lo que quieras.

La rabia la recorría por dentro. Le inspiraba los movimientos y le volvía los pensamientos negros e impenetrables. Había dejado atrás los árboles de katsura y la rotonda, y había recorrido la mayor parte del camino de regreso. Ya no estaba lejos de la casa. Pronto estaría allí, aunque ya no la sintiera como su hogar. Técnicamente, tampoco lo era.

Fue tirando del cochecito surcando la ola de nieve que separaba la carretera de la llanura nevada y luego lo empujó hasta que ya no era posible seguir. Dejó a Dream y se dirigió al árbol que crecía allí, aquel manzano silvestre de ramas nudosas cargadas de una densa blancura. Los últimos metros los cubrió a la carrera, iba dando traspiés, resbalando, y sentía la nieve en las pantorrillas.

Cuando alcanzó el árbol, se detuvo y miró fugazmente por encima del hombro.

La carretera se veía desierta, como antes.

El cochecito seguía allí en medio como una aparición solitaria en la nieve. Todo estaba en silencio.

Consiguió elevar el pie y dio una patada al tronco negro del árbol. La nieve cayó de las ramas y le aterrizó encima, pero no le importó. Dio otra patada, y otra, y se percató de lo consciente que era de sus actos, de cómo se estaba permitiendo desahogarse con el árbol. No era una agresión descontrolada. Golpeaba el tronco con las manos abiertas, elegía el punto de cada golpe y de cada patada, y siguió hasta que se le fue la mano y se abrió una raja que le cruzaba toda la palma.

Le escocía y relucía en medio de la mano. Cerró el puño y la herida le humedeció la piel.

Luego se quedó muy quieta. Vio que la oscuridad se acercaba. Cayó de rodillas, se vio a sí misma como a una niña, se tumbó y miró a aquel cielo blando cada vez más negro. Su clara infinitud, en contraste con todo lo de allí abajo.

Se levantó, se sacudió la nieve, fue a buscar el cochecito y lo llevó hasta la carretera.

Siguió caminando.

Dos coches pasaron de largo, muy cerca el uno del otro. Ninguno que ella reconociese. Pensó en Abbe y en aquel hormigueo de gente, todos los que seguían vivos y seguían allí. La mayoría no tenía ni idea de quiénes eran, pero

sabía que todos estaban en su contra, cada uno a su manera, y empezaba a estar cada vez más segura de que no había ninguna forma de librarse.

Se sorbió la nariz, y un hilillo de mocos se metió dentro de golpe y salió otra vez. Pronto estaría en casa.

La carretera se extendía ante ella recta y desierta. La penumbra que cubría el paisaje como un manto desdibujaba su contorno, la ensombrecía y la hacía más estrecha.

Dream lloraba en el cochecito.

¿Llevaría mucho rato llorando?

No estaba segura.

Se inclinó y le puso el chupete, pero Dream lo escupió en el acto. Ella se lo volvió a poner, y el chupete volvió a salir disparado, fue rodando por el saco y cayó en la nieve. Lo cogió y estuvo a punto de lamerle un copo de nieve, pero al final se lo metió a Dream en la boca. Cuando vio que la niña estaba a punto de lanzarlo de nuevo, lo sujetó y se puso a tamborilear en el centro con la uña.

Dream empezó a chupar.

Ella se incorporó y reanudó la marcha.

Notaba que los mocos le rodaban por el labio, salados y húmedos. Se detuvo y se llevó la mano a la cara y se sonó de modo que un chorro de mocos salió disparado entre el pulgar y el índice. Se agachó y se limpió la mano en la nieve. Allí quedó, como una marca, como el sello mismo de su debilidad.

Encontró la verja abierta, tal y como la había dejado. La casa estaba envuelta en una oscura calma. Reinaba el silencio alrededor, las piñas negras y diminutas del aliso no producían ningún sonido al caer sobre la costra de nieve. El viento soplaba mudo. Miró la casa, tan grande, y pensó que era imposible tener un plan.

No era cuestión de quién era más listo.

Nunca lo fue.

Empujó el cochecito escaleras arriba, abrió, entró y lo aparcó en el recibidor, dejando que la nieve cayera de la capota al suelo y se convirtiera en charcos que se extendían, que penetrarían el parquet y oscurecerían la madera. Cogió a Dream, entró en la casa helada y se sentó en uno de los sofás, se sacó el pecho y empezó a darle de mamar. Trataba de conseguir que comiera rápido y, al mismo tiempo, se esforzaba por no estar estresada.

La tumbó en el sofá.

Aquellos bracitos tiernos se levantaron por sí solos por encima de la cabeza, y allí se quedaron.

Una burbuja de leche en la comisura de los labios. Le puso la mano en el pecho un instante, como para que el peso la hundiera más profundamente en el sueño. Luego cogió uno de los cojines del sofá y lo puso al lado, en el suelo. Subió corriendo a la primera planta y entró en el trastero. De la caja fuerte sacó un fusil automático que John le había enseñado a disparar un día, hacía ya mucho. Encontró el silenciador y lo montó en el cañón, salió con el fusil entre los brazos y empezó a bajar la pendiente hacia el lago, que estaba oscuro y tentador en toda su inviolabilidad.

Se preguntó cuánto podría alguien sobrevivir con un niño pequeño en el bosque que se extendía al otro lado.

Tuvo que abrirse paso a trompicones por la nieve, y sus huellas formaron un sendero detrás de ella. Cuando alcanzó el embarcadero, se tumbó al lado de un noray y empezó a disparar a ras del agua apoyando encima el pesado fusil. Apuntaba a las rocas y los árboles de la otra orilla y oía el silbido de los disparos sobre el agua, retumbaban con un repiqueteo metálico contra la montaña y luego entraban mudos en los troncos de los árboles. Unas aves acuáticas batieron las alas entre los juncos, levantaron el vuelo y desaparecieron de su vista.

Cuando se despertó en el sofá le dolían los pechos, los tenía a punto de estallar. No sabía si era de día o de noche. Dream refunfuñaba y resoplaba, movía la cabeza de un lado a otro. La acostó a su lado y sintió la naricilla helada en el pecho y las yemas gélidas de sus dedos diminutos que buscaban a tientas y le tiraban de la piel de alrededor. Mamaba a un ritmo acompasado y agradable.

Después de aplacarle un poco el hambre, se levantó con ella en brazos y fue a la cocina. La llevaba bien agarrada cerca del pecho con un brazo y empezó a abrir los armarios con la otra mano, estiraba el cuello y echaba un vistazo al interior. Todos los estantes estaban vacíos, unas hojas de té y manchas de vinagre, hasta que encontró una lata de conservas que consiguió abrir, cogió una cuchara y se comió el contenido casi sin masticar, y luego siguió buscando hasta que dio con un paquete de muesli casi vacío.

Lo abrió y lo vertió directamente en la boca. Sabía rancio, a semillas y frutos secos que tenían mucho tiempo, pero continuó agitando el paquete, y caía en su pecho, en la cara y en el pelo de Dream y en el suelo.

Dejó el paquete de muesli una vez que lo hubo vaciado por completo, se sacudió y se lamió, luego cogió los billetes que había en el cajón, la CZ semiautomática y las bolsas de plástico con la munición. Abrió el biberón de Dream y lo enjuagó con una mano, cogió un par de tetinas nuevas y el último tetrabrik de leche infantil que había en el mueble, al lado del frigorífico, y lo metió todo en el bolso que no había conseguido vender. Luego se plantó en medio de la habitación y contempló las vistas que tenía desde allí mientras se balanceaba ligeramente de un lado a otro.

Todo estaba en calma allí fuera.

La impaciencia le hormigueaba en el cuerpo.

Esperó a que Dream hubiera terminado de mamar. Luego la incorporó para que eructara, un soplo húmedo de aire que notó en la mano que le sujetaba la espalda.

El fusil estaba junto al cochecito de Dream al lado de la puerta. Lo puso encima, plegó el cochecito y lo metió todo en el maletero de su coche. Entró otra vez, sentó a Dream en la sillita del coche y le ajustó bien el cinturón de seguridad

Después subió a la primera planta, cogió otro bolso, encontró algo de ropa, que puso dentro, y una caja de cartón japonesa con relojes y joyas, corrió al

vestidor, donde se encontraba la caja fuerte de las armas, reunió todas las que había allí colgadas y las metió también en el bolso. No necesitaba la ayuda de Abbe, podría venderlo todo fácilmente. Incluso el fusil, llegado el caso.

Sacó la licencia de caza de la funda de plástico y contempló la foto de John, la cara y los ojos, que miraban directamente a la cámara. Aquella mirada firme.

Aquella mezcla de vulnerabilidad y fortaleza.

Volvió al coche, metió los bolsos en el maletero, junto con el cochecito, y se sentó al volante. Puso el motor en marcha, pero lo apagó enseguida. Salió del coche y subió la escalera, cuyos peldaños estaban ahora totalmente cubiertos de las huellas que había ido dejando en la nieve, volvió a entrar en la casa y cogió la sillita con Dream, cerró de un portazo sin echar la llave y la colocó en el asiento del copiloto. No había dicho ni mu, se había limitado a quedarse allí sentada, medio olvidada en el suelo con los ojos desorbitados de asombro.

Era una lástima que una niña tan maravillosa no tuviera nada más que aquello, pensó cuando metió la marcha. La nieve caía en grandes copos mientras avanzaba, pero frenó de pronto en el momento en que iba a cruzar la verja.

Un jeep blanco apareció delante.

Ella retrocedió hasta la entrada, se paró y apagó el motor.

Therese también se detuvo.

Salió del jeep, se acercó al coche y abrió la puerta, de modo que la nieve entró revoloteando. Estaba sin aliento. Un humo blanco le flotaba delante de la boca cuando se agachó un poco.

—¿Tienes algún arma? —preguntó.

Ella le enseñó el bolso, que llevaba abierto a los pies de la sillita de Dream, con las bolsas para congelar llenas de munición bien visibles y una mantilla de niño que apenas cubría la pistola. Observó a Therese un instante. Le dio la impresión de que le brillaba la mirada, y fue como atisbar una joya que hubiera perdido y que hubiera dejado de buscar hacía mucho. Por un momento dudó de su capacidad de percepción, pero sí, era eso: en los ojos de Therese brillaba un claro resplandor, y fue como si esa luz hubiera derribado el muro que había entre las dos.

Abrió la boca en ese mismo momento.

—¿Quieres hacer algo o qué? —preguntó.

Therese se irguió y dirigió la vista al bosque.

—Sí —dijo—, eso es lo que estaba pensando. *Fuck it!* Seguro que no voy a conseguir nada quedándome con un cretino.

—No.

—Puede que al contrario, más bien.

—Sí.

Salió del coche, y quería abrazar a Therese, pero se quedó inmóvil en medio de la nieve, mirándola mientras ella hablaba.

–Lo ha tenido en dos maletas de mierda, debajo de la cama, en casa de mi madre. –Se estremeció de frío, se sacudió un poco y una sonrisita le inundó la cara–. Pero ahora se las ha llevado a casa de Abbe, y luego vendrá por la caja fuerte para guardarlas.

–¿De verdad?

–No es muy cuidadoso que digamos, ¿no? Además, ni se plantea que yo pudiera hacer nada contra él.

Therese trataba de encender un cigarro en plena nevada.

Vio cómo trajinaba con el encendedor y notó que estaba nerviosa.

–Pero puede que lo hagas –dijo.

Therese levantó la vista y asintió. Había renunciado a intentar encender el cigarro, lo sostenía en la mano mientras la observaba con esa mirada que ella tanto había echado de menos y que tanto tiempo llevaba esperando. Aquella mirada que decía: todo se ha ido a la mierda, pero así son las cosas, y no tenemos miedo.

Dio un paso hacia ella, la rodeó con los brazos, la abrazó y apretó fuerte.

Notaba su pelo frío en la cara.

La soltó.

–No he parado de pensar en trazar un plan –dijo–. Pero la cuestión es hacerlo y punto, ¿verdad?

La nieve caía blanca a su alrededor.

–Sí –dijo Therese.

Cuando se sentó otra vez en el coche y empezó a conducir entró en calor; y notó que se sentía feliz, casi le entró una risa floja. Como si aquello que esperaba fuera algo cálido y emocionante y hermoso. Una vez en la autovía, aquella sensación la abandonó y en su lugar se materializaron pensamientos de violencia y de coacción. Volaba a través de salas de una negrura irrevocable, aquella que se había extendido por la nieve y por todo lo demás. Aquella que parecía existir como en otro nivel, y llegar desde allí para, en este, ocultarlo todo.

Una quitanieves salió a la carretera delante de ella, despacio, como un buque de proporciones colosales, con las luces intermitentes en el techo y un sonido absorbente del motor que empujaba las palas por la nieve, cuyos copos revoloteaban como enjambres de moscas alrededor de las luces.

Trató de adelantarla, primero una vez, luego otra, y otra. El conductor no hacía nada por dejarla pasar. Cada vez que ella se deslizaba hacia el centro de la calzada, se encontraba con las luces que venían en sentido contrario.

–Qué cojones –dijo para sus adentros.

Lo intentó otra vez.

Dream lloraba.

Ella no la miró.

Cuando se bajó del coche comprobó que un poco de sangre de la mano se había adherido al volante. Cogió a Dream en brazos y cruzó la calle, a uno de cuyos lados se erguía el edificio de ladrillo visto. En el bolso se oía un tintineo cada vez que las llaves golpeaban la pistola y la munición.

Un hombre con chándal salió del gimnasio, le salía vapor del cuerpo en el aire frío de la calle. Le sujetó la puerta y le sonrió, se quedó allí después de que ella hubiera entrado, como esperando a que le diera las gracias.

No parecía que hubiera mucha más gente en la guardería. A esa hora no tenían ni yoga ni pilates. Entró, se puso unos patucos de plástico.

Aquello parecía una casa de acogida.

Alfombras de juego en el suelo y montañas de juguetes usados. Apoyada en el mostrador había una chica toqueteando el móvil; la miró y la saludó alegremente al verla entrar con Dream.

Ella murmuró una respuesta.

Era como si las palabras surgieran en el orden equivocado.

Rellenó a toda prisa la ficha de entrada de Dream, cogió el bote de desinfectante y se pulverizó un poco en la palma para desinfectar las manos de Dream y las suyas. Se olió los dedos de pasada, aspiró aquel aroma amargo hasta que le escoció la nariz. Cuando estaba embarazada le encantaba ese olor.

La chica dejó el teléfono, abrió el cierre seguro de la portezuela que había al lado del mostrador y cogió a Dream al tiempo que abría mucho los ojos y hablaba con voz clara y alegre.

–¡Qué bien que hayas venido!

Dream la miró.

–Dile adiós a mamá.

La chica le cogió la manita y la sacudió a modo de despedida. Dream se rió. Ella correspondió al gesto y se quedó un instante, lo suficiente para ver que la chica cerraba la portezuela, entraba, se sentaba en el suelo con Dream en las rodillas y gesticulaba con una muñeca de trapo pequeña que había cogido del montón de juguetes.

–Así tú y yo podremos jugar un rato.

Oyó cómo la chica le hacía arrumacos y monerías, y esos sonidos tan familiares de Dream, que desaparecieron cuando la puerta se cerró a su espalda. Miró fugazmente alrededor para comprobar que nadie la veía ir hacia la salida, en lugar de entrar en los vestuarios del gimnasio. No estaba permitido abandonar

el local mientras dejabas al niño en la guardería, y si se ponía a llorar y no había forma de consolarlo, las monitoras podían entrar a buscarte.

Salió a la calle y estuvo a punto de resbalar.

Se paró y se miró los pies, se quitó los patucos de plástico azules y los tiró en un montículo de nieve.

El parque que quedaba a la vuelta de la esquina de la casa de Abbe estaba a una manzana del gimnasio. Tomó el camino cubierto de hielo que conducía hasta allí y se apostó a esperar, según lo acordado. Pensaba en Therese. En lo que harían después. Qué cara pondría entonces, de qué hablarían.

Sintió en el pecho los movimientos del corazón y, una vez más, una emoción incipiente, seductora, que se le enroscaba por dentro.

Estaba de pie, no se sentó. De todos modos, los bancos estaban cubiertos de nieve. En una botella que acababan de dejar encima de uno de ellos, todavía con el cristal sin hielo, se veían las gotas de alcohol rodando por dentro.

Llenó los carrillos de aire.

Se puso de puntillas, bajó y volvió a empinarse. Esperó.

Pasaron diez minutos, y otros diez.

Miraba a quienes se acercaban caminando a la luz de la farola, por la acera del parque. Una farola iluminaba también el suelo que había a su alrededor, la nieve se veía amarillenta bajo su resplandor, pero ella se había colocado fuera del haz de luz, así podía ver a la gente sin ser vista.

Creían que estaban solos. Ella los oía hablar, por teléfono o entre sí: eran retazos de conversaciones sobre lo que podían comer, sobre los cajones de un mueble, sobre técnicas de reunión, sobre cosas ininteligibles para ella. La separaba de ellos una cerca de hierro no muy alta, y la oscuridad.

Allí estaba, esperando.

Un recién nacido lloraba en un cochecito que pasaba y notó la punzada en los pezones.

Pasó un buen rato.

Therese no venía, no iba a venir.

Empezó a ver claro que así sería.

Que todo lo que se movía en su interior no era nada.

Se le habían quedado los pechos fríos por la leche que se le había salido y la estaba empapando.

Tenía que irse, porque sabía que pronto empezarían a echarla de menos en el gimnasio, quizá entrarían en la sala con uno de esos carteles en los que anotaban el nombre del niño.

Se arrepentía de haber ido. De haber confiado en Therese.

Entonces levantó la vista de la nieve y allí estaba, acercándose con paso redoblado.

–He tenido que dejar allí el coche –dijo. La abrazó sonriendo, y añadió en voz más baja–: Se me ocurrió que, si no, él sospecharía. Perdona.

–Tengo que recoger a Dream dentro de cinco minutos.

–¿Qué?

–Te lo dije.

Tragó saliva. Le dolía por la zona de las sienes. Tenía que volver al gimnasio y recoger a Dream, no pensaba meterse en nada con Therese.

–Pero ¿qué hacen si no apareces?

–Pues seguro que llaman a los servicios sociales. Si se dan cuenta de que no estoy allí. Y en estos momentos no conviene.

–No. Tú ve a buscarla, ya voy yo sola. –Bajó otra vez la voz–. La caja fuerte sigue en casa de Alex. Todavía no se la han llevado.

–Vale.

Le dio las llaves del piso de Abbe y luego cogió la mantilla de Dream, que llevaba en el bolso, la enrolló alrededor de la CZ y se la dio como un paquete.

–El cargador está lleno –dijo–. Pero no habrá nadie, ¿no? Tú solo entras y lo coges.

Lo decía sobre todo para convencerse a sí misma de que eso era lo que iba a suceder.

Therese la miró a los ojos, asintió varias veces y rebuscó con la mano en el bolsillo. Se llevó a la nariz una uña larguísima, esnifó, miró al cielo y parpadeó varias veces. Respiró hondo y estiró los hombros subiéndolos un poco, los relajó otra vez, soltó el aire ruidosamente y volvió a enfrentarse a la fría oscuridad.

Dream se le agarraba al pelo con la mano mientras la sacaba de allí. La llevaba aferrada a un único mechón, e iba dando saltitos en el aire al ritmo de los pasos de su madre. Podía ver a Therese que se acercaba unos metros más allá, al otro lado de la calle, con una maleta de ruedas en cada mano; vio cómo empezaba a caminar más deprisa al verlas, y luego más deprisa aún, hasta que ya casi iba corriendo.

El ruido de las ruedas de las maletas en la nieve y el hielo y el asfalto.

Dream lloraba.

La metió en la sillita del coche, la pasó al asiento trasero y la aseguró con el cinturón.

Ella se sentó al volante.

Therese abrió la puerta del maletero y metió allí una de las maletas. Se metió de un salto en el asiento trasero con la otra en la mano y cerró la puerta.

–Vale –dijo–. Vámonos.

Todo estaba casi desierto. Ella agarró el volante con fuerza y giró hacia una perpendicular que conducía a las otras zonas de la ciudad. Allí los coches iban despacio entre los semáforos y los cruces, y las familias aguardaban ante los pasos de cebra con trineos y cochecitos. Más allá, cerca de la vía de acceso al puente y a la autovía, podía ver en lo alto el letrero de la estación de servicio. Brillaba como un faro en la noche.

Miró el retrovisor y vio a Therese, que estaba retrepada en el asiento y lloraba y rodeaba a Dream con el brazo. E iba mirándolas de vez en cuando mientras conducía, veía las luces de las farolas en los chorrillos de las lágrimas que le corrían a Therese por la cara. De Dream solo se veía la mano que colgaba por fuera de la sillita, y el pelo, que sobresalía por encima del borde resquebrajado.

Un resplandor cruzó el cielo y lo inundó de luz, lo llenó de colores por encima de la casa. En la luminosidad que se extendía sobre ella se abrían grandes agujeros, y el vacío de esos agujeros se propagaba. La nieve se derretía en el tejado. La negrura tomaba el relevo, también por las ventanas y las paredes. Alrededor de toda la casa se ablandaba la capa de nieve y desaparecía. Las llamas acosaban los bordes, los disipaban y se hacían con ellos, refulgentes y azules.

La nieve parecía estar ardiendo.

Se despertó la tierra y lo que aún vivía quedó aniquilado al instante por el calor: las agujas de pino, el campo, las garrapatas y los piojos. Todos los animales minúsculos que habían hibernado allí.

Las ventanas inferiores lucían en la oscuridad, sombras y oscilaciones allí dentro. Las demás se veían negras y mudas. El humo salía por ellas a bocanadas y brotaba a raudales por la parte trasera.

Se oyó entonces un silbido. Una presión.

La verja que daba a la calle estaba abierta, tal y como Karin la había dejado. Las huellas de las ruedas seguían visibles en la nieve, y en el dibujo que formaban brillaban las variaciones del incendio. Y las llamas se erguían altas, como si fueran a propagarse atravesando el cielo.

Título de la edición original:
Den vita staden

Edición en formato digital: octubre de 2017

© de la traducción, Carmen Montes Cano, 2017

© Karolina Ramqvist , 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2017
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

Table of Contents

[La ciudad blanca](#)

[Créditos](#)